

Bilogía
Siempre es amor

Giselle Amorós

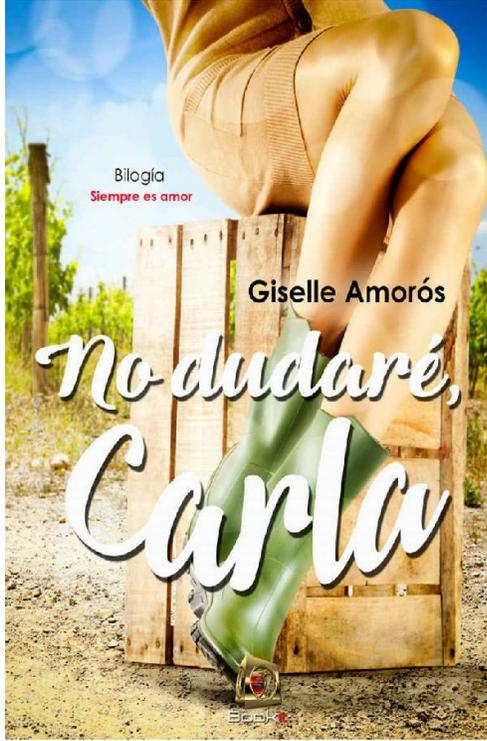
*No dudaré,
Carla*

No dudaré

Carla

Giselle Amorós





Carla es una joven casi entrada en la treintena que tras una relación fallida ha decidido priorizar su independencia al amor. El problema es, que cuando por fin encuentra el trabajo perfecto, cúpido hace de las suyas. Un amor que de un plumazo la puede devolver a la casilla de salida, algo que ella no está dispuesta a consentir. Por otro lado, Arcadi, es un empresario de éxito pero muy inseguro en su vida personal y lo que menos le apetece es enamorarse de ella. Intenta alejarse todo lo posible pero, obviamente, necesita tener una relación laboral con Carla. ¿Conseguirán estar separados? Averígualo en: No dudaré, Carla.

Contents

0.1

0.2

0.3

0.4

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

1.^a edición: Mayo de 2.017

Copyright

© Giselle Amorós 2017

© Editorial LxL 2017

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN: 978-84-16609-49-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Alexia Jorques

Maquetación – Rachel's Design

Agradecimientos

Este primer libro va dedicado a Jesús.

A mi marido y mis hij@s, que junto a mi gran familia me apoyan incondicionalmente en esta que espero sea, una interminable aventura.

A las lectoras que profesan este gusto tan especial por la lectura romántica y a esas personas de mi día a día que, cuando les cuentas que estás escribiendo un libro se les ilumina la cara y que desinteresadamente, me han ayudado y se sienten orgullosos solo con eso, eternamente agradecida.

Y por último y quizás el agradecimiento más importante a ese grupo de personas que forma Editorial LxL, que con su confianza han hecho que uno de mis sueños se haga realidad.

Cuando te sumerges en un libro y lo haces tuyo porque esa historia te gusta, es especial y te hace sentir, eso es lo que pretendo al escribir mis novelas. Mi objetivo es que al terminar de leer esta historia lo haya conseguido.

1

¡Bien!

Por fin una buena noticia, tendré la última entrevista de trabajo en la empresa directamente. A veces estas cosas las complican tanto que parece que vaya a acceder a un puesto para la NASA, cuando, en realidad, solo seré una administrativa.

Es un puesto en el departamento de exportación, me han llamado expresamente por tener experiencia en este sector y por los idiomas. El *First Certificate* de inglés, que es imprescindible y que me costó lo mío, junto con mi chapurreo de italiano. Esto último fue un capricho, ya que Italia me parece un país históricamente fascinante y, aunque nunca he ido, decidí que tenía que aprender el idioma de donde viene toda esa riquísima comida.

Sí, soy así de básica.

Mañana tengo que estar allí a las nueve en punto y son dos horas de camino, así que me iré pronto a dormir, pero antes llevaré de paseo a mi pequeño Golfo que es un perrito precioso, marrón y negro, mezcla de una perra salchicha (según el veterinario) y no se sabe qué. La camada estaba abandonada en una obra cercana a mi casa y yo me llevé el último que quedaba. Aunque no sea de raza yo lo quiero como si tuviera un gran pedigrí. Lo dejo correr y juego con él hasta que se agota y yo, quizás más que él.

¡Maldito despertador! ¡Cómo lo odio!

Pero hoy estoy contenta a la par que nerviosa. Me levanto a la primera, porque normalmente lo dejo sonar y sonar...

Me ducho mientras suena en la radio uno de los éxitos de Jason Derulo «Wiggle», que me encanta y, además, me hace despertar de golpe.

Me visto para la ocasión con algo formal, traje chaqueta negro y un top debajo color rosa pastel (vamos, como siempre que voy a una entrevista de trabajo, solo tengo dos y los voy combinando), y que no falten unos buenos tacones. Desayuno algo ligero y mientras salgo por la puerta le digo a Golfo que me dé suerte, y él me mira como diciendo «ya se va la loca esta», baja la cabeza y sigue durmiendo.

Me dirijo a mi coche que lo tengo aparcado en la calle porque, primero, los

parkings cuestan un dineral y segundo, porque el Ford Mondeo ya tiene más años que la Tani (expresión de mi padre para referirse a algo muy viejo), lo heredé de él cuando decidió comprarse el nuevo modelo, y la verdad es que va muy bien.

Voy por la autopista y reconozco que estoy muy nerviosa, lo noto porque no paro de cambiar las emisoras de música, vale, ya paro, parece que Alejandro Fernández junto con Antonio Orozco cantando «Pedacitos de ti» me están calmando.

En la empresa me comentaron que si me elegían, el trabajo sería de lunes a viernes. Mi casa está a dos horas de distancia, sin embargo, tienen apartamentos para los trabajadores que quieran permanecer durante la semana y no trasladarse todos los días. Por lo visto son unos viñedos bastante apartados de la civilización. Pero no me importa mucho, porque necesito la independencia que me da el trabajo y no tener que volver con mis papis, que, aunque los quiero mucho, prefiero tener mi supermegapiso de cincuenta metros cuadrados.

El GPS no se ha ausentado durante el viaje (a veces le da por callarse y pasar de mí), esta vez me ha llevado directamente a mi destino. Después de coger la salida de la autopista he entrado en una carretera comarcal y en un tramo he cogido un desvío donde parece que no existe el asfalto, supongo que habrá otro camino que no conozco y estará mejor.

Pero bueno, ya he llegado y, ¡¡madre mía!! ¡Qué sitio más bonito! Estoy frente a la entrada principal y es como si hubiera retrocedido doscientos años atrás. Tiene una fachada colonial de color blanco y dos pequeños edificios paralelos de solo dos plantas. La entrada tiene unas escaleras que dan a un porche acristalado. En un lateral está el *parking*, donde solo hay sitio para cinco o seis coches y si giro mi vista, hay filas y filas de viñas, parece que estuvieran plantadas entre unas y otras con una medición exacta. No se llega a ver el final, todo son viñedos y es precioso, como cuando miras el mar, pero verde de vid.

Entro con cara de Paco Martínez Soria en *La ciudad no es para mí*, observando todo como si nunca hubiera visto el campo o un edificio, pero es que es digno de admirar. Con cara de boba paso las acristaladas puertas y me dirijo a la recepcionista rubia guapísima que te cagas:

—Hola, buenos días, tengo una entrevista con el Sr. Pelayo.

—¿Su nombre, por favor?

—Soy Carla Peralta.

—Un momento, por favor.

Y seguidamente me dice que me siente en unos sofás preciosos de cuero color blanco desde donde admiro todos esos pósteres de fotos de la empresa que son alucinantes. Están hechas desde el aire y en ellas se aprecia la inmensidad del terreno y, cómo no, la fotografía de los primeros trabajadores de la empresa, junto con la maquinaria antigua de los primeros años. También hay diferentes diplomas de premios como mejor empresa. Giro mi mirada hacia arriba y veo en un rincón una cámara, ¡uy! Eso no me gusta, está enfocada a la puerta, pero da mal rollo y, aunque sé que la mayoría de empresas las tienen por seguridad, me hace sentir incómoda.

Estoy tan ensimismada que no me doy cuenta de que se acerca alguien hasta que lo tengo delante. ¡Menudo con el Sr. Pelayo!, se acerca a mí y se presenta (vaya cara de hueso).

Debe tener unos cincuenta años, bajito y con las gafas a media nariz, mirándome por encima de ellas ¡y eso me da una rabia! Me dan ganas de subírselas, pero claro, me contengo porque mi futuro empleo está en juego.

Me hace pasar a una sala y allí comienza mi tortura inquisitiva. Me sudan las manos de lo nerviosa que estoy, pero intento mantener la calma hablándole sinceramente de mi experiencia y de lo que espero de este trabajo. Aunque en un principio me ha parecido un poco borde, la entrevista ha sido muy amena.

Tras media hora me despido de don hueso y me voy a casa con cara de ¿tonta, quizás? Realmente no sé cómo me ha ido, don hueso no me ha dado ninguna pista, simplemente me ha comentado que en unos días me dirían algo, ya fuera positivo o negativo.

De camino a casa pienso en la cena que tengo esta noche con mis brujas queridas, que son mis amigas de siempre. Solo quedamos algún viernes que podamos coincidir todas, es decir, uno cada tres o cuatro meses, claro que a esta edad la mitad tiene hijos y la otra trabaja las veinticuatro horas del día. Siempre quedamos en un bar de tapeo donde nos ponemos hasta arriba y no paramos de hablar para recuperar el tiempo perdido.

Llego a casa por la tarde, ya que me he parado a comer en unos grandes

almacenes y a comprar algo de ropa. Empiezo a arreglarme cuando suena mi móvil:

—¿Srta. Peralta?

—Sí, hola, soy yo.

—La llamo de Recursos Humanos de Viñas Fortuny y le informo de que ha sido seleccionada para el puesto vacante en el Departamento de Exportación. El día que tenemos previsto para su incorporación sería el próximo lunes dieciséis de junio, ¿le va bien?

—Sí, sí, por supuesto —respondo nerviosa, creo que me va a dar un telele.

—Lamento que le llamemos con tan poco tiempo, pero ha surgido un problema de última hora y necesitamos que se incorpore este lunes. También quería recordarle que al quedarse en uno de nuestros apartamentos debe traer todo lo necesario para alojarse durante la temporada de su contrato.

—Sí, sí, lo recordaré...

—Muy bien, pues nos vemos el próximo lunes. Cuando llegue pregunte por mí, soy María Pujol.

—De acuerdo, María, muchas gracias.

¡¡¡Síííí!!! No paro de saltar y gritar, seguro que si me viera Pedro Almodóvar no se pensaría en darme un papel de histérica o loca de los vientos, y es que después de cuatro meses sin encontrar nada, por fin una lucecita, y mi autonomía intacta.

Por cierto, ¡son las ocho! Tengo que darme prisa, he quedado con las chicas a las nueve.

Yo soy una chica muy normalita. Mido uno sesenta y cinco, morena, con el pelo largo y liso, y cuando digo «liso» es muuuy liso, vamos, que como no le dé forma me parezco a la hija de *Los Increíbles*. Mis ojos son marrones tirando a negros, resumiendo, como el ochenta por ciento de este país.

Hasta que me hice adulta y se fueron esos granos horribles de mi cara, creo que ningún ser masculino se fijó en mí, también por el hecho de que mi pelo tapaba totalmente mi rostro. Pero ahora la cosa ha cambiado y sí se fijan, es más, creo que a veces me molesta un poco. Aunque no he tenido grandes amores, sí que han sido variados y de diferentes tipos: del empollón del instituto pasé al más golfo del barrio, y cuando asenté la cabeza salí durante

un tiempo con el hermano de mi mejor amiga, era mayor que nosotras, abogado, muy serio.

Ha sido mi última relación y más larga, pero no era el amor de mi vida. Era aburrido y predecible, vamos, que todavía me pregunto qué hacía con él. Hará más o menos dos años que estoy soltera y sin compromiso, y viendo cómo está el mercado creo que me va a durar. En agosto cumpliré veintiocho años y ya empiezo a escuchar eso de: «Se te va a pasar el arroz» o como dice mi tía: «Yo a tu edad ya tenía dos hijos», pero yo sonrío y a lo mío. Me gusta hacer deporte y el gimnasio me ayuda bastante a poder tener un cuerpo más o menos decente. Y es que me gusta comer, puedo no picar entre horas, pero cuando me pongo, me pongo. Y esta noche va a ser una de esas.

Mi carácter es, según dice mi padre, impredecible, ya que puedo pasar de ser la más tierna flor a, en segundos, convertirme en la bruja malvada de *Blancanieves*. Es lo que tenemos las leo, cuando me cruzo no hay quién me pare. Normalmente soy muy pacífica, a no ser que me mientan a la cara y encima me esté dando cuenta, que ahí ya no conozco (como me pasó con mi ex, el predecible).

Ya estamos en el bar y después de los besos y abrazos de rigor con mis queridas amigas, nos sentamos. Siempre cogemos la mesa del fondo porque es un bar pequeñito de esos de barrio donde las tapas son cinco estrellas, si es que a un bar se le puede definir así.

La dueña del bar es Victoria y la llamamos Tita, ya que la conocemos desde que éramos pequeñas. Pedimos montones de tapas (creo que doce para las cuatro) y empezamos con nuestras historias.

Antes de nada os las voy a presentar: Rosa es la mayor, creo que tiene treinta y dos años (soy muy mala para recordar los años de la gente), es castaña con mechas rubias, bajita y con una sonrisa que parece que la lleva instalada en su cara las veinticuatro horas del día. Tiene gemelos de dos añitos y está divorciada desde hace uno, siempre ha sido muy independiente y, aunque ahora se dedica única y exclusivamente a sus hijos, es muy emprendedora y tiene varios negocios. Desde que ha aprendido a delegar, y le ha costado lo suyo, disfruta mucho más de la familia. Luego está Ruth, que es de mi edad, la secucha del grupo, es alta, castaña, con el pelo rizado y largo, está soltera por decisión propia, ya que por su trabajo siempre está viajando y cree que cuando se asiente ya tendrá tiempo de formar algo, y por lo que veo

tardará, es la más independiente de todas. Y, por último, mi querida e inocente Silvia, creo que es un año menor que yo, es morena con el pelo muy corto, cara de angelito y se cree que todo el mundo es bueno, hasta que le digo cuatro cosas y la vuelvo al presente, pero da igual porque ella vuelve rápidamente a su mundo de bondad y le dan tortas por todos lados. Tiene una hija, Sara, de un añito y es una preciosidad. Silvia es madre soltera y esa es una de las primeras tortas que le dieron, no por su preciosa hija, sino por el padre de la criatura que en cuanto le dijo que estaba embarazada desapareció tan rápido como el correccaminos.

Raúl, que así se llama, es de gente «bien» y vive en Valencia, cuando se enteró que Silvia estaba embarazada se dio cuenta de que el juego había llegado a su fin y como le dijo a mi amiga, no podía presentarse en su casa y decirles a sus padres que iba a ser padre y encima con una dependienta. Por lo visto eso de heredar la empresa familiar junto con su patrimonio deja excluido tener hijos con una dependienta. Según nos enteramos después tenía una novia formal de esas que también heredan patrimonios.

Silvia tiene una tienda de ropa rollo ibicenco en un pueblecito costero bastante turístico y gracias también a su mami, que la ayuda mucho, ha podido criar a su hija y trabajar al mismo tiempo. Tras pasar el mal trago de Raúl, recibió una llamada de su madre diciéndole que se fuera con ella y juntas idearon hacer obras en casa y en la planta baja tienen su pequeño negocio.

Rosa, que sabía lo de mi entrevista, me pregunta:

—Bueno, Carla, cuenta, ¿cómo ha ido la entrevista?

—Pues creo que muy bien —hablo muy seria, y veo a las tres con los ojos como platos—. ¡¡Porque empiezo el lunes!! —digo a grito limpio, grito que continúan mis amigas, claro está. Todos a nuestro alrededor se giran y nos miran, algunos con cara de «¡vaya locas!» y otros se unen a nuestra alegría. Porque, aunque las cuatro estamos rondando los treinta, cuando nos juntamos no pasamos de veinte. ¡Y me encanta!

—Cuenta, cuenta —dice Ruth.

—Pues nada, empiezo el lunes en el departamento de exportación y solo vendré los fines de semana, pero como el trabajo me gusta y el sueldo más, no me puedo quejar.

—Quién sabe, a lo mejor encuentras al amor de tu vida en los viñedos esos —dice Silvia sonriendo con picardía.

—El amor de tu vida no existe —suelta Rosa—. Está el amor de verano, el amor de una noche, el amor de un concierto..., y el mío que fue el amor de «te voy a hacer dos chiquillos y luego te pongo los cuernos», que es el único que deja huella. Bueno a mí me dejó dos huellas.

Nos reímos de las cosas que tiene esta chica y es que ella las suelta tal cual las piensa, no filtra en absoluto.

—Pues yo sigo pensando que todos tenemos a un gran amor para cada uno. Lo que pasa es que a algunos nos cuesta encontrarlo y otros no se dan cuenta de que lo tienen —dice Silvia toda romántica.

—¡Di que sí, Silvia! Yo ya lo encontré —digo muy seria—, pero ahora me tengo que esperar a que se divorcie de Mila Kunis y venga a buscarme.

—No, guapa —dice Ruth—, Ashton Kutcher es mío. A ti te gustaba el de *Mi querido John*.

—Pues nada para ti Ashton y para mí Channing Tatum.

Y así entre risa y risa continuamos hablando hasta bien entrada la madrugada.

En la mañana del sábado llamo a mis papis y les pongo al corriente de todo, es rápido ya que están de viaje, siempre están viajando, y yo me alegro que ahora puedan disfrutar de su jubilación. Ellos se conocieron aquí, en Barcelona, mi padre nació en Granada y terminó su carrera aquí y fue donde conoció a mi madre.

Mi padre es un bonachón, de esos papis que solo se enfada si la has hecho muy gorda, y su estado es siempre de hombre tranquilo y de buen humor. Por el contrario, mi madre es puro nervio, más bajita que yo y muy astuta, sabe mi estado de ánimo aunque sea por teléfono y solo con un «¡Hola!». Ahora están haciendo un crucero por el Mediterráneo y han parado en Roma, ya les he dicho que hagan muchísimas fotos. Por supuesto, mi madre ya me ha confirmado que es preciosa y que cuando decida ir ella me hará de guía.

Yo soy hija única, pero no me han criado como una niña mimada. Me han enseñado muy buenos valores y he tenido que aprender a sacarme las castañas del fuego yo solita. Una de las cosas que siempre me han inculcado es que todos somos iguales, y que con educación puedes dirigirte a un

mendigo en el mismo tono que a la reina de Inglaterra.

Quizá al pasar más tiempo conmigo, mi madre, siempre ha hecho de poli malo. Ha tenido mucha paciencia y me ha entendido muy bien y eso que reconozco que he pasado diferentes fases en mi adolescencia que eran para partirme la cara, pero ella siempre me ha dado buenos consejos y por lo menos lo ha intentado. Los quiero mucho a los dos, y paro ya que me pongo tonta y no los tengo al final de la calle para ir a abrazarlos.

Empiezo a preparar cuatro cosas y casi me llevo media casa, pero claro, vete tú a saber lo que me hará falta, eso sí, por si acaso me llevo mi pantalla plana, no sea que no tenga tele y, aunque me gusta leer y salir a correr, no me va mal algún programilla de cotilleo para ponerme al día.

Lo más duro va a ser alejarme de mi pequeño Golfo, sé que con mi amiga Silvia va a estar bien, sin embargo, lo voy a echar mucho de menos durante la semana. Cuando lleguen mis papis del viaje se quedará con ellos.

2

Bueno, ya es lunes y voy de camino, estoy un pelín nerviosa. Es un nuevo reto laboral y, aunque me veo capacitada para realizarlo y no tengo problema para adaptarme y conocer a gente nueva, no puedo dejar de sentirme inquieta. Decido espantar mis pensamientos con música, y esta vez, como sé que el camino es largo pongo un CD de One Republic, me encanta este grupo. Una de mis canciones preferidas es una titulada «Counting Stars», tiene un ritmo que me hace sentir optimista y me gustan este tipo de canciones.

Cuando llego, dejo el coche en la zona destinada a empleados y entro en recepción. Saludo a la rubia guapísima que te cagas, que, por cierto, se llama Helena y me comenta que enseguida viene María para enseñarme las instalaciones. En ese momento me giro y veo que viene hacia mí... «el hombre», o sea, el espécimen más guapo que he visto en mi vida, vamos, el futuro padre de mis hijos. Todo esto, por supuesto, lo pienso en décimas de segundo que es lo que tarda en pasar por mi lado y decir:

—Buenos días.

¡Ha dicho: «Buenos días»! ¡¡Y encima habla!! ¡Madre mía, madre mía!

—Buenos días —contesto.

Mientras continúo con mi cara de empanada por esta visión, me giro y veo de reojo que Helena tiene la misma cara que yo y me sonrío como diciendo «sí, es real».

De la nada aparece María, que es una personita delgada y bajita, simpática y a la vez de las que parece decir «este espacio es mío, ni se te ocurra cruzarlo» (laboralmente hablando, claro), yo por si acaso me limito a escucharla. Primero vamos directas a los alojamientos, cojo mi coche y la sigo. Ella lleva un Range Rover blanco con el logo de la empresa, aunque el otro día no me fijé, hoy ya he visto que hay varios por aquí.

Vamos por un camino de tierra custodiado por álamos en los laterales, es tan bonito que da la sensación de que me están dando la bienvenida. En cinco minutos llegamos. El camino de tierra por el que vamos parece que se termina allí. Tras unas vallas bajas de madera puedo ver las viviendas. Son casas pareadas de una sola planta, debe haber unas veinte en forma de ele, y

son monísimas. Todo el terrero que rodea las casas es césped hasta que se funde con un pequeño bosque de pinos. Tras el bosque, a lo lejos, se puede ver un nuevo manto de viñedos. Y es que mire donde mire la vista es espectacular. ¡Me gusta!

Devolviéndome a la realidad, María se dirige a mí:

—Como verás hay bastantes casas vacías porque muchos trabajadores viven en pueblos cercanos, pero aun así tienes vecinos. —Sonríe—. Te dejo la llave, si quieres entra tus cosas, y cuando estés lista te presentaré a tu jefe. Nos vemos en un rato.

—Gracias, María.

Anda que como mi jefe sea el buenorro que he visto en el pasillo...

Entro en mi minicasa y me gusta lo que veo. Es un rectángulo bien aprovechado, debe tener unos cuarenta metros, un comedor grande con cocina office. Voy hacia la única puerta que hay y veo una cama de matrimonio, un armario blanco empotrado y al otro lado una cristalera que da a un balcón, a la derecha hay otra puerta y es el baño, bastante bien equipado, con ducha y un lavabo muy amplio (importante para poner todos los potingues). Tiene mucha luz, y eso me da buen rollo.

Doy unos cuantos viajes hasta entrar todo lo que he traído, incluida la tele. Decido estrenar la ducha, porque con esta mudanza exprés estoy sudando como una campeona. Me cambio de ropa y me decido por algo más cómodo, sin tacones, porque vuelvo andando, opto por unos tejanos, un top y una chaqueta algo más formal. Vuelvo caminando y disfrutando del paisaje, al llegar a la puerta principal veo a don Hueso hablando con el buenorro. Me mira, hace una señal y dice:

—Carla, por favor, acérquese. —Mientras llego donde están ellos, noto que me voy poniendo roja por segundos—. Quiero presentarle al Sr. Fortuny, él es el presidente de nuestra empresa. Sr. Fortuny le presento a Carla Peralta, ella será responsable de Exportación junto con el Sr. Cuevas.

—Hola, Carla, bienvenida. —Y me ofrece su pedazo de mano. Su calidez, al apretar la mía, hace que tenga una sensación rara, como si me hubiera dado un abrazo.

—Hola, gracias. —Sonríó como una boba, pero, ah, él también me sonríe, supongo que por cortesía, sí, me sonríe, y encima se recrea. Continúo roja

como un tomate. Y todo esto con las manos sin soltar, y es que mi mano se acopla perfectamente a la suya. La suelto inmediatamente y digo:

—Voy a buscar a María, adiós. —Salgo rápidamente hacia la derecha. Noto que me miran extrañados hasta que el Sr. Pelayo dice:

—Carla, es por el otro lado. —Y señala hacia la izquierda.

Vale, perfecto, vuelvo sobre mis pasos y en ese momento me acuerdo de Britget Jones. Si antes estaba roja, ahora debo parecer que estoy a punto de explotar.

Así que el buenorro es ¡el señor presidente de la empresa! ¡Anda que no tengo buen ojo! Pero claro, es que el hombre no desmerece. Es alto, corpulento, aparenta unos treinta y pocos, moreno y con ojos azules, de un azul profundo e impactante, y claro, dicho así suena muy bien, pero es más, su sonrisa va acompañada de un hoyuelo, solo en el lado derecho. Este hombre me recuerda a... a... ¡ay! Ahora no caigo cómo se llama ese del anuncio, pero seguro que tendré oportunidad de acordarme, en cuanto lo vea más veces, je, je, je.

Mientras voy caminando en busca de María le doy vueltas a la cabeza pensando en el buenorro, me ha impactado, pero seguramente a estas alturas ya debe estar casado, con hijos..., en fin, mi imaginación va donde quiere y si es pensar en él, pues es libre de hacerlo.

Bueno, por lo menos me alegraré la vista cuando lo vea, por ahora me tengo que centrar en mi trabajo.

Entro en el edificio y Helena me indica dónde está el despacho de María. Cuando llego veo la puerta abierta, entro y, al saludarla, una sonriente María me informa que primero me enseñará las oficinas y mañana iremos a dar una vuelta por las bodegas y los alrededores.

Subimos a la primera planta, donde está presidencia y departamentos financieros. El mobiliario, por lo que veo, es bastante lujoso dentro de mi experiencia. Todas las mesas y armarios son de madera color cerezo, y las sillas más bien parecen sillones.

Me va presentando a todos los trabajadores, cosa que agradezco. Hay empresas que te dejan en una mesa y te toca espabilarte. Hay alguna que otra con cara de víbora y que me mira por encima del hombro, eso me hace gracia, en todas las empresas tiene que haber alguien así. Bajamos a la planta

donde está mi departamento, son unas oficinas muy amplias con mucha luz, hay un pasillo central y todas las mesas están al lado de grandes ventanales, al otro lado todo son armarios y archivadores.

Entramos en el despacho de mi jefe, el Sr. Cuevas, y me da buena impresión, es un hombre mayor, y por lo que me ha dicho María, está a punto de jubilarse. También se encuentra mi compañera Angels que es *assistant* del Sr. Cuevas, debe tener unos cincuenta años, es muy agradable y me va poniendo al día. Luego está Sergio, un chico de mi edad, tiene su mesa frente a la mía y me mira receloso, está serio y eso me da buenas vibraciones, me encantan los retos.

Se pasa el día muy deprisa entre presentaciones y nociones rápidas del puesto. Con mi experiencia puedo más o menos entender cómo va todo y me alegra ver que se respira un buen ambiente de trabajo. Al terminar mi jornada vuelvo a la casa admirando las vistas. Cuando llego estoy agotada, más que nada por los nervios iniciales, así que rápidamente hago la cama y decido pasar de cena y tele, ¡me voy a dormir!

Por la mañana me despierto y tengo que hacer un esfuerzo por saber dónde estoy. Al escuchar pajarillos cantar me da una pista: ¡¡Ostras!! ¿Qué hora es? ¡Uf! Menos mal, es pronto aún, así que me preparo un café con leche porque si no, no soy persona.

Salgo a mi trocito de terraza a tomármelo y, al girarme a la derecha, veo que se acercan a mí un hombre y una mujer de rasgos sudamericanos. Con una sonrisa se dirigen a mí:

—Buenos días, doña. Mire, somos sus *vesinos*, mi nombre es Wilson y esta es mi esposa, Alexia.

—Hola, buenos días, encantada, soy Carla y empecé ayer. Esto es muy bonito, por lo que veo se está muy bien, ¿no?

—Sí, es todo muy tranquilo por aquí. Nosotros llevamos cuatro años trabajando en los viñedos, yo hago la supervisión en el campo para después pasar a la *fabricación* y mi esposa está en la fábrica, empacando el material ya vendido. Usted es la única de las *ofisinas* que reside aquí, el resto de ellos viven fuera.

—Bueno, es que yo estoy a dos horas de casa, y he preferido quedarme, además, esto de estar rodeada de tanta naturaleza me gusta, este olor y la

tranquilidad...

—Aquí estamos muy bien, y el trabajo por ahora no nos falta, hay muchas ventas. Doñita, si necesita cualquier cosa, aquí estamos para servirla —me dice Alexia mirándome con esos profundos ojos negros.

—Igualmente, Alexia, muchas gracias.

Qué majos son, y con ese hablar tan dulce, es que te llevan a su terreno..., por lo menos son agradables, y no me ha tocado una loca bailarina como la que vive en el piso encima del mío en la ciudad.

Alexia parece sacada de *Pocahontas*, es guapísima, con el pelo negro largo, alta como su marido, un auténtico bellezón colombiano. Wilson es también moreno de piel, sí, bastante guapo como ella, hacen una bonita pareja. Me han caído bien.

Comienza a pasar gente, la mayoría saluda y otros miran con curiosidad, supongo que soy la novedad. Espero que pase rápido, no me gusta ser observada.

Tras mi primera semana, me he dado cuenta de que es un mundo aparte este del cava, he aprendido mucho y, aunque yo pensaba que solo se elaboraba en Cataluña, por lo visto en muchas zonas de España como Valencia, La Rioja, Navarra y hasta incluso Badajoz son proveedores de este gran vino espumoso. Claro que yo solo lo conocía de los cumpleaños y Fin de Año, que es obligatorio según mi madre.

Tengo mucho trabajo, ya que controlo todo lo que exportamos, y os aseguro que es mucho, quizás un ochenta por ciento de la producción se va entre Estados Unidos, Japón, Reino Unido y Alemania. Menos mal que tengo a mi compi Sergio. Aunque al principio me miraba un pelín desconfiado y muy serio, después de dos días y dos desayunos juntos somos íntimos. Él es de complexión delgada, muy alto, moreno, de pelo muy corto, con unas entradas considerables y no pasa de los treinta. Sus rasgos son finos, es muy guapo y cuando se suelta está muy muy loca. La verdad es que hasta que no lo conoces bien no te das cuenta de que es gay, según él todavía hay mucho homófobo suelto y en el trabajo prefiere mantener cierta distancia. Menos conmigo, que hemos congeniado muy bien, me ayuda mucho y noto cierto aire protector, cosa que agradezco y más al principio de mi estancia aquí, yo con mi carácter alegre le doy confianza y siento que le gusta.

Empezamos otra semana y no he vuelto a ver al buenorro, que, por cierto, aún no sé cómo se llama, es la hora del desayuno y me voy al comedor con mi compi Sergio. Tenemos varias máquinas de café, pastas y bebidas. En la pared final hay una cocina donde nos preparan los menús diarios, solo de lunes a viernes.

Nos sentamos en una de las mesas y, al fondo, veo al buenorro con el señor Pelayo y dos personas más que no sé quiénes son. Se les ve muy concentrados en la conversación cuando de pronto él gira la cabeza y me mira muy intensamente, no hace ademán de saludarme, solo me mira y rápidamente empiezo a ponerme como un tomate y giro mi mirada hacia Sergio.

—Carla, ¿ya has visto al *number one*? —Me guiña un ojo.

—Sí, eso creo, si te refieres al presi. Me lo presentó el Sr. Pelayo cuando llegué.

—¿Ah, sí? Jo, qué honor, a mí nadie me lo ha presentado. —Pone morritos—. Vaya macho alfa, ¿eh? —me dice con cara de pillín.

—Sí, la verdad es que está como quiere. —Para qué vamos a negarlo—. Y ¿es buena persona, es buen jefe? —pregunto toda interesada.

—Por lo visto la gente que trabaja con él dice que sí, que es serio y estricto, pero a la vez muy humano, vamos que nunca te echará porque te encuentres mal o necesites cogerte unos días de vacaciones por estrés.

—Y, por cierto, ¿cómo se llama? —pregunto con cara de no importarme mucho, pero Sergio sonríe como pensando que no se cree que no me interese.

—Te explico —de pronto pone su mano sobre la mía—, porque ese semental se merece nuestro tiempo de desayuno. —Me río, ¡este tío es un cachondo!

—Se llama Arcadi Fortuny, como su padre el gran Arcadi Fortuny, que delegó en su hijo el negocio para vivir su jubilación con la arpía de su mujer doña M^a Roser Puig de no sé qué. El padre lo podrás ver siempre por aquí, supongo que se aburre. Nuestro sujeto tiene treinta y cinco despampanantes años y está divorciado de una superbarbie que, por lo visto, le puso las astas hasta el gaznate.

—¡Joder, tío! Sí que estás puesto en el tema, ¿no? —Y no paro de reír.

—En las empresas pequeñas todo se sabe, mi bella dama. —Me guiña un ojo.

—Ja, ja, ja... ¡¡Eres un bicho!!

Tras esta conversación tan interesante, por lo menos para mí, volvemos a nuestro trabajo sin darme cuenta de que desde el momento que entré en el comedor hasta que me fui, esos ojos azules estuvieron única y exclusivamente pendientes de mí.

Esa noche, cuando ya se ha ido el sol, ceno, y decido dar un paseo. Como mis vecinos se acuestan pronto, me voy sola. Me planto mis pantalones y zapatillas de deporte, mi camiseta de Aerosmith y ¡hala!, a correr.

Hace una temperatura ideal y voy en dirección a un caminito que bordea el bosque. Lo que en un principio era correr, se ha convertido en un andar y diría que hasta un poco lento. Voy tan ensimismada en mis pensamientos que no veo acercarse a un pastor alemán que literalmente se me tira encima. Como no me lo espero, voy directa al suelo, y caigo dando un culetazo que no veas. Seguidamente escucho una voz fuerte y profunda:

—¡¡Doby!!

El animal para de mover el rabo y se queda paralizado. Miro hacia arriba y veo a don buenorro muy enfadado con el animal, cuando lo coge del collar me fijo en los brazos, ¡madre mía!, dignos de un Vin Diesel. Ha cambiado el traje de la oficina por unos tejanos y un polo blanco. Su piel es morena y el contraste *pa* morir.

—¿Estás bien? —Su mirada se suaviza al mirarme—. Perdona, es que me he despistado, es muy joven aún y tiene ganas de jugar.

—No te preocupes, estoy bien, creo. Me ha asustado porque no me lo esperaba, pero es tan guapo que lo perdono. —Me tiende la mano y me ayuda a levantarme. ¡Joder, qué mano! De un tirón me pone rápidamente de pie y quedo a escasos centímetros de su cara. Bajo la cabeza y me empiezo a limpiar los tejanos, porque he tenido su cara tan cerca que me están entrando unos calores... Mejor me dirijo al animal.

—Ven, Doby, ¡ven aquí, guapo! —Lo cojo de la cabeza y lo acaricio. Es verdad, es muy jovencito y muy cariñoso, no para de lamerme y mover el rabo. Se nota que le gusto, menos mal, porque a simple vista da un poco de miedo.

—¿Te gustan los animales? —me pregunta y, aunque su tono es serio, su cara está más relajada.

—Sí. Bueno, sobre todo los perros.

Seguimos andando y Doby se adelanta y empieza a correr campo a través.

—Yo tengo uno, mucho más pequeño, por cierto —sonríó apesadumbrada —, y la verdad es que lo echo de menos. Lo dejo con una amiga durante la semana, y estoy deseando verlo.

—Si quieres puedes traerlo, mientras no moleste a tus vecinos, por nosotros no hay problema.

—¿De verdad? —Abro los ojos sorprendida, ahora mismo lo achucharía.

—Por supuesto. —Por lo visto mi cara le ha hecho gracia y sonrío—. ¿Qué tal tus primeros días, estás bien aquí? —Vuelve a ponerse serio, parece que está realmente interesado.

—Sí, la verdad es que a nivel personal hay una gente muy agradable, tanto en el trabajo como de vecinos.

—¡Ah! Es verdad, que tu casa está junto a la de Wilson y Alexia, ¿no?

—Sí. —Me sorprende que sepa eso, normalmente los megajefazos no suelen conocer los nombres de los empleados, y menos dónde viven.

—Son muy buena gente y buenos trabajadores —comenta, y me doy cuenta de que, aunque tenga esa expresión autoritaria, en realidad es solo fachada. ¡Y qué fachada!

Nos paramos y me mira como si me estuviera estudiando, me pongo nerviosa y digo:

—Si no te importa yo ya me doy la vuelta, porque nunca he venido tan lejos y no quiero perderme.

—No pasa nada, yo te acompaño.

Y seguidamente llama a Doby y emprendemos el camino de vuelta.

Y como no podía ser de otra forma, empezamos a hablar de trabajo:

—Mañana me voy a la Toscana con el Sr. Cuevas para unos asuntos relacionados con nuestro producto. Posiblemente la próxima vez tendrás que venir tú porque él se jubilará este año.

Me quedo de pasta de boniato, ¡yo! ¡Viajar con él! ¡Con lo que me está costando mantener esta conversación! Aunque pensándolo bien, creo que me gusta hablar con él. Sí, sí me gusta y hasta parezco tranquila.

—Y ¿qué hay en la Toscana?

—Allí hay un amigo mío que posee una empresa de vino espumoso y gracias a él tenemos muchos contactos, en su momento me ayudó a levantar el negocio, cuando lo teníamos casi perdido. Vamos una vez cada dos o tres meses, tenemos una reunión donde exponemos cada uno nuestros problemas con los clientes, las mejoras que podemos tener, en fin, que trabajamos un poco codo con codo.

—¿Y no sois competencia? —pregunto.

Sonríe y, esperando su respuesta, creo que he babeado un poco.

—Somos amigos leales, él tiene un veinticinco por ciento de acciones de esta empresa y nosotros un veinticinco por ciento de la suya. Es una historia muy larga..., aunque tienes cara de querer saberla... —Vuelve a sonreír y creo que ya he pasado a cara de idiota.

—Bueno, si es muy larga mejor otro día, que mañana madrugo, tengo que trabajar. —Le miro con cara de graciosa y me despido—. Buenas noches, y que vaya bien en Italia.

—Gracias, buenas noches.

Me voy hacia mi casita pensando en lo guapísimo que es en todos los sentidos, y creo que hasta que no me empiezo a lavar los dientes para acostarme, no se me va la sonrisa de adolescente enamorada. ¡Uy! ¿He pensado yo eso?

Llega el viernes y me levanto cada vez con más sueño. Pican a la puerta y tal cual estoy abro. Con mis pelos de loca y los ojos entreabiertos, si llega a ser Brad Pitt no me lo hubiera perdonado en la vida. Pero es mi querida Alexia.

—Hola, Alexia, buenos días. —Le sonrío.

—Hola, Carla, es que se me olvidó *desirle* ayer que este fin de semana celebramos una fiesta de nuestra tierra. Como es en agosto y muchos para ese día estamos fuera, queremos hacerla todos juntos aquí, el *jefesito* nos dejó una carpa, y lo pasaremos lindo. Pues eso, ¿contamos con usted para

mañana?

—Pues no sé, me pillas dormida... —¡Como si no se notara! Debo tener un careto de «túnel del terror».

—Todos están invitados, ¡vamos, anímese! ¡Lo pasaremos chévere! Venga, mami...

—Vale, vale. La verdad es que muchos planes no tengo para este fin de semana, llamaré a mis padres para decirles que no voy y me quedo.

Casi todos los domingos como con ellos, pero supongo que no les importará mucho. Cuando le describí a mi madre a don buenorro dijo: «Échatelo de novio», palabras textuales. Como si fuera tan fácil, y como si yo fuera de su nivel, no quiero ni pensar las maromas que se lleva a la cama, seguro que no tienen nada que ver conmigo.

—¡Bien, mamita! Nos vemos mañana en la tarde, póngase bien linda, aunque ya lo eres, no le hará falta mucho.

—¡Vaya! Gracias, Alexia, nos vemos mañana. —Me caía bien, pero ahora me cae mejor, porque después de verme como me ha visto y decirme esto, tiene mi cariño eterno.

Camino hacia la oficina y veo en la entrada a mi compi Sergio, fumando un cigarro.

—Hola, Carla, vaya careto que traes, ¿no has dormido bien?

—Eso parece, me he asustado hasta yo cuando me he mirado al espejo. — Y eso que ahora llevo crema hidratante y me he maquillado un poco.

—¿Sabes? —continúa Sergio con cara de tener un bombazo—. Ha llegado el semental antes de tiempo, por lo visto ha pasado algo y no muy bueno, esta mañana parecía que entraba Hulk por la puerta.

—¿Y qué ha podido ser? Sé que esta semana ha ido a Italia. —Me mira sorprendido, pero sigue.

—Pues no sé, pero habrá que investigar..., le preguntaré directamente a Alicia, que ella seguro que sabe algo.

Alicia es la *assistant* de mi buenorro, una tipa con un *alter ego*. Parece la mujer perfecta, delgada, con su media melena rubia siempre perfecta, manicura perfecta, maquillaje perfecto y vestuario perfecto. Vamos, bastante odiosa, porque encima es una antipática de narices, solo sonrío cuando habla

con mi buenorro.

—Oye, ¿vas mañana a la fiesta que dan mis vecinos? —le pregunto a Sergio.

—No creo. Es que... —Se hace un silencio, y veo una media sonrisa en Sergio—. He conocido a alguien y claro...

—¿Qué dices! Cuenta cuenta. —Me pongo en plan vieja del visillo.

—Bueno, aún no es algo serio, nos estamos conociendo y habíamos quedado este fin de semana para salir fuera, seguramente iremos a Girona, a alguna calita privada. Es que él tiene muchos recursos... Y no te puedo contar más. No insistas, por favor. —Pone las manos suplicándome que no le pregunte porque sabe que si insisto, me lo cuenta todo con pelos y señales.

—Valeee, no te presiono más, por ahora —le digo riéndome, poniendo cara de maléfica.

Entramos en la oficina y se nota la tensión en el ambiente, la gente está seria y todos se miran como si fuera a pasar algo. Yo intento concentrarme en mi trabajo, aunque no hay movimiento alguno y la jornada transcurre con normalidad.

Al final del día llamo a mis papis y les digo que no puedo ir. Mi madre me informa que Golfo ya lo tienen ellos el fin de semana porque Silvia se va de viaje. Esto me suena raro porque ella normalmente no suele salir, y menos dejar a la pequeña, así que tardo cero coma segundos en llamarla.

—¡Hola, Carli! ¿Qué tal?

—Muy bien, Sil, y ¿qué tal tú? —Voy directa al tema—. A ver, explícame eso de que te vas de viaje y ¡no me has contado nada! ¿Ha pasado algo?

—Pues es que ahora no te puedo contar nada..., vamos a embarcar...

—¿Y Sara?

—¡Conmigo! ¡No te preocupes, tonta! Es algo bueno. Cuando llegue te envío un mensaje y te lo explico. Besitos.

—Chao, cuídate.

Vale, me ha dicho que es bueno, así que dejo de preocuparme.

Me preparo para mi paseo nocturno, hace días que no salgo y me digo a mí misma que si no he salido antes a pasear no es porque él no estuviera, solo

que no me apetecía salir. Me encamino hacia el bosque y camino bastante hasta que decido dar media vuelta. No ha venido, qué absurdo pensar que tenga que venir, claro que si le gustara mi compañía..., sabe que paseo todas las noches y ¡uf! «¡¡Para, Carla, de darle vuelta a las cosas!!», me regaño a mí misma y me voy a dormir.

3

Me han despertado los ruidos de fuera, y es ¡sábado por la mañana! ¡Quiero dormir! Pero bueno, supongo que será por los preparativos de esta tarde. Según me contó Alexia es una fiesta que se celebra en Colombia el siete de agosto, La Batalla de Boyacar. Por lo visto es como aquí en fiesta mayor de los pueblos, se reúne la gente a bailar y pasarlo bien. Harán comida típica de allí, y sobre todo, según Alexia, hay que divertirse. Yo, por supuesto, lo voy a intentar.

Y es que tengo un vicio, o más bien una debilidad, me encanta bailar. Pero todo todo. De pequeñita empecé con las sardanas, luego fui con mis vecinos a aprender jota aragonesa, luego me dio por el flamenco y, por último, con mis brujitas fuimos a aprender a bailar salsa. Que claro, incluía también bachata, merengue..., de todo un poco.

Salgo a media mañana a mi porchecito y me quedo con la boca abierta: ¡han montado todo esto en un plis! Todo el terreno que tenemos delante es como un gran parque, tiene partes de césped con árboles, y la zona más alejada es de tierra, donde se ha improvisado un pequeño campo de fútbol y vóleibol. La carpa la han colocado en la parte de césped junto a los árboles. Hay varias mesas alargadas, donde supongo que se pondrá la comida, y al final se ve una pequeña tarima con unos bafles grandes y hasta un micrófono. ¡Madre mía! ¡Si es que son unos profesionales! Veo a Alexia dirigiendo todo el cotarro, hablando con unas mujeres y a Wilson colocando los cables y moviendo los bafles. Me acerco a saludarla:

—Hola, Alexia, ¿necesitáis ayuda?

—¡No, mi amol! Lo tengo todo controlado, pero mira ven que te presento. Esta es mi prima Divanis, nuestra amiga Ana y esta es María. —Todas paisanas de Alexia.

—Hola, encantada.

—¡Chicooos, vengan para acá! —grita Alexia.

Y se acercan los ayudantes de Wilson. Todos son colombianos, y la verdad es que parecen que los han escogido en un concurso de belleza, tanto chicos como chicas. Digo yo que habrá alguno feo, esta noche lo buscaré porque me

estoy frustrando.

—Mira, este es Fahir, el marido de Divanis, Sebastian, William. Chicos esta es mi vecina Carla, trátenmela bien y no la dejen que se aburra esta noche.

—Mucho gusto, Carla —responden todos.

—Tranquila, Alexia, yo me ocupo —dice Sebastián, mirándome con cara de prometerme algo. Me he quedado sin palabras..., este tío está muy bueno. Es alto, muy moreno, fuerte y parece un auténtico deportista. Pues sí que promete la noche...

Me voy a casa y después de comer, me acuerdo de que no he conectado el móvil y está sin batería, nada más encenderlo veo un mensaje de Silvia:

Hola, Carli, estamos en París, ya te contaré cuando vuelva.

Estoy con Raúl, hemos hablado mucho y decidimos irnos con Sara para estar unos días juntos.

No doy crédito a lo que estoy leyendo. Raúl es el padre de Sara, y por lo que yo sé no había tenido noticias tuyas desde hacía mucho tiempo. Solo espero que no le haga daño, porque si no, se las verá conmigo y puedo tener muy mala leche cuando me tocan a mi amiga... Pienso que también podría querer reconquistarla, tiene toda la pinta. Bueno, me esperaré a que vuelva para interrogarla.

Ahora me voy a echar una siestecita que hasta las ocho no empieza el sarao, y hace un calor horrible, así que conecto el aire acondicionado y me quedo frita en un segundo viendo una de esas películas que solo pueden ser buenas para dormirte.

Me despierto sobresaltada, creo que he dormido más de la cuenta ¡mierda! Me ducho en un momento, me seco el pelo y me lo dejo suelto. Aunque lo llevo demasiado largo ahora mismo, no me arrepiento, me queda bastante bien. Me coloco un vestido que me trajo mi madre de un viaje que hicieron a México, el típico con escote de barco, blanco con florecitas rosas, es corto por encima de la rodilla, me maquillo un poco, solo rímel y pintalabios, me calzo unas sandalias y ¡estoy monísima! Ya que no está mi madre para decírmelo, me lo digo yo. Soy morena de piel, no es que me guste mucho tomar el sol, pero, por lo visto, lo absorbo rápidamente, y en esta época del año suelo estar bastante bronceada.

La fiesta está muy animada, empiezo a mirar y veo a mucha gente de la oficina. También hay montones que no conozco, supongo que serán de las bodegas.

Voy mirando a ver por dónde empiezo. Hay una mesa llena de bebidas, sobre todo cava, y es que, por supuesto, no podía faltar, también hay refrescos y las otras dos mesas están llenas de bandejas con comida. De pronto escucho que Alexia me llama:

—¡Mamita, venga para acá y coma algo! —Está justo al lado de una de las mesas con una bandeja en la mano.

Sonrío y voy hacia ella, no sin antes coger una copa de cava.

—Vale, Alexia, si voy a comer, explícame un poco, porque no tengo ni idea de lo que es todo esto...

—Mira, esto es ajiaco. Esto de aquí —me va señalando bandejas—, es bandeja paisa, que lleva *arros* con judía roja, frijoles, carne, chicharrón, huevo..., esta otra tiene sancocho de mondongo que es como ustedes llaman aquí a los callos, y...

—Vale, Alexia, no te preocupes, es igual, ya voy picando. —Pobrecilla, si no para, se hará de noche y aún me estará explicando todos los ingredientes. Le sonrío y en ese momento la llama Wilson.

Y entre bocado y bocado empieza la música, esta canción creo que es una cumbia y el sonido te hace mover sin querer. La gente se va animando a bailar. Por un lado los profesionales, los nativos, claro, los que llevan el ritmo de esa música en la sangre, luego los que han aprendido como yo y que parece que llevamos un poco el ritmo. Y, por último, los que no tienen gracia ninguna y solo beben, comen y hablan sin parar. Estoy en Babia hasta que a mi espalda alguien me dice:

—Muy guapa, señorita Peralta. —De pronto el vello se me pone de punta. Y con esa voz tan profunda solo podía ser una persona... ¡mi buenorro!

Me giro y allí está él, con unos tejanos y una camisa de lino blanca. ¡Oh, *my god!* Me quedo muda, hasta que lo veo inclinar la cabeza y sonreír como preguntándose si lo he escuchado.

—Hola, Sr. Fortuny, muchas gracias. —Y para que no crea que sigo en estado de *shock* por mis maravillosas vistas digo con una gran sonrisa:

—Pensaba que aún estaba en Italia —miento como una bellaca, Sergio me dijo que ayer apareció por la oficina.

—Al final hemos tenido que anular la reunión —dice muy serio, pero, al instante, me sonrío—. Por favor, llámame Arcadi, y de tú. ¿Qué tal la fiesta? ¿Te diviertes?

—He llegado hace muy poquito, pero sí, ya he probado de casi todo porque si no, Alexia, no me soltaba. —Me río—. ¿Es verdad que te has encargado tú de la carpa?

—Bueno, en realidad ya la teníamos. Se compró cuando empezamos a hacer Cavatast; es una exposición de cava que se hace a todo aquel que quiera probar los diferentes tipos de cava, para que cualquiera pueda comprar, destinado a los pequeños clientes. Como ellos llevan aquí varios años, un día me comentaron qué me parecía y creo que está bien que nos enseñen sus costumbres y así podemos aprovechar para hacer que los trabajadores se relacionen. Tanto el personal de las bodegas como el de oficinas.

Me quedo con la cara de boba y es que encima el tío es buena persona, me gusta este tipo de gente, y sobre todo él, claro. De pronto aparece Sebastián y me pregunta:

—¿Un *bailesito*, Carla? —Me mira y después a Arcadi con su simpática sonrisa—. Si no le importa, señor.

—No, por supuesto —contesta Arcadi.

Sebastián me coge de la mano rápido como el rayo y en menos de nada estoy en la pista con él o más bien pegada a él, porque con su mano en mi espalda presionándome a su cuerpo, no corre el aire. Es algo que me incomoda. Entonces pienso que con mi buenorro no me incomodaría, más bien al contrario.

—Te aviso que yo no puedo moverme como tú, me faltan muchas horas de aprendizaje —le digo sonriendo y resignada a estar como una lapa durante la canción.

—No se preocupe, déjese llevar y ya está —me contesta Sebastián.

Y tanto que ya está, empieza a moverse y me dejo llevar tan bien que parece que he bailado toda mi vida. Gracias también un poquito al cava, porque con media copa ya voy como las cabras.

Aunque estoy pendiente a los pasos y a no caerme con las vueltas que me da, como buena mujer también tengo mis ojos en el personaje que he dejado al cuidado de mi copa de cava y que ahora está hablando con Alicia y Angels.

Vaya dos, solo les falta hacerle reverencias como los japoneses. Pero él me está mirando, aunque está hablando con ellas, gira su mirada hacia mí.

A esta canción le sigue otra muy bonita que se llama «Obsesión», y que, por cierto, es la única que conozco de las que ponen. Y como este chico no me suelta continuamos bailando. Ya hasta parezco experta. Cuando volvemos a ser las lapas bailarinas, Sebastián me dice:

—Carla, ¿tienes novio o marido?

—No, nada de nada.

—Pues eres muy linda para estar soltera. —¡Uf!, ya me veo venir el rollo...

—Es que... hace poco que lo dejé con mi novio —le contesto. Dos años no es hace poco, pero él qué sabe, a ver si con un poco de suerte me lo quito de encima—. Y la verdad, no tengo muchas ganas de volver a empezar con otra relación.

—Yo no hablo de relación. Si usted quiere, yo estaría encantado de...

En ese momento acaba la canción ¡gracias a Dios!, me despido de Sebastián con cara de «lo tendré en cuenta» y busco con la mirada a mi muchacho, pero no lo encuentro, supongo que en mi cara prima la decepción. Decido ir a por otra copa de cava.

—Bailas muy bien para ser de aquí, ¿no?

Otra vez por la espalda, pero esta vez está casi rozándome el oído. Me giro de golpe y lo tengo a unos centímetros de mi cara.

—Es lo que tiene ser un culo inquieto, me gusta aprender todo tipo de bailes.

—Bueno, por parte de él, más que un baile parecía una declaración sexual en toda regla —lo dice de una forma un poco borde.

Es un lince el tío este, ha dado en el clavo. A lo mejor está celoso, pero... no, no puede ser, aunque quizás algo molesto sí.

Lo miro y me encojo de hombros. De un trago me acabo la copa y

levantándola, le doy a entender que con tanto baile estoy muerta de sed.

—Ven, vamos a probar este de aquí, es más seco, así mañana no tendrás resaca.

Nos acercamos a la mesa y me echa de una botella totalmente negra, sin etiqueta.

—Mmmm..., qué bueno. ¿Cuál es este?

—Es un secreto —me responde bajito a la vez que me guiña un ojo. Creo que me estoy deshaciendo—. Todavía no lo hemos sacado al mercado, y aún no tiene nombre. Le dije a Alexia que pusiera unas cuantas botellas y que preguntara para saber la opinión de los nuestros.

Lo tengo frente a mí y no me quita ojo ni cuando bebo.

—Es seco, pero tiene algo especial, algo a la vez dulce —digo, dentro de mi inexperiencia.

—Entonces tiene algo en común contigo —me dice mirándome a los ojos muy muy cerca.

Me pongo nerviosa, y empiezo a bromear:

—A ver, si seca no estoy, por descarte tiene que ser dulce —digo haciéndome la graciosa. Lo miro unos segundos y continúo—: ¿Yo soy dulce?

Abro los ojos como platos y empiezo a ponerme de todos los colores al darme cuenta de lo que he dicho. Él me mira todo coqueto y sonrío, marcando el hoyuelo tan magnífico que lo hace tan atractivo.

—Pero si no me has probado —le digo sonriendo, y entonces el que abre los ojos es él. De repente me quedo seria al saber lo que acabo de decir. En otro momento no hubiera sido capaz de decir eso, pero después de tres copas de cava, soy capaz de eso y más.

Además el que me está tirando la caña es él, así que yo le sigo el rollo, ¿no? Uf, creo que no debo beber más...

Se detiene tan cerca de mi cara que empiezo a asustarme, me mira a los ojos, sonrío y me pregunta:

—¿Me estás retando?

Me aparto un poco y contesto:

—Perdona. Es que ya sabes... cuando una no está acostumbrada a beber, se le suelta la boquita y dice cosas que luego se arrepiente.

Intento salir del aprieto ¡joder, que es mi jefe! ¡Pero ha empezado él! Vaya lucha interna que tengo.

Sonríe y me dice:

—Pues no te arrepientas. —Se gira para dejar su copa en la mesa, me mira y lanza su sonrisa con hoyuelo incluido—. Aunque me gusta mucho tu compañía, me tengo que ir, mañana viajo a Madrid y queremos llegar pronto. —Me va acariciando el brazo hasta llegar a mi mano.

—Vale, hasta el lunes —digo intentando que no se note mi cara de decepción.

—Hasta el lunes. —Y sube mi mano y la besa. ¡Como un caballero antiguo! ¡Oh, *my God!* ¡Me va a dar un telele!

Y allí me quedo, con cara de lerda, mirando ese culo tan maravilloso que le hacen los tejanos. Hasta que, por supuesto, aparece Alexia que es mi hada madrina para que no esté sola.

—¡Ay, mamita! ¿Pero esto es lo que yo vi? —Y no sé cómo interpretar su cara.

—Pues no sé, ¿qué viste? —le pregunto toda inocente.

—¡Pues que el *jefesito* le pone ojos de amor!

—¡Halaaa, qué bruta eres, Alexia!

—No, mamita, yo sé lo que vi, y ándese con ojo que juega con fuego, ¿pero veo que usted también tiene cara de enamorada? —Y empieza a reírse.

—No te burles de míí, que he bebido un poco más de la cuenta. —Pongo carita de pena y nos reímos—. Por cierto, Alexia, ¿qué tenemos en Madrid? ¿Alguna sucursal?

—No que yo sepa, en Madrid lo que tenemos es a su exmujer.

¡Vaya! Se me bajó de golpe el subidón. Me siento pletórica y a la vez decepcionada. Por eso mismo decido que ya es hora de ir a dormir, ya he tenido bastante por hoy.

4

Es lunes y parece que me han dado una paliza, me duele todo, y eso que me pasé el domingo tumbada en el sofá, viendo la tele y comiendo palomitas como una loca.

Ya llevo tres semanas aquí y me he adaptado tan bien que me siento como si llevara toda la vida. Nada más llegar a mi mesa veo a Sergio con cara preocupada.

—Nena, te espera el Sr. Cuevas, dice que es urgente, que vayas a hablar con él.

¡Uf, qué mal rollo me da! Dejo el bolso sobre mi mesa, pico a la puerta y entro.

—Buenos días.

—Buenos días, Carla, pasa, siéntate. —Por lo menos su semblante es amable—. Mira, te estaba esperando porque ha surgido un tema que no se puede demorar, hay que ir a la reunión en Italia, y como comprenderás si me jubilo en unas semanas prefiero que vayas tú y empieces a ponerte al día de lo que tratamos allí. Así se lo he hecho llegar al Sr. Fortuny, y me ha dado su aprobación. A primera hora de la tarde sale el avión. Angels, ya ha hecho las reservas, así que ve a preparar una pequeña maleta para un par de días y después vienes que te informaré de todo lo que necesites saber.

—De acuerdo. —Pero mi cara todavía no revela nada. Estoy tratando de asimilar la información, porque el hecho de estar allí supone una gran responsabilidad por mi parte, y encima voy con el buenorro...

Vale, salgo del despacho, tengo que tener la mente fría, primero preparar la maleta, después absorber la información que el Sr. Cuevas me dará y, por último, viajar a ese país tan bonito, porque, aunque sea de trabajo, espero poder ver algo que no sea una sala de reuniones.

Lo tengo todo y estoy esperando en recepción charlando con Helena hasta que aparezca mi buenorro (ha pasado a ser de mi posesión), no lo veo desde la noche de la fiesta y estoy un pelín nerviosa. Aparece Jaime, que es una mezcla de chófer, hombre de confianza y con lo grande que es diría que hasta guardaespaldas de Arcadi. Me dirige un escueto «Buenas tardes», coge mi

maleta y me abre la puerta del coche.

—¿Y el Sr. Fortuny? —le pregunto.

—Él ya está en el aeropuerto, llegaba desde Madrid —me contesta.

Y entonces empiezo a montarme mi película... «Claro, vendrá todo feliz de la vida, habrá vuelto con la Barbie, porque seguro que sigue enamorado de ella».

En fin, pienso que me tiene que dar igual, pero claro es mi buenorro y mi imaginación sigue yendo donde quiere.

Al llegar a la terminal me voy directamente a la sala vip. Es la información que pone en el mensaje que me ha enviado. Al verlo le sonrío, pero él me mira, me saluda con la cabeza como si nada y sigue mirando su móvil.

Vaya vaya, parece que no le ha sentado muy bien el fin de semana. Veo que la Barbie le ha dado calabazas... Está sin afeitarse y con cara de haber dormido poco. Lo bueno es que aun así está guapo y elegante.

De pronto veo salir del lavabo que hay al fondo a una rubia despampanante con un vestido más bien tirando a cortito y cuando digo «cortito» es minúsculo. Eso sí, parece una modelo por su altura y delgadez. No es excesivamente guapa, pero tampoco le hace falta.

Arcadi se gira y al verla se levanta. La rubia le da un beso como si fuera a romperse, coge una chaqueta que hay en el asiento y se va tirándole un beso al aire.

¿Será esta su ex? ¿O será su novia? Da igual, tampoco se lo voy a preguntar.

Me acerco y me dice en un tono un poco borde:

—Ya tenemos que embarcar, vamos por aquí...

Sin quererlo me siento defraudada. Mi problema es que me gusta este hombre y cuando estuvimos en la fiesta de Alexia me pareció que yo también le gustaba. Pero ahora visto lo visto, va a ser que no soy su tipo.

Pues yo no me quito la sonrisa de la cara por muy mal que me siente esto, ¡porque voy a Italia!, concretamente a la Toscana, y ¡no me va a quitar la ilusión ni el insulso pijo este!

Por fin llegamos al hotel. Hemos tardado una hora en coche desde el

aeropuerto de Pisa y tengo que decir que todavía no he cerrado la boca admirando el paisaje, y para colmo estamos en uno de esos hoteles en mitad de la nada, rodeados de naturaleza y en su mayoría viñedos. Es una versión italiana de lo que tenemos allí.

Ya en recepción, Arcadi me da la tarjeta de mi habitación, subimos hasta la cuarta y última planta en silencio, y cuando estoy frente a mi puerta le pregunto:

—Perdona, pero ¿no me deberías explicar un poco cómo va a ir la reunión y los temas a tratar? Porque el Sr. Cuevas me explicó muy por encima.

—En media hora bajamos a cenar, si no te importa te pongo al día mientras cenamos —me contesta todo serio.

—De acuerdo, nos vemos en media hora.

Se da la vuelta y pasa de mí, claro que no esperaba que se pusiera a bailar un rap, pero por lo menos un poquito más de cordialidad.

Parece ser que dejar a la rubia no le ha sentado muy bien.

Entro en la habitación y debo decir que nunca había visto algo tan glamuroso en mi vida, siento como si se respirara elegancia y buen gusto. Un pequeño recibidor da a un salón donde encuentro dos butacas y un sofá rodeando una pequeña mesa de cristal. Sobre una cómoda preciosa hay un LCD que debe tener como mínimo cuarenta pulgadas. La habitación tiene cama de matrimonio estilo renacentista con dosel blanco y sobre el tocador hay un precioso ramo de rosas (ahí me han tocado). Pero con lo que me quedo petrificada es con el baño, la bañera es como una de esas de las pelis ¡¡con patas!!

Qué poquito viajada estoy, creo que a partir de ahora me dedicaré un poco más a ver mundo, aunque con mi sueldo pocas veces voy a ver hoteles como este.

Me doy una ducha rápida e intento dar volumen a mi pelo, vuelvo a pensar que lo llevo demasiado largo y, al ser tan liso, quizás debiera cortármelo un poco.

Me hago una cola alta, me pongo unos tejanos y una camisa blanca que aunque ceñida me queda muy bien. Una vez cómoda, bajo al comedor y no sé qué me atrae más, si la cena o Arcadi. Sin lugar a dudas, en Italia es la cena. Y después de verlo con la rubia en España también.

Justo pasar la puerta me fijo que es un comedor pequeño, apenas hay diez mesas. La decoración es bonita, mesas pequeñas con manteles color rosa pastel. Las lámparas colgadas llegan cada una a cada mesa, diría que se ve hasta romántico. Y allí está él, sentado en un rincón, que absorbido en su iPhone le quita todo el romanticismo, eso sí, guapo está un rato. Se ha afeitado y lleva ropa más sport. Mientras me voy acercando no puedo reprimir que el estómago me dé un vuelco, no sé si para bien o para mal.

—Hola —digo con la sonrisa que viene siempre conmigo.

—Hola, Carla, siéntate, ¿qué vas a tomar? —me pregunta dejando el móvil sobre la mesa. Veo que intenta sonreírme sin llegar a hacerlo.

Tras haber pedido la cena, empieza a comentarme los temas principales de la reunión.

Parece que la persona que me habló en la fiesta del sábado no tiene nada que ver con esta, es otro Arcadi totalmente diferente. Me quedo con el otro.

—Mira, Carla, tenemos un pequeño problema que trataremos en la reunión. Verás, el Sr. Cuevas no te ha comentado nada porque prefiero explicártelo yo. ¿Te acuerdas del cava que te di a probar en la fiesta de Alexia? —Asiento—. Por lo visto nuestra competencia más directa está embotellando ese mismo cava para sacarlo al mercado el próximo mes.

—¿Pero cómo sabéis que es el mismo? —pregunto con ojos como platos, y su cara se transforma en pura tensión.

—No te voy a desvelar mis fuentes, pero solo te diré que los viñedos que sacarán nuestro cava, son nuestros vecinos. —Hace una pausa—. Y también mi familia. Son mis primos. Bueno, exactamente mi primo. Los viñedos colindantes al nuestro corresponden a la marca Pinral.

—¿O sea que han copiado nuestro cava? —digo todavía con los ojos fuera de las órbitas.

—No exactamente, se han acercado muchísimo, pero no al cien por cien, por eso lo primero es encontrar a la persona o personas que están haciendo espionaje en mi empresa, hablaremos de las posibles formas y cómo lo han podido llevar a cabo. Hace unos meses desaparecieron archivos muy confidenciales, pero aún no sabemos quién ha podido ser el culpable o culpables. Luego nos centraremos en números, beneficios, pérdidas y demás. —Y su mirada se dulcifica y me mira como si yo fuera la única persona del

mundo, aunque claro, soy la única persona a la que le está hablando, pero me encanta que dedique esos ojos azules a mí solamente.

—Vale —me limito a responder.

Tras una riquísima cena donde no ha faltado un buen bistec a la fiorentina, y tras un postre inexistente porque no he podido hacer hueco, Arcadi me propone:

—¿Quieres que tomemos el café fuera o prefieres quedarte aquí?

—Gracias, me gustaría tomar algo, pero en la terraza. Prefiero el aire fresco.

—Por supuesto, vamos.

Se levanta y veo que lleva unos tejanos color piedra que le quedan de miedo junto con el polo azul marino de Ralph Lauren (menudo pijo).

Al salir a la terraza se hace a un lado para dejarme pasar y posa su mano en mi espalda, subo la mirada hacia él y, aunque no soy bajita, a su lado me hace sentir así. Es un hombre muy sexy y me gusta su contacto.

Nos sentamos en una terracita que hay bajo una gran parra. Llena mi copa de un Gran Reserva mientras empieza a explicarme la procedencia de ese champagne. Lo que él no sabe es que no le estoy escuchando, porque me estoy fijando en sus manos grandes y a la vez hábiles al gesticular y llenar las copas, en sus ojos al mirarme, en su bíceps al dejar la botella..., vuelvo en mí cuando noto que me pregunta directamente:

—Vaya, parece que te he dejado sin palabras. —Sonríe y me ofrece una de las copas—. Eres muy tímida, ¿no? O ¿es que eres muy callada? —Y aquí es cuando Arcadi vuelve a ser mi buenorro, ese de la fiesta.

—Pues, en realidad, no, cuando me lanzo no hay quien me pare, pero tampoco me incomoda el silencio. Lo que pasa es que no es lo mismo estar entre amistades que con tu jefe. —Y sonrío sinceramente, porque me siento bien.

—¿Y yo te incomodo? —me pregunta con cara muy seria. Uf, esto se pone interesante.

—Ahora mismo no, pero tampoco te conozco y no sé de qué puedo hablar abiertamente.

—Pues por mí no te cortes, ahora no estamos trabajando. —Y levantando

su mano dice cómicamente—: Prometo no hacerte *mobbing* cuando volvamos. —Vuelve a beber de su copa—. ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre?

—La verdad es que soy poco original, suelo ir al gimnasio, pero no en exceso, me gusta ir con mis amigas a tapear, eso sí me gustaría que fuera en exceso, pero como no podemos coincidir más de una vez cada dos o tres meses, me aguanto. Me gusta ir al cine y soy muy muy friqui, en su momento fui la fan número uno de la saga de *Crepúsculo*. —Pone cara de «me he perdido»—. ¿No sabes lo que es, verdad?

—Perdona, pero no tengo ni idea.

—Vale, mejor. —Y me empieza a entrar la risa tonta, esa que no sabes por qué, pero no puedes parar. Él se ríe, aunque creo que es solo de verme a mí—. Perdona —le digo como puedo, y sigo riendo.

Si él supiera que me pegué toda una mañana haciendo cola con Silvia en el Festival de Cine de Sitges, y todo para ver el tráiler de *Luna Nueva*, y cinco minutos de entrevista a uno de sus protagonistas. Fue una bonita anécdota si no fuera porque a la vuelta me perdí y casi acabamos en *Perpignan*.

—Sabes... —Me mira y hace una pausa que se me hace eterna—. Eres una mujer muy guapa. Como dirían aquí *bellissima*. —Mi risa se queda en sonrisa y noto que me estoy poniendo de todos los colores, no me esperaba esa forma tan sutil de entrarme, me acabo la copa de golpe y estaba entera—. Gracias, eso me dice mi madre, pero claro es mi madre... —Estoy realmente hecha un flan.

—Es una pena que trabajes para mí, porque si no fuera así, seguramente te pediría una cita. —¡Madre mía! Es un pelín antiguo, ¿no? ¿Una cita? ¿No sería mejor un revolcón? Bueno, va, me pongo seria. ¿Y la rubia? ¿Ya no se acuerda de ella? Este hombre es un auténtico picaflor.

—Entonces, eso quiere decir que no estás casado o comprometido, ¿no?

Se tensa tras mi pregunta, pero el que busca, encuentra. No es que me guste ser cotilla, pero me lo ha puesto a huevo.

—No, estoy divorciado. Y la persona que despedí en el aeropuerto es solo una amiga.

Eso me da pie a pensar que cuando fue a Madrid no volvió con su ex. Y me alegra, aunque no sé por qué, si hace unas horas se estaba besuqueando con la

doble de Heidi Klum.

—Pues nada, cuando ya no trabaje para ti, me pides una cita —le digo en plan gracioso—. Pero espero que tarde mucho.

Y tras esto brindamos e intento cambiar de tema preguntándole por la reunión de mañana.

Hoy es martes, hemos quedado en la cafetería a eso de las nueve y yo con un sueño que no me aguanto. Me ducho y me visto para el acontecimiento, traje chaqueta, tacones y mi pelo bastante decente.

Voy bajando mientras pienso en las reuniones que me esperan y empiezo a ponerme nerviosa por cómo tengo que actuar, la verdad es que nunca había viajado fuera por temas laborales. Cuando llego a la cafetería lo busco y lo veo al final del comedor tecleando en su PC, sumido en su papel. Y yo en el mío, el corazón se me acaba de acelerar. Me acerco a su mesa y saludo:

—Hola, buenos días.

—Buenos días, Carla, ¿qué tal has dormido?

—Bien, gracias.

Le preguntaría a él, pero me da un pelín de vergüenza. Aunque tampoco me da mucho tiempo. Aparece el camarero y le indico que me tomaré un café solo y unas tostadas.

Lo inspecciono en dos segundos, está recién duchado, aún tiene el pelo mojado. Guapísimo, con un traje azul, camisa blanca y corbata. Nada que envidiarle al Clooney en los anuncios de El Corte Inglés ¡aprobado con nota alta!

—Carla, en una hora he quedado con Josseppe en Livorno, es donde están las oficinas centrales. Iremos en coche. Seguramente esta tarde podremos hacer un poco de turismo. Si tienes alguna preferencia podemos visitarlo.

Aunque me habla a mí, no despegas sus ojos del ordenador y me doy cuenta de que a él no se le ha acelerado el corazón, o por lo menos lo disimula muy bien.

Busco rápidamente en mi móvil dónde quiero ir y me quedo pensando. No sé si decirlo, pero a lo mejor no tengo otra oportunidad:

—Pues me gustaría ir a Volterra. —Ahí lo dejo.

—Muy bien.

Ni se inmuta. Cierra la tapa del ordenador y me mira.

—Te espero fuera, ya ha llegado el coche.

¡Perfecto! ¡Qué tío más estúpido! ¡Ni siquiera ha esperado a que acabe de desayunar!

Me acabo el café y las tostadas como una concursante de *Supervivientes*, me levanto toda digna y voy a la salida.

Lo encuentro hablando con un hombre que supongo será el que le ha traído el coche.

Me miran y don Estúpido me hace un gesto con la cabeza para que suba al coche. Es un deportivo negro, Jaguar pone en la parte trasera.

Llevamos media hora de viaje y ni siquiera ha hablado. Y cómo no, la música clásica llena todo el ambiente. Como dure mucho el viaje, me duermo.

Su semblante es serio. ¡Uf, qué rabia! Me siento como si le hubiera hecho algo, y llego a la conclusión de que no le he podido hacer nada.

Lo más probable es que tenga ese carácter. O a lo mejor son dos hermanos gemelos y se van cambiando..., sí, tiene que ser eso. Aunque lo más probable es que tenga un palo por el culo de quita y pon. Y sin querer me pongo a reír de mi ocurrencia.

Se gira y con cara de confusión me pregunta:

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada, es que me he acordado de algo muy gracioso. —Me pongo roja como un tomate—. Ja, ja, ja... —No puedo parar de reír, me ha dado la risa tonta/nerviosa, y eso que no he bebido.

—Bueno, pues ya me explicarás qué te hace tanta gracia, y así nos reímos los dos —dice todo repelente.

—Pues no —le suelto—. Creo que me lo guardaré para mí sola, ya que por lo que veo no tienes mucho sentido del humor.

—¿Y tú qué sabes? Si no me conoces —dice don Perfecto y parece que su semblante se va suavizando.

—Por eso mismo. Si te lo digo a lo mejor te sienta peor, y pones aún más

cara de perdonavidas de la que traes hoy, y no me quiero arriesgar. —Estoy suelta suelta.

—¿Yooo? ¿Cara de perdonavidas?

Mierda, creo que me he pasado, no deja de ser mi jefe y, aunque tenga solo unos cuantos años más que yo, tiene mi vida laboral en sus manos. Me quedo sin saber qué decir, y de pronto empieza a reírse a carcajadas.

—¡Vaya con la Srta. Peralta! —Continúa riéndose—. ¿Sabes que ninguno de mis empleados se había atrevido a decirme algo así? ¡Y te aseguro que han tenido motivos!

—Ya me lo imagino... Aunque permítame que te diga que gozas de muy buena fama entre tus trabajadores, te aprecian bastante —comento con total normalidad.

—Siempre intento ser lo más justo que puedo dentro de mis limitaciones, claro está.

Se queda pensativo, pero la sonrisa no se le ha ido del rostro. Y para mi desgracia sube el volumen de la música. ¿Este hombre no escuchará otra cosa? Lo siento, pero no puedo con esta música, me deprime.

5

Llegamos a Livorno y al estar a las afueras no puedo ver mucho, pero me llama la atención que, aunque sea una ciudad grande, no se ve contaminación y los edificios no son muy altos.

Entramos en el *parking* de un edificio totalmente acristalado y desde este subimos a la cuarta y última planta.

Arcadi vuelve a ponerse serio, pero ha transformado su cara de perdonavidas en cara de hombre de negocios. Me sonrío al ver la cara de susto que tengo y eso hace que se me ilumine el rostro.

Salimos directamente a un gran espacio donde está la recepción que hace juego con el edificio, un mostrador enorme de cristal opaco. Hay una mujer de quizás unos cincuenta años, morena, con el pelo corto tipo Cleopatra. Lleva un traje azul y parece que va a juego con las paredes (le queda genial, por cierto), va maquillada, pero no en exceso.

Cuando ve a mi buenorro (o al buenorro de la rubia) le cambia la cara, claro que a mí también me pasa. Se quita el pinganillo de la oreja y sale rauda y veloz hacia él con cara de felicidad.

—*Ciao, Arcadi, come stai?* —Se agarra a su cuello como si fuera a colgarse de él. Me quedo patidifusa.

—*Come stai, Giovanna? Bello vederti* —dice todo relajado.

¡Vaya! Y encima se alegra de verla. Uy uy uy, qué mal rollito me está entrando. Esta aún no sabe que este es mi buenorro, claro que él tampoco. Vale, me están ignorando, me giro hacia un pasillo amplio a mi derecha y veo aparecer a un italiano típico típico. Traje negro, muy alto, delgado con nariz aguileña, pelo negro y muy bronceado, creo que demasiado.

Se dirige a nosotros y deduzco que es Josseppe. Según va avanzando no me quita la mirada de encima, es de esas miradas penetrantes que parece que te han desnudado y te han hecho el amor tres veces. Me da un poco de vergüenza y aparto la mirada.

Cuando por fin lo suelta doña Pinganillo y vuelve a su sitio se acerca Josseppe a Arcadi y se dan un abrazo. El señor italiano se gira hacia mí y le

dice:

—*Mio caro amico, tu non mi dica chi è questa bellezza?* —Míralo el tío, ¡ya me cae mejor!

—Josseppe, esta es Carla, será tu enlace en exportación, como sabes, el Sr. Cuevas se jubila —informa en castellano.

—*Come stai Signor Josseppe?* —le pregunto ofreciéndole mi mano. La coge y la besa con dulzura. Es un auténtico adulator. Me sonrío y, sin soltarme la mano, me acerca a él y me planta dos besazos.

—*Ora, molto bene.*

Arcadi nos mira y pone cara de póquer. Ahora sí que estoy incómoda. Me suelto como puedo de Josseppe y Arcadi dice que mejor vayamos directos a la reunión.

Entramos en una sala enorme con una mesa rectangular para unas veinte personas, está vacía, pero en cuestión de segundos empieza a llenarse.

Todos asienten con la cabeza y me saludan. Cuando estamos sentados, Josseppe me presenta y da comienzo a la reunión.

Me doy cuenta de que quien habla continuamente pidiendo datos e informes es Arcadi, todos lo miran con respeto. Josseppe está en un segundo plano sin dejar de controlar que todo esté correcto.

Después de cuatro larguísimas horas, la dan por concluida y me muero de hambre, pero claro, hasta que mi buenorro no diga nada, yo a esperar. Como si me hubiera leído el pensamiento me mira y dice:

—Supongo que tendrás hambre, ha durado más de lo que esperaba. —Está serio, pero su mirada es cariñosa, diría que hasta protectora, y me gusta.

Salimos del edificio y caminando llegamos a una plaza preciosa, fuera del restaurante hay varias mesas y nos sentamos en una de ellas. Por supuesto, Josseppe, no se separa de mí, y ya me hace hasta gracia. Se gira hacia su izquierda y le dice algo al oído a Arcadi y, aunque no soy cotilla, me muero por saber lo que le ha dicho, los miro por el rabillo del ojo y veo que Arcadi sonrío. Tienen muy poca vergüenza al seguir hablando entre ellos. Así que me dedico a mirar la carta y estar preparada para cuando venga el camarero.

La comida riquísima y la compañía más divertida de lo que me esperaba. Josseppe no ha parado de hablar todo el rato. Eso sí, parecía una vecina de mi

abuela preguntándome de todo. Si estoy casada lo primero, qué música me gusta, películas y hasta mi menú McDonald, me parto con este hombre.

Cuando nos levantamos para irnos, Josseppe me coge la mano para despedirse:

—*Signorina* Carla, espero que nos veamos el próximo fin de semana. — Estoy confundida y le respondo:

—Lo siento, pero nos vamos mañana. —Miro a mi buenorro y se hace el loco—. ¿O es que vienes tú a los viñedos Fortuny?

Josseppe, sin soltarme la mano, me sonrío y suelta:

—Este fin de semana celebramos en la Toscana, justo en el hotel en el que os alojáis, el centenario de nuestra empresa. Los altos directivos vendrán con sus esposas y, por supuesto, todos nuestros trabajadores. Le he pedido a Arcadi que venga contigo, porque me muero por ver esos ojos negros otra vez. —Miro a Arcadi y parece que echa humo.

—No, yo no voy a venir, lo siento, pero este fin de semana ya había hecho planes. —Pongo cara de «me sabe muy mal no asistir» y así tranquilizo a Arcadi. Parece que no le ha sentado muy bien la invitación de Josseppe.

—Como quieras, pero espero verte pronto.

—Ah, y mis ojos son marrones no negros. —Le sonrío y en un segundo me arrepiento de haberle dicho esto. Ahora clava sus ojos en los míos.

—Bellísimos, al fin y al cabo. —Se acerca y me da dos besos de despedida.

Y con eso se despide también de Arcadi y se va hacia su coche. Para mi sorpresa lo está esperando un chofer de uniforme dentro de un pedazo de coche negro. Me hace gracia, pensaba que eso solo pasaba en las películas.

Vamos en el coche de vuelta al hotel, sigue serio y me pregunta de sopetón:

—¿Qué planes tienes para este fin de semana?, si no te importa contestarme. —Suaviza esta última frase.

—Pues ninguno, pero como he visto la cara que has puesto... He notado que te ha molestado que me invitara, pero no te preocupes, sé dónde está mi lugar —digo toda digna.

—No me ha molestado que te invitara —dice muy serio—. Lo que pasa es

que quería hacerlo yo.

—Ah —contesto, y ahora la que se queda seria y sin palabras soy yo, cosa que no me suele pasar.

Continuamos de camino por una carretera estrecha donde voy divisando el maravilloso paisaje. Nunca había visto tantas tonalidades de verde. Voy ensimismada mirando, intentando no perderme nada, hasta que llegamos a un desvío y leo «Volterra».

¡¡Sí!! ¡Se ha acordado! Ahora mismo lo besuquearía como una fan de Justin Bieber hasta agotarlo. Al mirarlo tiene una medio sonrisa que es espectacular, ¡joder! ¡Qué guapo es el *jodío*!

—¡Te has acordado! Gracias gracias —digo toda alterada dando palmaditas.

Su sonrisa ya se hace evidente. En estos momentos me gustaría achucharlo, pero no lo puedo hacer claro, o ¿sí? No, mejor no, a ver si se va a pensar que estoy como un cencerro, que lo estoy, pero no lo va a descubrir tan pronto.

—Bueno, he buscado en internet y ha sido fácil encontrarlo, la verdad es que no sabía dónde estaba. Ya que vamos a estar tan poco tiempo por lo menos que veas algún pueblo típico. ¿Cómo es que has querido venir a este pueblo en concreto? ¿Te han hablado de él?

—Mmmm..., de una película que vi hace algún tiempo y me pareció un pueblo muy típico y bonito. —Por supuesto, no le voy a decir la verdad, quién sabe lo que pensaría.

Todavía hay mucha luz y miro fascinada las murallas medievales que envuelven la ciudad. Una vez dentro y caminando por el casco antiguo, no paro de admirar la atmósfera mágica que se crea a través de sus callejones y plazas.

Y hablando de plazas... ahí está..., esta es la plaza de la Iglesia (que se llama plaza de la Catedral) donde Bella salvó a Edward de ser asesinado por los Vulturis. ¡Ayy, si es que soy muy friqui! Y aunque se ve más espectacular en la peli, yo le doy un diez.

Este chico debe pensar que estoy chalada porque empieza a mirarme como si yo fuera una extraterrestre, eso sí, con una sonrisa que desde que bajamos del coche no ha cesado. Estoy muy a gusto con él y seguro que en cuanto llegemos a los viñedos se compra *Crepúsculo* para verla. Vaya coñazo que

le estoy dando. Desde que vamos caminando ya le he explicado casi toda la saga, pero eso le pasa por preguntar.

Seguimos andando y mientras buscamos un restaurante para cenar le suena el móvil. Rápidamente lo coge y se le transforma la cara. Responde con un «¡Dime!» bastante borde, me mira y entiendo perfectamente que es privado, así que me alejo.

Sin salir de la plaza miro a mi alrededor y veo una floristería, y justo al lado una de esas tiendas típicas de recuerdos. Tengo que llevarme algo de aquí y me niego a que sea una camiseta.

Entro y me atiende una señora de unos sesenta años con una coleta baja y el pelo casi blanco. Su cara es pura dulzura, la saludo y empiezo a mirar algo que llevarme, de pronto tengo un flechazo y sonrío. Ante mí hay un lienzo precioso de la plaza de la Catedral justo el día de san Marcos. Empiezo a reírme y miro hacia la señora que, como si me hubiera entendido, asiente con la cabeza y me sonrío.

Me explica que es uno de los pocos que le queda del *boom* de *Luna Nueva*. Que allí el patrón es san Justo y que la plaza no llega a verse como se ve en la película, pero por *marketing* se hicieron esos cuadros.

Decididamente me lo llevo, me da igual. Pero cuando le pregunto el precio y me suelta: «Ciento veinte euros», casi me da un espasmo. Me dispongo a pagar cuando de pronto aparece sobre mí un brazo inmenso con una tarjeta en la mano.

—Es un viaje de trabajo, ¿no creerás que te voy a dejar pagarlo, verdad? —
¡Ahí está mi buenorro! Pero me niego.

—Perdona, pero es un capricho mío y lo tengo que pagar yo. —Me pongo con cara de mala leche y por lo que veo sale un poco mal porque él no me hace ni caso. Mientras, la señora lo envuelve y me lo entrega con una sonrisa.

—*Grazie* —le digo y salimos fuera.

Al pasar delante de la floristería me dice:

—¿Sabes que las margaritas blancas son la flor de Italia? —Y señala unas macetas inmensas llenas de margaritas.

—Pues no tenía ni idea, es posible que la señora me lo haya dicho, pero como hablaba tan deprisa no me habré enterado. Son muy bonitas, pero a mí

siempre me han gustado mucho las rosas, es más, diría que una de las flores más perfectas son las rosas rojas.

—Nunca había escuchado hablar de perfección en una flor.

Le sonrío y muevo mis hombros como diciendo «es lo que hay». Su expresión ahora es de calma, como si hubiera cambiado el chip. Me quedaría mirando esa cara de anuncio de perfume eternamente, pero tengo que bajar la cabeza porque noto que me estoy poniendo un pelín colorada, y quizás algo nerviosa.

Ya está anocheciendo y encontramos un restaurante. Las mesas son redondas y pequeñas con mantelitos de cuadros, me hace mucha gracia. Al sentarnos uno enfrente del otro, choco con sus rodillas y tengo que hacer un esfuerzo para encontrar un hueco donde poner mis piernas, él ni se mueve, parece que ha marcado territorio.

Yo pido, cómo no, una auténtica *pizza* italiana y acompañando un vino buenísimo que, por supuesto, ha escogido él. Después de la segunda copa me doy cuenta de que es un poco fuerte, pero me da igual, conduce él.

—Ha sido un día muy largo, ¿no te parece? —pregunta don sonrisa brillante con hoyuelo.

—Sí, sobre todo la reunión ¡vaya tostón! —Me tapo la boca—. Perdón. — Se me ha escapado, sobre todo sabiendo que era él quien hablaba casi todo el rato. Se ríe y me mira.

—Lo siento, si lo sé hubiera contratado a Cirque du soleil para que te hubiera entretenido mientras los demás trabajamos.

Lejos de sentarme mal me río y le contesto:

—Muy bien, lo tendré en cuenta para la próxima reunión. —Empiezo a reírme a lo que se une él.

Me mira muy profundamente, como cuando alguien te tiene que decir algo muy importante, pero con sensualidad, vamos, de esas miradas en las que luego viene el beso...

—Carla, quiero decirte que te agradezco que aceptaras venir a este viaje. Sé que es tu primera vez. —Sonríe—. Laboralmente hablando y lo has hecho muy bien. Tienes que acostumbrarte, ya que más de una vez tendrás que venir tú sola. —Vale, este chico es un profesional—. A Joseppe le has causado

muy buena impresión y para mí su opinión es muy importante.

—Gracias, Arcadi, espero no defraudaros, por lo menos voy a intentar hacerlo lo mejor que pueda. —Estoy seria.

—No me cabe la menor duda, ¿nos vamos, *Signorina*? —pregunta guiñándome un ojo, y yo asiento.

Al salir es completamente de noche y me quedo en Babia mirando las estrellas, son tan perfectas que parece que las han colocado una a una a propósito, cuando las miro me acuerdo de mi canción favorita del momento «Counting stars», y siento que en este instante no podría estar más a gusto.

Me giro y veo que tengo a mi buenorro a un palmo de mi cara, y sin ton ni son me besa.

No me lo esperaba, pero no me aparto, es un beso dulce, suave, como esperando mi aprobación y yo se la doy en una milésima de segundo, besándolo de la misma manera. Le cojo de la solapa de la chaqueta y me acerco más, mientras él me rodea la cintura. Me recreo en el beso, siento como si me entrara una descarga eléctrica que arrolla todo mi cuerpo. Me roza con su lengua y empieza a acentuarse más ese placer que creo no haber sentido antes, no lo creo, lo confirmo. Nos separamos y noto sus manos todavía en mi cintura, su cara no sabría cómo describirla, si no me habla pronto voy a salir corriendo.

—Lo siento, pero llevo todo el día queriendo hacer esto —dice, y me mira esperando mi reacción ¡como si no la hubiera notado!

—Pues no lo sientas porque como has visto, a mí me ha encantado que quisieras hacerlo.

Su sonrisa le hace competencia al cielo plagado de estrellas.

Y yo toda fresca me lanzo a su cuello como si fuera una desesperada de la vida y profundizo en un beso muy muy largo, siento su lengua y esa descarga eléctrica sacude mi cuerpo de nuevo. Lentamente nos apartamos, él tiene sus manos en mi espalda casi tocando mi trasero.

Me siento como si estuviera flotando y supongo que él no habrá sido inmune.

De golpe me acuerdo de la rubia de ayer y me siento un pelín culpable. Así que, sabiendo el tipo de hombre que es en este sentido, lo aparto de mi lado y

le digo:

—Arcadi, lo siento, pero no me van los hombres con novias.

—A mí tampoco —suelta sin dejar su sonrisa y eso me hace reír, es muy gracioso cuando quiere.

—Como te dije, es una amiga. Yo no tengo novias.

Y tras esto me siento como si me hubiera dado un «zasca» en toda regla.

Ya en el coche mientras avanzamos por la carretera pienso que estoy metida en un buen lío y me reprendo a mí misma por no haber detenido esto, porque claro y ¿ahora qué?

Él solo tiene «amigas», pero yo soy su empleada. Y yo no tengo «amigos» así de especiales, o son novios o son amigos, todo junto nunca me ha gustado. Yo, desde el primer momento, he tenido muy claro que era el padre de mis hijos, pero él quizás no. Me río por dentro de mis absurdeses.

Entablamos una conversación un poco incómoda hablando de cosas superficiales hasta que llegamos al hotel.

Cuando subimos al ascensor está evitando mi mirada, de pronto se ha vuelto frío y distante y yo no fuerzo nada para que no se sienta incómodo. Cuando estamos en el pasillo, cerca de las habitaciones, me coge del brazo, me gira hacia él y dice:

—Mira, Carla, no quiero que pienses algo que no es, yo no quiero que te hagas ilusiones porque, aunque es obvio que me gustas mucho, esto no puede pasar de aquí. Las cosas son demasiado complicadas...

—Lo he pillado, no te preocupes —digo toda ofendida, y a la vez con cara de comprenderlo—. Pero te recuerdo que has sido tú quien me ha besado primero. Pero tienes razón, es mejor que no vuelva a pasar.

Y con esas me doy media vuelta. Ah, y se me ha olvidado decirle que como me despida por esto le retuerzo los huevecillos, pero eso ya se lo diré en otro momento.

¡Acaso se habrá creído que esperaba que me pidiera en matrimonio! ¡Estoy muy cabreada! No sé si porque no ha seguido o porque mejor que no haya seguido. ¡Uf, qué lío!

Claro que si la cosa hubiera ido a más, posiblemente me habría acostado con mi jefe, ¡vaya topicazo! ¡No, si encima le tendré que dar las gracias!

Al entrar en la habitación me suena un WhatsApp:

Mañana a las siete en la cafetería, cogemos el vuelo a las nueve.

Respondo:

Ok.

Y me voy directamente a la cama, estoy molida.

Cuando llegamos al aeropuerto de Barcelona vamos hacia su coche que está en el parking, no tengo ni idea qué coche tiene, aunque me importa un comino. De pequeña pensaba que los modelos eran las marcas de los coches..., realmente solo me gustan que sean amplios por dentro.

Llegamos a un deportivo negro más bien pequeño, diría yo, y leo «Maserati», pienso que podría tener uno más grande, pero claro, cada uno tiene sus gustos. Vale, reconozco que es muy cómodo, pero prefiero el mío.

Empezamos el viaje de vuelta sin hablar. Tenemos dos horas de camino en coche y me agobio pensando que este hombre me gusta mucho y empiezo a pensar en el beso que nos dimos en Volterra, estoy segura de que mi amiga Silvia diría que ha sido muy romántico y yo también lo pienso... Estoy absorta en mis pensamientos cuando de pronto me suelta de sopetón:

—¿Vas a venir conmigo a la fiesta de Josseppe?

Va mirando a la autopista, pero lo noto en tensión, apretando las manos al volante.

—No.

—¿Por qué?

Este hombre de verdad que a veces es cortito. Primero nos besamos como si no hubiera un mañana, luego me dice que no puede pasar nada entre nosotros y ahora me pregunta por qué no voy a ir a una fiesta toda pija donde voy como pareja suya. Menos mal que tengo el don de la templanza.

—Pues no sé, es que todo será muy glamuroso, ¿no? —le digo en tono cínico. Él asiente y sonrío, cosa que me hace sentir más relajada—. Yo no estoy acostumbrada a ir a ese tipo de fiestas.

—Mejor, como no conoces a nadie no tienes ninguna responsabilidad. Solo dedícate a disfrutar el momento. Suelen ser bastante divertidas, pasada la primera hora de discurso, luego es todo más ameno. —Y me habla de una forma dulce, como si nos conociéramos de toda la vida.

Pensándolo bien, mejor es que no vaya, ya es bastante duro admitir que el beso me gustó y que, por supuesto, él también me gusta y mucho, como para encima pasar juntos un fin de semana.

—La verdad es que prefiero no ir —le digo tajante y, aunque no lo hago a propósito, me sale muy borde.

—Como quieras. —Se queda serio, y como dando por terminada la conversación sube el volumen de la música, que, por cierto, continúa siendo música clásica.

Lo sé, según los entendidos es lo mejor que tenemos, pero no puedo con ella, me deprime.

Así que bajando el volumen le pregunto (ya de perdidos al río):

—¿Tú quieres que vaya? —Y me muerdo el labio esperando su contestación.

No se inmuta, continúa fijo en la autopista como si nada y cuando doy por hecho que no me va a contestar y voy a subir de nuevo el volumen, su mano me retiene la muñeca.

—Por supuesto que quiero que vengas, me gusta estar contigo. —Sigue muy serio y me mira un segundo—. El tiempo que estemos allí se te compensará a cambio de vacaciones o en salario, lo que tú quieras.

—De acuerdo, iré. Pero vamos a una fiesta, no hace falta que me paguen por eso. —Qué le voy a decir, para qué dar vueltas si estoy deseando estar con este hombre.

—Pues quedamos el sábado a las ocho de la mañana. Por protocolo tienes que llevar vestido largo. Volvemos el domingo por la tarde.

—¡Joder! —suelto—. ¡No tengo ropa aquí para eso! —Me quedo pensando. A la hora que salgo de trabajar no llego ni de broma al pueblo más cercano a comprarme algo—. Es igual, déjalo, no voy y ya está.

—Eso lo podemos arreglar —contesta todo sonriente.

Sale en la siguiente salida y veo que vamos otra vez hacia atrás.

—¿Dónde vamos?

—A comprarte un vestido.

—¡Venga ya! —Y me empiezo a reír, pero lo veo muy decidido y parece

que no está bromeando—. Yo no me voy a comprar ningún vestido —le advierto.

En nada llegamos a la zona alta de Barcelona donde entra en un parking y dejamos el coche. Nos paramos a comer en un restaurante, creo que ha debido escuchar mi estómago rugir desde que llegamos al aeropuerto.

Comemos y hablamos como si hubiéramos estado toda la vida juntos, bueno más bien hablo yo, que no paro de explicarle anécdotas que tengo con mis amigas, él sonríe y me presta mucha atención como si lo que le estoy diciendo fuera lo más maravilloso del mundo.

Me hace preguntas sobre ellas, de mis padres, y claro me explico contándole lo divertidos que son mis papis y todos los viajes que están haciendo, es todo muy ameno hasta que me toca preguntar a mí:

—¿Y tú? Cuéntame algo de la familia Fortuny. —Levanto mi mano hacia arriba en plan juramento y digo—: Prometo no hacerte *mobbing* cuando volvamos —repito la frase que me dijo en la Toscana, y parece que le ha hecho gracia porque sonríe y lo veo decidido a hablar.

—Pues me llamo Arcadi Fortuny i Puig. Soy el mayor de dos hermanos, y actualmente soy director de las Cavas Fortuny. Estoy casado y tengo dos hijos.

Mi cara debe de ser un poema porque empieza a reírse a carcajadas, el muy capullo.

—Ah, no, perdona..., estoy divorciado y no tengo hijos. —Sigue riéndose.

—Si no estuviéramos en un restaurante lleno de gente, te juro que te pegaba un puñetazo justo en este lado de la cara —le digo muy bajito, señalándole el lado izquierdo de su cara. Termino acompañándolo en la risa.

Su cara empieza a ensombrecerse y creo que no es por la amenaza de mi puñetazo.

—Realmente es lo que tenía que haber sido. Para mis padres fue un mazazo mi divorcio, ya sabes, el matrimonio es un acto sagrado y bla bla bla. Ellos llevan juntos cuarenta años. Y antes que se me olvide, ¿por qué el puñetazo en este lado y no en el otro? —Qué tunante, el tío, cómo cambia de tema.

—Pues porque en el lado derecho, cuando sonríes, te sale un hoyuelo

bastante simpático. —Vale, ya tengo otra vez mi color preferido instaurado en la cara. «Bastante simpático» ¿¡He dicho yo eso!? ¡Lo que tiene es un hoyuelo que cuando sonrío es el puto amo! Pero claro, esas cosas sabemos que solo se piensan, aunque algún día depende de cómo me pille se lo diré.

Estamos en uno de esos momentos de silencio, cuando lo veo mirándome de esa forma que parece que quiera leerme la mente, me pone nerviosa, si tuviera confianza le preguntaría qué piensa, pero como todavía no es así desvío la mirada y me suben de nuevo los tonos de rojo en mi cara.

Terminamos de comer y le advierto otra vez que no me voy a comprar nada por aquí, para eso me voy a mi supercentro comercial de al lado de mi casa. Porque, aunque sea muy glamuroso donde vamos, mi sueldo no lo soportaría y con mis salidas de tapeo y a alguna discoteca ya cubren todo mi presupuesto.

Él parece no hacerme caso y me guía calle arriba hasta que empiezo a ver un montón de *boutiques* tipo LOEWE, en fin, que en el escaparate no pone ni los precios, y eso ya da un poco de miedo.

Se para frente a una y me hace una señal con la cabeza. Bajo unas escaleritas que dan a una amplia *boutique*, al entrar ya solo con oler el perfume que desprende este sitio pienso que aquí debe de costar hasta el respirar. Lo miro con cara de súplica que me quiero ir.

Se acerca a mi oreja y me coge de la cintura.

—Tranquila, lo pondremos como gasto de vestuario en la empresa.

—¡Y una mierda! —suelto y me salgo de su espacio. Me siento muy incómoda, él pone cara de pocos amigos, creo que se está enfadando.

—Vale —dice más calmado cogiéndome del brazo y acercándose de nuevo a mi oído. —Por favor, acéptalo para compensar el fin de semana que pasarás representando a la empresa, no se te compensará con tiempo ni horas extras, solo este vestido.

Me mira con cara dulce, y parece que me estuviera rogando que lo acepte. ¿Qué pensará este hombre de mí? Tengo mucha curiosidad, en cuanto salgamos se lo pienso preguntar directamente.

Lo miro a los ojos, estamos cara a cara y en ese momento lo cojo de la nuca para acercarme a su oído y muy bajito le digo:

—De acuerdo. —Le iba a soltar un rollo por el cual no puedo aceptar este regalo, pero me quedo muda, no puedo seguir hablando y es por el hecho de tenerlo tan cerca, porque estamos pegados y no me quiero mover, él me tiene rodeada con sus brazos. ¡Qué sensación! Y no es porque nunca me haya abrazado a un hombre, pero la forma en que nos acoplamos es impresionante y creo que a él le ha pasado igual porque no me suelta.

Justo en ese momento escucho tras de mí una voz cantarina:

—Buenas tardes, ¿les puedo ayudar en algo?

Estoy muy bien y no me apetece girarme, pero Arcadi me suelta y saluda a la dependienta:

—Hola, Martina, ¿qué tal estás?

Vale, me quedo a cuadros, mi buenorro conoce a esta chica, y encima es todo glamour si la comparo conmigo. Es rubia, guapísima, delgada y con un traje que supongo será de esta carísima tienda y para colmo parece agradable, creo que me estoy haciendo pequeñita por momentos.

—Hola, Arcadi, ¡cuánto tiempo! —Se acerca y le planta dos besazos. ¡Ea! Pues nada, ahora creo que soy invisible.

—Venimos a escoger un vestido para Carla. —Me señala y ella sonrío—. Es una gala que organiza Josseppe para conmemorar el centenario de la empresa.

Ella asiente, así que supongo que conoce al italiano.

—Muy bien, Carla, si vienes por aquí te enseño lo que tenemos.

Le explico lo que quiero y me enseña algunos vestidos. No me gusta probarme muchas cosas, siempre voy directa y soy muy rápida eligiendo, pero esta vez no sé por cuál decantarme. Sigo mirando hasta que veo un vestido color rosa perla (o eso pone en la etiqueta), es de escote redondo, hombros descubiertos, estrecho hasta la cintura y de ahí cae suavemente hasta los pies. Es sencillamente precioso y tiene una caída que parece hasta dulce. Cuando me lo pruebo me quedo estupefacta.

La dependienta pide permiso y abre la puerta, se queda parada mirándome de arriba abajo y me dice:

—¡Estás guapísima! —Claro que ella qué va a decir, veo que se gira hacia Arcadi—. Creo que a Arcadi le va a encantar, ahora mismo te traigo los

zapatos y el bolso a juego.

Y se va toda emocionada. Abro la boca para decirle que es demasiado atrevido, pero la vuelvo a cerrar, una, porque se está yendo, y dos, porque me encanta este vestido.

Saco la cabeza y veo a Arcadi que levanta la vista de su iPod hacia mí y me sonrío.

—Arcadi, voy a salir, así que quiero que me digas la verdad..., si te parece feo o que me queda como el culo o... —No me deja terminar.

—Venga, sal que te vea. —Uf, me empiezo a poner nerviosa.

Salgo con toda mi vergüenza y miro su reacción. Más que mirarme parece que me esté absorbiendo, lo hace de arriba abajo y vuelve a subir. La expresión de su cara primero es de sorpresa, luego ladea la cabeza y sonrío.

—Perfecto —suelta.

Martina se acerca a Arcadi con los zapatos y él asiente con aprobación al verlos. Continúa mirando su iPhone.

¿Ya está? ¿No va a decir nada más? No, creo que no. Qué insulso es el pobre, aunque mirando su cara y ese «perfecto» me puedo dar por satisfecha.

Por supuesto, no quiero ni mirar el precio del vestido. No me gustaría saber que vale lo mismo que yo cobro por un mes de trabajo o vete a saber si es más.

Don buenorro saca su tarjeta y paga el vestido y complementos, que, por cierto, los zapatos son elegantes y muy altos, no sé si podré caminar más de dos metros.

Vamos ya en el coche de vuelta a los viñedos escuchando un CD que ha puesto y ¡sorpresa!, de música clásica.

—¿Quién es el que canta?

—Andrea Bocelli es un tenor italiano. Uno de los mejores. ¿No te suena?

—Sí, algo sí. —Y como pensando en voz alta suelto—: Por lo menos estamos llegando a este siglo.

De pronto baja la música, y mirándome extrañado pregunta:

—¿No te gusta la música clásica?

Mi cara debe habérselo dicho todo, pero por si acaso se lo aclaro:

—¡¡No!! ¡Por fin me preguntas! ¡¡No me gustaaa!! —Me despacho a gusto —. ¡Dios! ¿Te ha costado, eh? ¡Estaba al borde del suicidio con tanto Verdi y vete a saber qué más has puesto!

Su cara es de perplejidad absoluta, así que sonrío y, con cara de niña buena, le digo:

—Perdona, es que no la soporto, para mí estar escuchando esto todo el rato, es un castigo divino.

—Lo siento, no lo sabía. Pensaba que a todo el mundo le gustaba la música clásica.

Y ahora es cuando me pongo bizca.

—Creo que a todo el mundo es abarcar mucho.

—Bueno, miraré a ver qué tengo por aquí.

Va cambiando los CD hasta que de pronto suena la voz de Carlos Goñi cantando «El Dorado». Empiezo a dar palmaditas como una niña el día de Reyes Magos.

—¿Te gusta Revólver? —me pregunta.

—Me encanta, y ahora mismo es el salvador para mis oídos.

Sonríe y mueve la cabeza como diciendo que soy una exagerada.

Seguimos en silencio y pensando pensando me quedo dormida.

6

—Despierta, dormilona.

Escucho esa voz profunda a lo lejos y mientras abro los ojos muy despacio veo que lo tengo a un palmo de mi cara. Le sonrío con esa cara que te da un ratito de buen sueño y como sigo medio dormida me recreo en su rostro. Sus ojos, tan azules y con esas pestañas largas, me parecen los más bonitos que haya visto nunca, su boca es toda una tentación y no tardo en probarla. Se acerca y me besa, es un pico en toda regla. Vale, este hombre me desconcierta.

Rápidamente se dispone a salir del coche.

—¿Ya hemos llegado? —Miro hacia fuera, pero veo una casa que no conozco.

—Sí, estamos en mi casa, está a dos kilómetros de la empresa. Ahora vuelvo, tengo que coger unos papeles.

A simple vista parece una casa muy bonita, tiene en la entrada una gran valla blanca que deja ver un camino de grava. A un lado hay bastantes árboles, yo diría que son cerezos, pero en esta época del año y al no estar en flor, no los distingo mucho. Al otro lado no se ve lo que hay porque hay cipreses muy juntos y, aunque no son muy altos, tapan la visión. La casa es de una sola planta y de caravista, de color beige clarito. Parece muy grande y con mucho terreno alrededor.

Cuando sale mi cuerpazo andante, veo que va hablando por el móvil y está que echa humo. ¿Qué habrá pasado? Cuelga y se sube al coche.

—¿Qué pasa, Arcadi?

—Por lo visto han entrado en el laboratorio donde tenemos las mezclas del nuevo cava. Han borrado archivos y roto alguna que otra muestra. —Está muy pero que muy cabreado. No me gustaría que en este momento pillaran a quien lo ha hecho y estuviera en sus manos, está maldiciendo en voz baja, diciendo cosas muuyy feas.

—Pero ¿hay cámaras, no? Y también supongo que se guardará una copia en el ordenador central de todo lo que hacemos, ¿no? —pregunto.

A todo esto parece que estamos haciendo un *rally* Paris-Dakar, me dan ganas de decirle ¡arrás! en cualquier momento.

No me contesta, está como ido. Yo mientras con la agarradera entre las manos, tengo la mano blanca de tanto apretar, y ya no puedo más.

—Arcadi, por favor, o vas más despacio o paras y voy andando. —Total estoy muy cerca de mi casa. Me mira como si no le hablara a él, está desenchajado.

A la siguiente curva le grito:

—¡¡Para!!

Vale, he captado su atención.

—Perdona, es que estoy muy cabreado. —Sube el pie del acelerador, y seguimos a una velocidad aceptable.

Al llegar a la parte de los laboratorios sale como una exhalación del coche, voy tras él y mirando a mi alrededor lo veo todo muy normal hasta que entramos a la sala de pruebas. Hay unos cinco trabajadores con batas blancas, están discutiendo y se callan de golpe al ver a Arcadi. Tomás, que es el jefe de este departamento, se va hacia mi buenorro y juntos entran en su despacho.

Yo me quedo con cara de tonta y miro a una de las chicas que conozco de vista y le pregunto:

—¿Qué ha pasado?

Ella me mira con cara de desconfianza, como preguntándose qué hago yo con el jefe. Es bastante mona, se llama Sofía, de unos treinta y pocos, con el pelo por encima de los hombros, rizado y castaño.

Casi todos los de este departamento son ingenieros, pero, aunque unos más que otros, suelen mirar a los demás por encima del hombro y esta es una de esas.

—Perdona, ¿y tú eres? —me pregunta con aire prepotente.

—Soy Carla, estoy en el Departamento de Exportación —contesto como si lo estuviera vomitando. Porque si yo la he visto, supongo que ella a mí también, vamos que no soy invisible. Pero hay gente así de imbécil.

Muy por encima me explica que han robado algunas muestras que

teníamos con la fórmula del nuevo cava, nada que no supiera ya.

Pero esto ha debido hacerlo alguien de dentro, pienso. Si hay cámaras en todas las puertas se verá, claro que quien haya sido también sabrá eso, y no creo que se haya expuesto a que lo pillen.

Miro hacia el despacho de Tomás, veo que siguen hablando muy serios, continúan de pie.

Espero cinco minutos más y decido irme porque allí no pinto mucho. Cuando voy a salir por la puerta oigo esa voz que tanto me gusta que me llama:

—¡Carla! —Freno en seco y me giro—. Por favor, llame al Sr. Pelayo y dígame que lo quiero en mi despacho en media hora.

Asiento y me voy a la oficina.

Desde allí hago lo que me pide. Cuando llego a la oficina la veo desierta, son más de las ocho de la noche y, aunque es de día, se ve todo apagado dentro.

Me espero en recepción a que venga el Sr. Pelayo y cuando llega lo veo muy nervioso, lo que ha pasado es un mal trago para todos. De seguida llega mi buenorro y le dice al Sr. Pelayo que suba a su despacho que ahora va él. Se para frente a mí.

—Carla, cuento con tu discreción para que nadie sepa lo que ha pasado, mañana será un día normal en la oficina y así resultará más fácil investigar qué ha sucedido.

—Pero ¿no lo vais a denunciar? —pregunto toda ignorante.

—No, por ahora. Necesito saber más, como ya te comenté teníamos algún que otro indicio de que esto iba a pasar.

—Vale, pues hasta mañana.

Prefiero no preguntar más y me encamino hacia la salida.

Justo en ese momento coge mi mano como si no quisiera soltarla y me desconcierta, no sé qué espera, no dice nada, solo me mira como si me estuviera hablando con los ojos como si necesitara decirme algo, pero la acaricia con el pulgar y la suelta.

—Hasta mañana —me dice muy serio y se da media vuelta.

Yo creo que le gusto, sí, creo que sí. Pero claro, no lo conozco hasta el punto de estar segura y lanzarme a la yugular, que ganas me han dado en más de una ocasión en estos dos días. El hecho de que no tenga novias como él dice me da un poco que pensar..., la verdad es que a mí sí me gustan los novios. Me gustan los hombres en exclusiva. Y me gusta él.

Me dirijo hacia su coche y por suerte lo ha dejado abierto. Cojo mi maleta y mi óleo y me voy a mi casita.

Al llegar, dejo las cosas en el comedor y como una autómatas me tumbo en el sofá mientras miro el móvil. Veo que Silvia me ha enviado un mensaje:

Carli, hemos llegado esta tarde, ha sido maravilloso, mañana te llamo. Te tengo que explicar muchas cosas y todas buenas. Muak.

Como ya hace rato que me lo envió, le contesto con un OK y muchos besos.

Espero que este tío la trate como se merece, es una de las mejores personas que conozco. Siempre está ahí cuando la necesitas y como este idiota juegue con ella otra vez y se largue, me ocuparé de buscarlo y decirle cuatro cosas o pegarle cuatro tortas, a riesgo de que me las devuelva.

Me ducho y decido llamar a mis papis, les diré que el fin de semana para traerme a Golfo conmigo se pospone otra semana. Sé que a ellos les parecerá genial, pero yo lo echo mucho de menos.

He dormido como un lirón y ya voy tarde, ¡mierda! Me ducho en diez segundos, me pongo unos pantalones de lino verdes claritos y una camisa blanca que me compré justo antes de venir. Que, por cierto, me quedan divinos de la muerte y salgo pitando con el pelo aún mojado.

Cuando llego, enciendo el ordenador y veo que mi compi, Sergio, aún no ha llegado, le pregunto a Angels y me dice que no ha venido en toda la semana, que tiene gripe y está hecho polvo.

En cuanto llega mi hora de desayuno lo llamo al móvil:

—Hola, Carla. —Su voz es extraña, triste...

—Sergio, cariño, ¿cómo estás? Me han dicho que estás griposo.

—Bueno, cari, no estoy muy bien, tengo que hablar contigo. Como estabas de viaje no te he querido preocupar, pero estoy metido en un buen lío, estoy hecho una mierda... —Lo escucho llorar.

—Escucha, Sergio, dime dónde vives y al mediodía voy a verte.

—Vivo bastante lejos, si quieres nos vemos a las dos en el pueblo más cercano, hay una cafetería en la plaza de las flores que se llama Lina, ¿sabrás llegar?

—Claro, nos vemos en un rato. —Cuelgo bastante preocupada.

La mañana se me hace eterna, justo a la hora en punto cojo mi bolso y corro hasta el coche. Cuando llego y lo veo, mi cara empieza a hacer pucheros sin querer. Ahí está, de pie en la puerta, con un pañuelo en la mano y los ojos enrojecidos, supongo que de llorar. Me abre los brazos y nos fundimos en un abrazo.

—Ay, Carla, ¡qué fuerte lo que he hecho! —me dice apesadumbrado.

Nos dirigimos a una esquina de la cafetería, menos mal que no hay mucha gente y la poca que hay está en la terraza.

—A ver, Sergio, ¿se puede saber qué te ha pasado? —le pregunto preocupada.

—Verás, Carli, ¿te acuerdas que te dije que estaba con alguien? —Asiento y me empiezo a imaginar por dónde van los tiros—. Pues resulta que el tío me ha utilizado.

Para y empieza a llorar.

—Vamos, Sergio, no será para tanto, ya sabes que hay gente muy mala, pero tú vales mucho y sabrás salir de esto. —Le acaricio la cabeza y él niega rápidamente.

—Esta vez no, Carli, verás..., sabes que ayer.... robaron en el laboratorio, ¿verdad? —Todo esto ya me lo explica con hipo incluido.

—Sí, ayer cuando llegamos me enteré.

—Pues fui yooo. —Y más llora que te llora.

¡Zasca!, me cae como un jarro de agua fría, no me lo espero ni me creo que mi compi tan buenazo haya podido hacer algo así.

—Bueno, en realidad no fui yo literalmente. Yo le abrí las puertas con un pase que le pedí a María, de Recursos Humanos. Me dio uno de esos que hacen por si te lo olvidas y no queda registrado. Le abrí, pero me quedé en la puerta vigilando por si venía alguien de seguridad. —Con lágrimas cayéndole

una tras otra, continúa relatándome lo que pasó:

—Él me dijo que solo quería ver unas fórmulas que eran suyas y que se las habían robado.

—¡Venga ya! ¡No te creo! —le digo estupefacta.

—Sí, fui yo, Carla. Y él me utilizó, me manipuló para que lo hiciera..., ahora lo entiendo todo.

—Para, para, tranquilízate. ¿Pero quién es él?

En ese momento llega la camarera. Joder, qué inoportuna. Le pido un café solo y Sergio pide una limonada.

—Carli, él es el primo del *number one* ¡del macho alfa! ¡De nuestro jeeffee!
—Vuelve a llorar y estoy entre estupefacta y apesadumbrada por verlo así.

Vuelve en escena la camarera y creo que en vez de un café me tendría que haber pedido una tila.

—Pero a ver, Sergio, tu novio es el primo de Arcadi, y ¿por qué robaste...?
—De pronto empiezo a atar cabos con lo que me dijo Arcadi, y creo sinceramente que él ya se lo esperaba, de una forma u otra. Según él, hace tiempo que intentan plagiar el último cava—. ¿O sea, que te utilizó para que robaras las últimas mezclas y ahora te ha dado puerta?

—Sí, Carli, ¡y ahora lo voy a perder todo y hasta puedo ir a la cárcel! —Y vuelta a llorar, aunque ahora a mí también me entran ganas de llorar.

—Sergio, lo mejor que puedes hacer es hablar con Arcadi y explicarle todo lo que ha pasado. Él es buena persona y puede que no te denuncie a la policía, pero tienes que dar la cara y explicarle toda la verdad.

—Ay, cari, es que tengo mucho miedo.

—No te preocupes, yo iré contigo —le digo acariciándole el brazo—. Vamos, lo voy a llamar y te llevo en mi coche. —Asiente y pone cara de afrontar lo que se le viene encima.

Sergio es muy buen trabajador, compañero y persona. Como trabajador es el número uno en perfeccionismo, es inteligente y, además, no le importa irse hasta que no esté todo atado. Incluso se ha podido quedar hasta bien entrada la noche en épocas fuertes de trabajo, por eso creo que debe dar la cara y confiar en que Arcadi sea benévolo con este tema.

Rápidamente, antes de que se arrepienta, cojo el móvil y marco el teléfono de mi buenorro.

—Hola, Carla. —Uf, qué voz. Me pone a doscientos.

—Hola, Arcadi, necesito una hora de tu tiempo y tiene que ser ya, es algo muy importante, llego en media hora.

—¿Te ha pasado algo? —me habla algo preocupado.

—No a mí, pero, por favor, dime que tienes esa hora libre.

—Para ti, por supuesto. —Vale, ahora sí que es para comérselo, al final me tendré que casar con él..., pero ahora no es el momento, miro a mi compi afligido y cagado de miedo y ponemos rumbo a la empresa.

De camino, él me explica cómo lo ideó todo su novio traidor. Según le contó Albert, que así se llama el primo, Arcadi le había arrebatado los viñedos que por ley eran para él, porque su abuelo lo había dividido en dos cuando nacieron. Por lo visto el marketing y la organización de Arcadi en su empresa, había sido mucho más fructífera que la de Albert.

A Sergio le prometió amor eterno por ese pequeño favor, solamente haría alguna foto con el móvil a las fórmulas que encontrara y saldría sin causar daño, pero, por lo visto, cuando entró se le fue la mano y desató la ira contenida contra ordenadores, varillas, frascos, todo lo que encontró a su paso. Cuando Albert encontró lo que buscaba, le dijo que ya había terminado con su cometido y que se fuera porque simplemente no lo quería como pensaba.

Vaya pedazo de cabrón el Albert este.

Eso sí, cuando acabemos con esto le voy a pegar una bronca a Sergio que se le van a quitar las ganas de volver a hablarme. Si es que en el fondo me da pena, porque es un buenazo, hasta el límite de ser tonto.

Cuando llegamos, aparco y subimos directamente al despacho del jefe.

Cómo no, al llegar, está en la puerta su *assistant* que nos mira con cara de «cómo osáis estar aquí».

—Hola, Alicia, tenemos que hablar con Arcadi —le digo con cara de rottweiler.

—Ya te está esperando —dice con desprecio al ver a Sergio.

Abro la puerta y le pido a Sergio que espere un momento. Arcadi se levanta, está guapísimo con un traje azul y camisa blanca con dos botones abiertos y sin corbata. Rodea la mesa y me pregunta:

—¿Se puede saber qué te pasa?

Me mira con cara de angustia y quiero pensar con esta reacción que le importo y no sé hasta qué punto.

—Tengo, bueno, mejor dicho, Sergio, mi compañero de departamento, tiene algo que contarte. Y te pido, por favor, que seas comprensivo con él, es un buen chico.

Me mira cauteloso.

—Vale, dile que pase. —Salgo del despacho y le hago una señal a mi lloroso amigo.

—Vamos, Sergio, ahora sé valiente y explícaselo todo. —Me coge del brazo.

—¿Tú no entras conmigo? —Su cara es de horror.

—No, creo que es mejor que sea una conversación privada, pero me quedaré aquí hasta que acabes, ¿vale?

—Gracias, Carla. —Me besa la mejilla y respira hondo.

Me siento en una de las dos sillas que hay cercanas a la entrada del despacho, justo enfrente de la mesa de doña babosa. La miro y veo que está muy centrada en su trabajo y ni siquiera se digna a hablarme, así que intento escuchar algo de lo que dicen dentro, pero es imposible. Estoy muy nerviosa. No sé cómo va a reaccionar Arcadi, ¿se mostrará benevolente o le gritará y amenazará con denunciarlo a la policía?, y, aunque sería lo más normal del mundo porque primero sería robo y segundo espionaje industrial, no me gustaría que lo hiciera.

Ya ha pasado más de media hora y nada, no ha salido nadie ni se escucha nada. Me levanto agobiada y en ese momento se abre la puerta, sale Sergio llorando, me coge la cara entre sus manos y me dice:

—Carla, estoy bien, no te preocupes.

Voy a contestarle, pero en ese momento sale un grito desde dentro del despacho:

—¡Carla Peralta, entra ahora mismo!

Miro con cara de susto a Sergio y él niega como diciendo no saber por qué reacciona así.

Entro en el despacho. Me hace una señal para que cierre la puerta.

—¡Siéntate! —Joder, qué cabreo tiene, pero no entiendo qué tiene que ver conmigo. Así que antes que empiece a hablar lo hago yo:

—Espero que no hayas sido muy duro con él. Es muy buena persona y si lo ha hecho ha sido por amor y dejarse embaucar por el lagarto de tu primo. ¿O es que tú nunca has hecho una locura por amor? —Soy como una cotorra nerviosa, lo digo del tirón y sin respirar. Veo que aprieta la mandíbula y cierra los ojos.

—¿Tú estabas al tanto de todo esto? —me pregunta cabreado, ignorando mi pregunta y me deja KO porque no me lo esperaba.

—Hasta hace unas dos horas sabía lo mismo que tú, o más bien no tenía ni idea de lo que había pasado —respondo toda ofendida y noto que me voy desinflando por momentos—. ¿Se puede saber por qué me preguntas eso? Yo solo le he aconsejado que viniera a explicártelo todo, y pensé que tú lo comprenderías, pero no solo lo has dejado peor de lo que estaba, que encima ¡me metes a mí en todo este lío!

Y al final de esta frase, me doy cuenta de que estoy casi gritando.

—Vale, Carla, ya lo he entendido, no hace falta que grites, solo quería saber que no tenías nada que ver, no me gustaría sentirme decepcionado por ti —me dice en tono más suave. Pero eso último no me ha gustado.

Estoy tan enfadada que me levanto y decido que no quiero seguir hablando con él, así que me doy media vuelta para irme. Cuando voy a abrir la puerta noto que estoy a punto de llorar, realmente este tema se ha ido de madre y voy explotar. Creo que quien me ha decepcionado ha sido él a mí al hacerme esa pregunta.

—¡Carla, espera! Aún no he terminado de hablar contigo. —Yo no puedo girarme, tengo las lágrimas corriendo por mi mejilla.

—Pues yo sí.

Y a riesgo de ser despedida, abro la puerta y salgo todo lo deprisa que puedo.

Al llegar a la puerta principal salgo y no veo a Sergio, me giro hacia la recepcionista y me dice que Sergio ha pedido un taxi y se ha ido. En ese momento me suena el móvil y es él:

—Sergio, ¿se puede saber qué ha pasado? —le pregunto enfadada y llorosa a la vez.

—Tranquila, cariño, estoy bien, pero me ha dicho el jefe que pidiera un taxi y me fuera a casa —me dice, el tío, todo tranquilo—. Me ha dicho que me van a sancionar con diez días de empleo y sueldo, y durante esos días pensará si me echan o no y que no me va a denunciar a la policía por respeto a ti. ¿Qué te parece? ¡Eres mi heroína!

—¿Eso te ha dicho? —le pregunto más calmada.

—Sí, señorita, y perdóname por no esperarte, pero cualquiera no le hacía caso, y como he visto que te «aprecia» mucho he supuesto que estarías bien.

—Estoy bien, pero necesito irme a casa y pensar, hablamos mañana.

—Vale, y otra vez, muchas gracias mi Carlwoman. Eres mi salvadora.

Este chico está como una cabra. Me río por no matarlo.

Cuelgo y voy hacia el coche, decido que por hoy ya he tenido bastantes emociones, total, ya es hora de terminar la jornada. Necesito llorar un rato a solas y pensar por cuánto tiempo estaré aquí, porque después de esta movida a lo mejor no me queda mucho.

Suena el móvil otra vez, es Arcadi.

—Hola, Carla.

—Hola.

Se hace un silencio que me parece eterno.

—¿Sabes que si no fuera tu jefe y esta no fuera mi empresa bajaría ahora mismo y te besaría, te llevaría a mi casa y estaríamos toda la semana sin salir de allí? —Su voz es amenazante y a la vez suena a disculpa.

Instintivamente miro hacia arriba y lo veo en la ventana mirándome. Le sonrío y le cuelgo.

Esto me ha valido solo como media disculpa.

Me he equivocado, ha sido llegar a mi casa y no tengo ganas de llorar, solo pienso y pienso en toda esta historia. Quién me manda a mí meterme en estos

lios, quizás la amistad y el cariño que siento por Sergio me ha empujado a ayudarlo y defenderlo, y es que a veces soy demasiado pasional.

Me doy cuenta de que estoy sonriendo pensando en Arcadi. Ha reaccionado bien, como una persona que le importan los demás y no como un empresario sin escrúpulos. Y lo mejor ha sido esa última frase, queda patente que le gusto mucho, y eso también me hace sentir un poquito de miedo. Sin saber cómo puede acabar esto..., lo mejor es no pensarlo.

Y con ese pensamiento me pongo mi pijama de Hello Kitty, me miro al espejo y sonrío, me lo regaló Silvia para mi cumple, dice que lo escogió su peque, aunque no me lo creo mucho porque ella tiene otro igual, es de tirantes y pantalones tipo *culotte*, todo rosa.

Justo cuando empiezo a apagar las luces del salón pican a la puerta.

Me extraña, porque mis vecinos suelen acostarse muy pronto. Pregunto sin abrir la puerta:

—¿Quién es?

—Carla, soy yo, Arcadi.

Abro sin pensar, me choco de frente con esos ojazos y el corazón se me va a salir del cuerpo. Me mira a los ojos como pidiéndome perdón y sonrío. Baja su mirada a mi cuerpo y vuelve a sonreír. Él lleva el mismo traje que esta tarde, pero sin chaqueta y las mangas de la camisa remangadas a la altura del codo. ¡Madre mía! ¡Este chico es pura sensualidad!

—Vengo a fumar la pipa de la paz —dice, levantando de su mano una botella de cava, y de la otra dos copas.

Me quedo absorta, no sé reaccionar. Sigo con cara de palo.

—Pero si quieres me voy —continúa don ojos azules, inclinando la cabeza.

Empiezo a pensar en lo último que me ha dicho esta tarde. A lo mejor viene a empezar esa semana..., pero dijo «que si no fuera mi jefe», así que no van por ahí los tiros.

—No, no, perdona, es que no te esperaba. Pasa, por favor.

Le hago una señal para que se siente en el sofá que hay frente a una mesa pequeña. Como el sofá es de dos plazas me siento en un sillón que está al lado. Él deja las copas sobre la mesa y abre la botella.

Llena las copas y me mira.

—Creo que no deberías estar aquí —suelto así sin más. Al ver su cara de asombro continúo—: Quiero decir que si alguien te ve pensará cosas feas y no está bien, aunque realmente a mí me da igual si me critican o piensan que soy una pelota arrastrada o ve a saber qué pensarán... y otra cosa te digo, yo no tengo nada que ver con toda esta historia del robo, pero claro, si me quieres echar estás en todo tu derecho, yo solo quise ayudar a Sergio porque me parece buena gente y... —Paro, necesito respirar.

—Vaaale, déjame hablar. —Su expresión es apesadumbrada—. He venido porque no quiero que te sientas mal por lo de hoy. Te he gritado y créeme que lo siento. Normalmente suelo reaccionar con más aplomo, pero contigo no puedo. —Sonríe—. Y para tu información todas estas casas son mías, así que puedo entrar donde me dé la gana, siempre con el consentimiento del inquilino, claro está. Tampoco creo que te critiquen, porque por lo que llega a mis oídos todo el mundo parece muy contento contigo.

Y dicho esto me da una de las copas y sin dejar de mirarme me dice:

—Por un buen fin de semana en la Toscana. —Chocamos las copas. ¡¡Ostras!! Se me había olvidado, claro que hace diez minutos me veía despedida y matando a Sergio. Y por lo que veo, está intentando cambiar de tema.

—¿Hay alguien más, verdad? —pregunto de sopetón.

—¿Perdona? —Su cara es de no saber por dónde voy.

—Quiero decir que hay alguien que está «sustrayendo» información de la empresa y no tiene nada que ver con Sergio, ¿verdad? —Sin esperar a que me conteste, continúo:

—Tú me dijiste, cuando estábamos en Italia, que teníais sospechas de que estaban haciendo espionaje, pero desde hacía tiempo. Así que Sergio no podía ser, porque llevaba muy poquito tiempo saliendo con tu primo. Él solo ha sido un desvío de atención por parte de los malos, ¿no?

—Muy lista Srta. Peralta. —Me dedica su sonrisa con hoyuelo y vuelve a chocar mi copa. Justo cuando voy a hablar se adelanta:

—Pero, por favor, Carla, dejemos este tema por hoy. La verdad es que todo esto está siendo muy desagradable. —Y su cara de cansancio me hace desistir, pero solo por ahora.

El cava está frío, justo como debe estar y beberlo me relaja, tras el día de emociones que he vivido y ahora estar con él, parece un momento ideal, si no fuera claro, por mi pijama.

—Me siento un poco incómoda, mejor me cambio. —Salgo en dirección a mi habitación y encuentro por suerte una chaqueta negra de hilo que tengo por si refresca un poco. Aunque solo me llega a mitad del muslo, por lo menos me tapa algo más que el pijama.

Cuando vuelvo a entrar en el salón veo que Arcadi se ha levantado y mira el lienzo de Volterra que está sobre la mesa apoyado en la pared.

—No te tienes que sentir incómoda, estabas preciosa. —Y dicho esto se acerca a mí ofreciéndome de nuevo mi copa.

Doy un trago y lo miro. Tengo sus bonitos ojos azules clavados en mí, como clavados tengo los pies al suelo, soy incapaz de moverme.

Estamos a escasos centímetros unos segundos hasta que me besa. Su beso es lento, suavemente va rozando su lengua por mis labios y yo me deshago. Tengo esa sensación en el vientre que me hace desearlo sobre todas las cosas. Pongo mi mano detrás de su nuca y su beso pasa a ser devorador. Me saborea con su lengua y el sabor a cava inunda todos mis sentidos. Estamos en un punto decisivo en el cual creo que no podemos parar.

Pasa su mano por encima de mi camiseta rozando mis pezones, lo escucho gemir y continúa besándome el cuello.

—Mmmm..., eres muy tentadora —dice.

Seguimos devorándonos y sus manos ya están en mi culo.

Yo, sin perder tiempo, bajo la mano hacia su pecho y ¡joder, este tío está muy bueno! Justo cuando voy a seguir bajando me coge los brazos y me besa.

—Lo siento, pero tengo que parar, no puede ser, perdóname, no es buena idea. Te prometo que solo he venido a disculparme y a hablar contigo, pero es imposible, me atraes de una forma que no puedo controlar.

—Vale, pero ahora mismo no hace falta que te controles. Te recuerdo que has empezado tú y yo no te he parado —le digo toda indignada, aunque más bien hablan mis hormonas revolucionadas. El colega tiene una tienda de campaña monumental y ¿¡me está diciendo que tiene que parar!?

Va hacia la puerta y antes de abrirla, me dice:

—Verás, desde que me he divorciado mis relaciones son puramente físicas, me gusta el sexo como a cualquiera, pero creo que contigo sería diferente y no quiero hacerte daño. Lo poco que te conozco me hace pensar que eres una «buena chica», y no olvidemos que trabajas para mí. —Vuelve a aparecer su forma imperativa de hablar del jefe que es—. Pero ya hablaremos de esto camino a la Toscana.

Seguidamente, sin decir nada más, se va.

Y como no me da opción a respuesta me quedo allí plantada, intentando asimilar lo que ha pasado.

Ya me lo ha hecho dos veces, ha empezado y luego se ha arrepentido. Aunque esta última ha llegado más allá. Quién sabe, a lo mejor en la próxima me quita las bragas. Pues se va a comer una mierda, porque no lo pienso dejar. A este tipo de hombres se les debería llamar calentabragas.

Este chico debe creer que soy soltera y entera. Supongo que lo pensará por la de veces que me pongo colorada cuando me mira y, aunque suene a canción, es así de cruel, no lo puedo evitar. Pero la verdad es que en ese aspecto soy bastante conservadora. Empecé haciendo mis pinitos con algún chico en la adolescencia, pero sin llegar a nada. Realmente solo he estado sexualmente activa con Ricardo, el abogado, el hermano de mi amiga Silvia y no es que fuera algo muy allá en el terreno sexual, creo que al llegar ese momento no me atraía lo suficiente, vamos que mientras él hacía lo posible por excitarme, yo me dedicaba a pensar en los exámenes del día siguiente.

Pero con Arcadi es diferente, solo con estar en la misma habitación que él mi cuerpo se activa automáticamente.

Y pensando he llegado a la conclusión de que lo voy a tener que seducir.

Sí, ¡estás perdido, chato! Ya no hay marcha atrás. ¡A mí este no me vuelve a dejar otra vez con el calentón que llevo! Eso sí, sabiendo que va a tener consecuencias: si sale bien y nos enamoramos perfecto, cosa que no será fácil teniendo en cuenta que hay por ahí una ex pululando en la sombra y ochenta rubias en el sol. Y si sale mal y se queda en rollito al final, pagaré un alto precio porque sin remedio tendré que dejar mi puesto de trabajo.

Joder.

No, mejor paso de él. Vale, mejor me voy a dormir..., estoy hecha un lío.

7

Cuarta semana en los viñedos.

Cuando me quiero dar cuenta ya estamos a viernes por la tarde y acabo de preparar la maleta con ropa para el evento del fin de semana. Pienso en Arcadi, no lo he visto en todo el día, y mira que el edificio de oficinas es pequeño, pues ni aun así hemos coincidido.

Él podría haber bajado a ver a mi jefe para verme, pero supongo que no estará tan desesperado como para eso.

Salgo a la terraza a fumarme un cigarro y veo salir a Alexia de su casa.

—Hola, Alexia, ¿qué tal va todo?

—Bien, mamita, y usted, ¿qué tal le fue el viaje? —Sube a mi terracita y se sienta a mi lado en una de las sillas de madera.

—Pues para serte sincera fue un poco tostón, ir y volver de un día para otro. Y luego la reunión, que no entendía muchas cosas, pero bueno supongo que ya me iré adaptando.

—Y el Sr. Arcadi, ¿cómo se portó?, ¿fue correcto con usted? —pregunta guiñándome un ojo.

Ahí me empieza a cambiar el color de cara, si ella supiera lo de anoche y que encima mañana me vuelvo a ir con él...

—Sí, fue muy correcto, a veces un poco repelente, pero bien. —Me mira y me mira, yo la miro y cuando me va a dar la risa de la cara que pone, suelta:

—Nooo.

—¿No, qué, Alexia?

—¡Ya se le declaró! —me dice toda seria.

—¡Nooo! Qué imaginativa eres. —Me entra la risa nerviosa.

—Pues yo creo que no soy imaginativa, mami, ya le dije que hay algo en su mirada que es diferente cuando usted está. Los hombres como él se declaran a la mujer a la que aman, y no tardará mucho. Hágame caso, mamita, y esté preparada, aunque, por lo que veo, usted también lo ama.

¡Toma ya! Esta Alexia es la caña. Deberían darle un papel en una telenovela. Si ella supiera lo que me dijo el buenorro anoche.

—Alexia, creo que eso son palabras mayores, amar es algo que sucede con el tiempo y sí que me siento muy atraída por él —hala, ya lo he dicho—, pero de ahí a amarlo...

—Créame soy muy bruja y esas cosas las veo.

—Pues creo que te equivocas. —Pongo mi cara de te lo voy a contar. Y empiezo a hablarle bajito—. A mí me gusta mucho, es él quien se resiste a mis encantos —digo en broma—, por lo visto después del divorcio no está muy por la labor de enamorarse de nuevo.

—¡Ni caso, mi bella! ¿Pero usted se vio? —Cariñosamente me pone el pelo detrás de la oreja—. Usted es bellísima, tanto por fuera como por dentro y de eso ya se dio cuenta el señor Arcadi. Lo que pasa es que seguramente está un poco..., como dicen acá «cagado». —Nos empezamos a reír y cuando se levanta para irse, me dice—: Por cierto, me dijo Wilson que robaron, el miércoles por la noche, en los laboratorios. ¿Ya saben qué pasó?

—Por lo visto se llevaron algunas muestras, pero nada importante.

Prefiero no explicar nada y ser discreta, aunque sé que Alexia no es cotilla, no me pertenece a mí informar de este tema.

Es sábado por la mañana y no he dormido nada con los nervios del viaje. Y tanto pensar y pensar he llegado a la conclusión de que pase lo que tenga que pasar.

He decidido olvidarme de mi buenorro y que haga lo que quiera, pero no conmigo. Si es feliz con la rubia que se vaya con ella, pero a mí que no me vuelve a calentar, que una ya tiene una edad...

Estoy acabando de cerrar la maleta y pican a la puerta:

—Carla, soy Arcadi, ¿estás lista?

—Sí, ya voy.

Corriendo como una quinceañera abro la puerta y lo veo guapísimo con unos tejanos y una camisa azul celeste. Claro que con ese cuerpo se puede poner lo que quiera. Parece que nos hayamos puesto de acuerdo, porque yo también voy con tejanos y camisa sin mangas azul marino.

—Hola —saludo con mi mejor sonrisa.

—Hola, Carla. —Sonríe y, aunque no lo hace ampliamente, sí que es sincera—. Vamos tarde, han adelantado el vuelo. Venga, te ayudo con la maleta.

Y como si fuera una pluma la coge y en menos que canta un gallo estamos en la autopista, directos al aeropuerto.

Quizá el hecho de plantearme pasar de él ha servido para no ponerme roja y acelerarme cuando lo veo. Aunque un pellizquito sí me ha dado en el estómago.

Hoy he venido preparada y traigo un CD grabado con canciones que me gustan. Es una mezcla de toda la música actual que suena en la radio y la que nunca puede faltar. Así que tengo desde Juan Magán hasta Bon Jovi.

Enseñándole el CD sonrío y, sin necesidad de hablarle, me dice:

—Que sepas que yo también he venido preparado. Abre la guantera.

Al abrirla veo que hay un porta CD. Me hace mucha gracia y miro con ilusión todos los CD que tiene.

—¿Te gustan los Red Hot Chili Peppers? —pregunto entre asombro y más asombro.

—No solo me gusta la música clásica. —Pone cara de sobrado.

Cuando termino de mirar toda la música que ha traído le pregunto muy seria:

—¿Te caigo mal, Arcadi?

Él se pone serio y me mira. Entonces pone su mano sobre la mía, que a su vez la tengo sobre mi pierna. Bajo mi cabeza y, al levantarla, le hago saber con la mirada que quite la mano rápidamente. Eso hace él, no sin antes acariciarla.

—Por supuesto que no, Carla. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque me has martirizado con música clásica todo este tiempo..., lo has hecho a propósito, ¿verdad?

Ahora ya sí que sonrío porque se cree que voy en serio y que estoy realmente enfadada. ¡Hombres!

Empieza a reírse y contesta:

—Jamás lo haría a propósito.

Y con esa sonrisa tan de mi buenorro embarcamos hacia la Toscana.

Hace solo tres días que vine a este hotel, pero lo veo hasta más bonito. También es que lo han decorado para la ocasión.

Nada más llegar dejamos las maletas en recepción, dejo a Arcadi hablando con la recepcionista y me dedico a observar el *hall*. El suelo es de mármol de color rosáceo, hay varias columnas pintadas estilo veneciano, del mismo color que el suelo. Tiene un aire muy majestuoso.

Me giro y veo que Arcadi está discutiendo con la recepcionista, pero hablan demasiado deprisa y encima estoy lejos para enterarme.

Arcadi se acerca y me dice muy serio que nos están esperando para almorzar. Nos dirigimos al comedor y cuando entramos veo a Josseppe sentado, al vernos se levanta para saludarnos:

—*Ciao*, Arcadi. —Se saludan con un apretón de manos y se dirige a mí.

—*Ciao, bella, ¿cómo estás?*, me alegro de que hayas podido venir. —Me coge la mano entre las suyas y la besa como el don Juan que es. Le pongo la mejor de mis sonrisas y sí, a mí también me alegra estar aquí.

—*Ciao, Josseppe*. Sí, al final he podido cambiar mis planes y aquí estoy.

Me giro y veo que a mi buenorro se le ha transformado la cara. Solo le falta echar humo.

Miro hacia la mesa donde estaba sentado Josseppe, pero no conozco a nadie. Ellos dos se miran fijamente y Josseppe se pone serio, nos dice que nos sentemos a comer. Algo se me escapa y no sé qué es.

En la mesa hay unas diez personas y Josseppe hace una presentación general de mi persona, supongo que a Arcadi ya lo conocen.

Me siento a la derecha de Josseppe y al lado de Arcadi. Tengo justo enfrente a una rubia de esas de portada del *HOLA* que tienen ocho mil títulos y enseñan su magnífica mansión en las páginas centrales. Es muy guapa, quizás un poco mayor que yo y para mi gusto demasiado maquillada, también parece que lleva bótox en los labios, pero eso no le resta belleza. Mientras la miro intento sonreírle, pero ella no coopera nada, me está examinando y creo que no le caigo bien. Eso las mujeres lo notamos rápidamente y creo que con esta no voy a ser íntima amiga.

Empezamos a comer y Josseppe hace esfuerzos para mantener una

conversación, ya que solo le respondemos el hombre que está al lado de la «marquesa» y yo. «Marquesa» es como la acabo de bautizar. Se llama Ingrid y es un callo de tía. Madre mía qué antipática. Y lo mismo digo de Arcadi, que no ha abierto la boca en toda la comida. Está serio, muy serio.

El hombre que se encuentra al lado de Ingrid es simpático y empieza a hablarme en español, me doy cuenta de que no es italiano. Es muy atractivo, con la cabeza rapada, y yo que soy la reina de los parecidos me acuerdo de Jason Statham. Sí, tiene un gran parecido. Si mi amiga Rosa estuviera aquí se moriría. Según ella es el hombre más guapo que existe y el tal Félix se parece mucho.

De pronto, Arcadi se acerca a mi oído y me dice:

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —Y a mí, primero se me pone el vello de punta por su cercanía, luego me doy cuenta de que estaba sonriendo. Mis pensamientos y yo. Me acerco y le murmuro:

—Nada, cosas de mi loca imaginación, luego te explico. —Y sigo riendo hasta que se escucha un golpe seco; la copa de vino de la marquesa se ha vertido sobre mí, empapándome entera. En mi acto reflejo me levanto y la miro descolocada. ¿Qué ha pasado?

—¡Uy..., perdona...! —me dice. Pero no concuerda el tono de su voz con las palabras y asimilo que lo ha hecho a propósito.

—¡Ingrid! —grita Arcadi—. ¡Te has pasado!, ¿no crees?

—¡El que se ha pasado eres tú trayendo a esta zorra y presentándola a todos delante de mis narices! —contesta gritando y apuntándolo con el dedo índice.

—¡¡Ya basta!! —grita Arcadi.

Esto parece un partido de tenis, estamos todos de un lado para otro. Yo, estupefacta y cabreada, muy cabreada. Ah, y también mojada y apestando a vino.

No solo me tira el vino, que encima me ha llamado zorra. Esta se va a enterar de quién soy yo. Me dirijo hacia ella, cuando noto que alguien me coge por la cintura y me levanta, es Arcadi. Por su parte, el Statham también retiene a la bruja.

—Vamos a cambiarte y déjala estar —me habla a la vez que me va dejando

en el suelo. Me tiene cogida por la cintura pegada a él y no me deja girarme. Mi respiración va a mil por hora y, aunque siento impotencia por no haberle devuelto al menos una hostia bien dada, también estoy flipando por la situación. A lo mejor en mi otra vida le he hecho algo y no me acuerdo.

Entramos en el ascensor y me suelta.

—Lo siento mucho, Carla —dice apretando las mandíbulas, si está más tenso se rompe.

—Tendrías que haberme dejado que le devolviera el golpe, no hay nada peor que la impotencia de no poder hacerlo. Pero ¿quién es esa loca? —le grito como una posesa haciendo movimientos con las manos. Estoy histérica.

—Es mi exmujer. —Baja la cabeza, avergonzado.

—¿Y se puede saber qué le he hecho yo para que me ataque de esa forma? ¡Si ni siquiera me conoce! —Sigo histérica.

—Supongo que ella cree que eres mi pareja, aunque Josseppe te haya presentado como una empleada, imagino que habrá sacado su propia conclusión.

—¡Joder, pues podrías haber traído a la rubia del aeropuerto en vez de a mí! Por lo menos hubiera sido más real.

—Más real, ¿el qué?

—Pues que sí tienes una relación.

Se queda serio.

—Como te dije solo es una amiga.

—Sí, vale, lo que tú digas. —Lo miro como dándolo por perdido—. Y si es tu ex, ¿por qué le importa?

—Porque en repetidas ocasiones me ha pedido que vuelva con ella y yo no he querido. Yo pensaba que no vendría aquí, lo siento de verdad, Carla.

Veo en su cara que de verdad lo siente. Y yo aprovecho y sigo preguntando:

—¿Y qué tiene ella que ver aquí?

—Supongo que le pediría a Josseppe que la invitara. La verdad es que no lo sé.

Salimos al pasillo que va a nuestras habitaciones. Abre con una tarjeta y entramos en un salón muy bonito y espacioso. Miro hacia mi maleta y me fijo que está también la suya. Lo miro extrañada y su expresión es de tierra trágame. Me dice:

—Por lo visto al hacer la reserva, la organización pensó que tú eras mi ex. No hay más habitaciones libres, y no me preguntes, porque no tengo ni idea de lo que ha podido pasar. Sonríe como si fuera algo absurdo.

—¿Tú le dijiste a Josseppe que vendría?

—Sí, claro, y se daba por hecho que eran dos individuales.

De pronto pone cara de entenderlo todo. Y yo creo que también.

Seguro que la marquesa está detrás de esto. Ella pensaba pasar el fin de semana con mi buenorro y yo le he jodido los planes. ¡Con razón me ha odiado desde el minuto uno! Se pensará que estoy liada con él y me quiere quitar de en medio. Presiento que va a ser un fin de semana un poco duro.

Me dirijo al baño con la maleta y cuando entro a la *suite* me quedo helada al ver que hay una cama de matrimonio inmensa. Giro rápidamente la vista al salón y veo que solo hay dos butacones y una mesa, entonces miro a Arcadi, está apoyado en el quicio de la puerta con las piernas y los brazos cruzados, ladea la cabeza y me observa. Está esperando mi reacción.

—Será una broma, ¿no? —pregunto señalando la cama.

—Pues me temo que no..., la recepcionista me ha vuelto a confirmar que no hay ninguna habitación libre. —Me enseña el móvil que tiene en la mano —. Carla, somos adultos..., pero si te incomoda puedo buscar otro hotel en algún pueblo cercano.

Ahora es cuando mi mente empieza a pensar pros y contras en décimas de segundo, y con una tranquilidad pasmosa le suelto:

—No te preocupes, por mí no hay problema. Pero como se entere la loca de tu ex, una copa se va a quedar en nada, es capaz de tirarme la botella directamente —le digo riendo.

—Yo me encargo de ese tema.

—Y otra cosa más. Te advierto que hablo durmiendo y puede ser que te arrincone en la cama y no duermas bien.

—Vale, lo soportaré. —Sonríe—. En dos horas empieza la celebración, te

dejo para que te duches y te cambies tranquilamente. He quedado con Josseppe para ultimar algunos detalles y subo en una hora.

Me siento en la cama y empiezo a relajarme. Vaya movidón que he tenido sin comerlo ni beberlo. Primero con Ingrid, la odiosa, y ahora la sorpresa de la habitación. En estos momentos me pregunto qué hago yo aquí, creo que preferiría estar en casa con mi pequeño Golfo que no me da tantos disgustos; esta idea va pesando más en mi cabeza.

Pero bueno, como ya no soy una niña debo apegarme con lo prometido, intentaré ser todo lo correcta que pueda y pasármelo bien esta noche, aunque si está la loca de los vientos, lo dudo.

Cuelgo el vestido en el armario y me preparo todo lo necesario para ducharme. Cuando entro en el baño me quedo alucinada, tiene un *jacuzzi* y una ducha increíble de hidromasaje donde el relax está garantizado, claro que no me podía esperar menos viendo la habitación.

Enchufo mi móvil y pongo música porque eso de ducharme en silencio no es lo mío. Si canto por lo menos que mis gallos queden amortiguados por la música. Cuando termino de ducharme me pongo el albornoz, me seco el pelo y salgo a la habitación.

Don buenorro está sentado en una de las butacas del salón, tiene los brazos apoyados en las piernas y la cabeza hacia abajo, como si estuviera derrotado. Al escucharme levanta la cabeza y me mira. Le sonrío y él me devuelve la sonrisa.

—¿Ya estás? —me pregunta.

—Del baño sí. Si quieres entra tú y yo mientras me cambio en la habitación.

Asiente y lo veo sacar su traje y colgarlo. No le quito ojo, claro, y disfruto de las vistas. Se le marca la espalda a través de la camisa, es ancha y me acuerdo de los waterpolistas, este chico podría haber pasado perfectamente por uno de ellos. Espero que termine y entre en el baño.

Es una situación extraña y así me siento. Con mi ex sí que habíamos salido fines de semana y nos habíamos alojado en hoteles, pero nada que ver con este, y él era mi pareja.

Empiezo a maquillarme y cuando termino me pongo el vestido, seguidamente los zapatos y me miro al espejo del tocador. Me he dejado el

pelo suelto y me llega hasta media espalda, tengo que admitir que me veo guapísima.

Estoy buscando en la maleta los pendientes que he traído cuando oigo la puerta del baño al abrirse y aparece Arcadi con una toalla en la cintura. Nos miramos unos segundos y rápidamente vuelvo a bajar la mirada a mi maleta. Si alzo la cabeza y lo miro seguro que está sonriendo, pero no lo voy a hacer porque me he puesto roja, y es más, como me hable no pienso levantar la vista. Lo escucho coger su ropa y entrar de nuevo en el baño.

La verdad es que no sé a qué juega, por un lado me besa y es muy atento conmigo y por otro dice que no puede haber nada más. Sigo pensando que mejor estaría en mi casa.

En diez minutos vuelve a aparecer vestido con un esmoquin negro y pajarita. ¡Está guapísimo!

¡Y ahora caigo a quién me recuerda! Al chico ese del anuncio de perfume..., vale, no me acuerdo del nombre, pero luego lo busco en Google.

—Estás *bellissima*, Carla —me dice mirándome a los ojos.

—Gracias, tú también estás *bellissimo*. —Y río como una boba.

—¿Nos vamos?

—Sí, claro.

Vamos bajando en el ascensor cuando me acuerdo que Ingrid, su ex, estará también en la fiesta y me empiezan a entrar todos los males. Y no es que le tenga miedo, pero es una situación embarazosa.

—Arcadi, supongo que Ingrid estará aquí, ¿no? —Respira hondo y me coge las manos.

—Sí, según me ha comentado Josseppe, ella y Félix estarán todo el fin de semana.

Salimos del ascensor, lo cojo del brazo y lo paro frente a mí. Levanto la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Verás, es que... para mí es una situación muy violenta y prefiero no estar, porque como me vuelva a insultar es posible que no me contenga y le pegue un hostión que se quede sin bótox en un segundo. Mejor me voy, de verdad...

Hago ademán de irme, pero mi buenorro me coge la mano y me acerca a él, rodeando mi cintura. Estoy a escasos tres centímetros de su cara y me susurra:

—Espera. No voy a dejar que se acerque a ti. Además, Josseppe ya le ha advertido que como se pase de la raya, será inmediata su salida del hotel. Josseppe no se anda con tonterías y, aunque con Ingrid siempre se ha llevado bien, tú le caes mejor. —Y dicho esto, me guiña un ojo.

—Vale, pero no creas que estoy mucho más tranquila.

—Vamos. —Me coge de la mano y me lleva con él.

—Creo... —le digo soltándome— que no es la mejor forma de entrar, ¿no?

Me suelta y no dice nada solo asiente. Pone la mano en mi espalda y nos dirigimos a la gran Sala.

Cuando entramos me quedo alucinada.

El salón es impresionante. Está iluminado por montones de lámparas colgadas de una sola bombilla y tienen más intensidad de luz las más cercanas a las mesas. Las paredes, de arriba abajo, están pintadas con diferentes imágenes, la mayoría son de la antigua Roma. Hay tres ventanales de los cuales caen unas cortinas dobles de color blanco con el filo en amarillo y parecen vestir con elegancia el salón. En la única pared vacía se puede ver la imagen del logo de los viñedos, lanzada por un proyector y como fondo una imagen aérea, supongo que será de una de las propiedades de la Toscana. Junto a esta pared descansa un pequeño escenario con un atril a la izquierda.

Bajamos unas escaleras y Arcadi empieza a hablar con gente que se nos acerca. Me presenta a todas ellas como la persona responsable de las exportaciones de la empresa y, aunque no es del todo cierto, me hace sentir orgullosa. Durante el tiempo que llevo en Viñas Fortuny sé que hemos hecho un buen trabajo. Tanto Sergio como yo, hemos absorbido parte del trabajo del Sr. Cuevas y reportamos directamente a Arcadi.

Seguimos avanzando hasta que llegamos a nuestra mesa. Es de diez comensales y tras sentarnos empiezan a servir el entrante.

Entablamos conversación con nuestros compañeros de mesa, los cuales me ha presentado Arcadi. A mi lado hay un matrimonio, que según me comenta, son primos de Josseppe, deben rondar los cincuenta años, ella es bajita y gordita, pero su cara es pura amabilidad y alegría. Él es justo lo contrario,

alto, moreno y parece que lleva metido un palo por el culo, por lo menos a primera vista es bastante desagradable. Además me mira como si le fuera a robar la cartera, no me gusta la gente con esa expresión de desconfianza.

Justo enfrente tengo al hermano pequeño de Josseppe con su mujer. Que ¡madre mía! Parece la hermana pequeña de la Versace. Es rubia, con la cara muy operada, y le brilla tanto que parece de cera, ¡ups! Qué cosa más horripilante de mujer. Pero como las apariencias engañan resultan ser una compañía magnífica y yo como no me corto un pelo, hablo sin ninguna vergüenza mi italiano chapurreado.

Justo cuando nos sirven el postre se apagan las luces y en la pantalla grande empieza una presentación de los viñedos desde sus inicios hasta ahora, donde se ve la familia de Josseppe y los progresos que ha habido desde entonces. Al quedar a mi derecha y girarnos, Arcadi está justo en mi espalda. A la vez que van saliendo imágenes, me va explicando al oído y muy bajito todo lo referente a la empresa. Y lo siento mucho porque este hombre esté gastando saliva, pero no me estoy enterando de nada de lo que me dice. Solo noto que tengo el cuerpo muy flojo al sentir su aliento en mi oreja y su mano en mi cadera. Tengo el vello de punta.

Cuando por fin parece que va a terminar, vuelven a aparecer más imágenes de trabajadores a los que se les ha premiado. Yo sigo muy cerca de Arcadi y noto cómo me aparta el pelo para poder tener mejor acceso a mi oído.

Este hombre es un provocador y hoy mismito voy a hablar con él.

—Ya está acabando —me susurra.

Y justo cuando asiento sin girarme se aproxima un poco más y me besa en el cuello. Es el beso más tierno y a la vez erótico que he sentido jamás. Me giro con los ojos como platos, lo veo sonriendo y su mirada parece que promete más. Lo que él no sabe es que mi maquiavélica mente ha tenido una idea y la voy a poner en práctica esta noche, y es que ya estoy harta de tanto «ahora te beso, pero no puede haber nada más», así que cuando lo tenga a punto para mí la que va a parar soy yo. Y sé que va a ser esta noche por sus miradas, sus gestos y sus caricias, creo que ha llegado el momento. Si no estuviéramos rodeados de gente me tiraba a su cuello, pero al final decido girarme y ver finalizar la presentación.

Se encienden las luces y, justo en ese momento y tras el silencio previo al discurso de Josseppe, escuchamos a alguien gritar en las escaleras. Todos nos

giramos y me quedo de piedra al ver que es Ingrid. Félix la tiene cogida del brazo y ella parece ir bastante ebria. Empieza a buscar con la mirada hasta que llega a nuestra mesa. Nos apunta y empieza a gritar hacia nosotros.

Rápidamente, Arcadi se levanta y antes de irse me dice al oído:

—Lo siento, volveré lo antes que pueda.

Se va hacia la loca esa y ella se abraza a su cuello sonriendo. Arcadi, como puede, la saca del salón seguido de Félix.

Cuando todo se tranquiliza, Josseppe intenta poner una nota de humor y empieza su discurso de una forma desenfadada. Durante todo este rato me doy cuenta de lo bien que habla de sus empleados, desde los que están en la central hasta de los operarios que tratan la uva. Hay un detalle para todos y los hace pasar por la tarima nombrándoles y agradeciéndoles el trabajo que realizan. Ha sido muy bonito, me ha gustado mucho el acercamiento que tiene con todos ellos y me recuerda mucho a Arcadi en la forma de hablar con su personal, es muy cercano.

Dan paso al baile y Arcadi aún no ha aparecido, me siento un poco abandonada, pero visto lo visto, mejor que esté con ella.

Veo a lo lejos a Josseppe en la barra y me hace señales de si quiero algo de beber, asiento y veo que se dirige a mí con dos copas de cava.

—*Signorina*, Carla, como podrás comprobar este cava es mucho mejor que el vuestro —dice sin perder la sonrisa, acercándose una de las copas.

—¡Eso es imposible, Josseppe! —Me río y, al probarlo, asiento—. Vale, retiro lo dicho. ¡Es posible!

Nos reímos y Josseppe me pregunta si aún no ha venido Arcadi. Le contesto que no e intento parecer de lo más normal.

—Carla, tienes que tener paciencia en este tema... Ingrid quiere estar con Arcadi y él ya le ha dejado las cosas bastante claras. Supongo que al verte con él ya se irá haciendo a la idea.

—Josseppe, Arcadi y yo no tenemos nada que no sea una relación laboral. —Por lo menos de momento, yo no estoy dispuesta a ser su «amiga». No me va ese rollo.

—Pues no es lo que yo creo, ¡si hasta me ha prohibido llevarte mañana a ver nuestra empresa! —Me guiña un ojo—. Sus palabras fueron: «Siempre en

mi presencia». Oh, *cara*, yo creo que *il mio amico è in amore con ti*.

Siento cómo me sube toda la sangre a la cabeza por lo que me acaba de decir, pero intento mantener la calma y contesto:

—Lo que pasa es que está protegiendo a su empleada, nada más —digo sin darle importancia.

—*Bella*, Carla, no seas ingenua. Él te protege de sí mismo hasta que le sea imposible y entonces irá a por ti como un depredador. —Me está mirando tan intensamente que estoy empezando a sentirme incómoda. Se encuentra demasiado cerca y no me gusta, creo que está algo bebido. Y lo sé porque mientras yo aún voy por la primera copa, él ya lleva tres.

—Carla, quiero que sepas que para mí eres una mujer bellísima además de inteligente.

Me mira raro, de pronto se ha puesto serio y continua hablando:

—Y como no quiero esperar a que se decida y me quite protagonismo, sería un honor para mí que fueras la próxima señora Marozzi.

Abro los ojos como platos y lo miro con la boca abierta. ¡¿Me acaba de pedir que me case con él?! No puedo con este hombre... Empieza a salirme una carcajada detrás de otra, este hombre está fatal y encima bebido. Parece que mi risa se le ha contagiado y nos reímos a la vez.

Pasados esos momentos que me duele hasta la mandíbula de tanto reír, vuelvo a mi estado normal y le digo:

—Mira, Josseppe, sé que mañana no te vas a acordar de nada y espero que no te sepa mal, aunque estoy muy agradecida por tu ofrecimiento, tengo que decirte que todavía no tengo intención de casarme... y si lo hiciera, sería por amor y todos esos rollos. A ti no te conozco y...

—Perdona, Carla, ha sido un impulso como decís vosotros. Pero que sepas que bebido o no, mi ofrecimiento sigue en pie hasta que tú quieras.

Me guiña un ojo y vuelve a ser el Josseppe de siempre.

—Vale. —Choco mi copa de cava con la suya como si fuéramos colegas y le pregunto riendo:

—Por curiosidad, ¿qué número de señora Marozzi sería?

—La cuarta, *mia cara*, ¡pero no por ello la menos importante! —dice todo

ofendido dentro de nuestra broma.

¡Madre mía! Esta velada está siendo otra nueva movida. Noto cómo mis pies me están avisando que en breve, o me descalzo o me voy a dormir, y opto por lo segundo. Ya son casi las dos de la madrugada y, aunque Arcadi no ha vuelto, me voy a la cama. Ya son grandecitos y espero que arreglen sus historias manteniéndome al margen.

Le comento a Josseppe que me voy y que me disculpe con Arcadi cuando vuelva, si es que vuelve.

Al entrar en la habitación me coloco el pijama y me desmaquillo. Mientras me lavo los dientes pienso en que esperaba ese momento de tensión al acostarme con el buenorro. Hasta había pensado en poner las almohadas haciendo una separación tipo la película de Debra Messing *El día de la boda*, y empezar a poner en marcha mi venganza. Pero me voy a quedar con las ganas e intento apartar de mi mente a Arcadi con Ingrid.

Así que mirando el lado positivo tengo toda la cama para mí solita.

¡Qué cama más cómoda! Después del día que llevo de emociones me quedo dormida en cero coma cero.

8

Me estoy despertando y noto el calor de un abrazo. Empiezo a pensar todo lo rápidamente que puedo dentro de mi dormida mente. Me siento bien, de eso no tengo duda. Mi cuerpo está cómodo, abro los ojos y tengo frente a mí a Arcadi, exactamente su cara está a un palmo y lo sé porque lo estoy midiendo. Está dormido y yo tengo esa tranquilidad que le da a una cuando está recién despierta y todo lo hago como a cámara lenta. Lo miro y me recreo en su cara, esas pestañas tan largas y su nariz tan perfecta y... mejor paro.

Me doy cuenta de que es su brazo el que rodea mi cintura, y mis piernas están sobre las suyas. Solo lleva el pantalón del pijama y tan cerca aún está más buenorro, todo hay que decirlo. Es un hombre grande, su pecho y abdomen espectacular, se nota que hace ejercicio, me siento pequeñita a su lado.

La verdad es que no me enteré cuando se acostó, mi sueño suele ser bastante profundo y no me despierto con facilidad, pero por mi reacción de ahora mismo al verle, sé que él ya estaba aquí.

Me encanta el sol que entra a través de las cortinas e ilumina la habitación, imagino que como mínimo serán las once o las doce del mediodía.

Como supongo que llegaría bastante tarde, me doy la vuelta para dejarle dormir y al intentar levantarlo una mano me coge por el abdomen y me pega a su cuerpo. Se acerca a mi oído y murmura:

—¿Dónde vas? Con lo bien que estaba, ¿por qué me has despertado? — pregunta arrastrando las palabras. Me envuelve todo él.

—Perdona, pero no era mi intención, y si te soy sincera yo también estaba muy bien, pensé que seguirías durmiendo.

Madre mía, qué cara de tonta debo tener, sin contar los ojos hinchados y el pelo a su rollo. Continúa con su mano en mi abdomen, como la mueva un centímetro hacia arriba o abajo no sé qué pasará.

—Siento haberte dejado sola —dice muy serio—, pero había que sacar a Ingrid de allí o arruinaría la noche de Josseppe.

Me giro como puedo hacia él y lo miro a los ojos.

—No te preocupes por mí, estuve bien. Además, hiciste lo correcto. —Le sonrío.

Me mira unos segundos que me parecen eternos y baja su boca hasta la mía, me besa dulcemente y muy despacio. Mi mano sube a su cara y lo acaricio mientras sigue besándome. De pronto lo empujo para apartarlo de mí.

—¡Ah, no! Otra vez no. Si me vas a besar y luego me vas a soltar el rollo ese de...

No me deja terminar, me envuelve en sus brazos y su boca me posee hasta dejarme sin respiración.

Me acerca más a él hasta que noto su abultado pene sobre mis piernas. Baja sus manos, me levanta la camiseta del pijama y se encarga de hacerla volar. Se acerca lentamente y lame uno de mis pezones mientras me baja el pantalón y las bragas. ¡Parece que es todo un artista!

Yo decido no quedarme atrás e intento hacer lo mismo, pero no me deja. Se posiciona sobre mí, dedicando una atención especial a mis pechos, lamiendo y succionando cada uno de mis pezones. Siento que mi vientre se desarma de placer y mis gemidos son cada vez más seguidos.

Sube por mi cuello besándome y llega hasta mi boca.

—¡Exquisita! —dice.

Rodeo su cuello y nos fundimos en un beso donde nuestras lenguas son una imagen desesperada de lo que va a pasar a continuación.

Como puede se deshace de su pantalón y veo que no lleva calzoncillos, me mira y sonrío.

—Normalmente duermo desnudo, pero como ves, por ti he hecho una excepción.

—Pues te ha durado poco.

Sonrío. Pero al ver el tamaño de su verga se me ha ido la sonrisa de golpe.

—Irás despacio, ¿verdad?, mi experiencia es bastante limitada.

No es que sea virgen, y mi ex no es que desmereciera, pero este chico está muy bien dotado. Me entra una timidez que no puedo controlar.

—Por supuesto, no te preocupes —dice dulcemente, me da un casto beso en los labios, se levanta y va hacia el baño.

Me desconcierta, ahora no sé qué hace, pero sale inmediatamente con un preservativo en la mano.

—Por un momento pensé que te habías arrepentido —le suelto con cara de boba.

—Jamás perdería esta oportunidad de estar contigo, preciosa, ya no. — Vale, con esto ya soy suya los próximos cien años.

Vuelve a ponerse sobre mí, pero esta vez sus besos van hacia mi ombligo, su mano se posa suavemente sobre mi entrepierna y noto cómo mete uno de sus dedos en mi vagina. Gimo de placer, cuando al sacarlo acaricia despacio mi clítoris. Su boca sigue los pasos de sus dedos, besa y empieza a lamer mi parte más íntima cada vez con más rapidez hasta que mi orgasmo aparece sin apenas dejarme respirar. Mientras me repongo, se pone el preservativo y sitúa un cojín en mi espalda, se abre paso entre mis piernas y me coge las caderas. Me penetra muy lentamente hasta que queda hundido por completo en mí. Su mirada de deseo lo hace aún más guapo si cabe. Rodeo mis piernas en su cintura y empieza un ritual de movimientos que me llevan a un enorme placer. Poco a poco sus movimientos son más secos y profundos, sus jadeos junto a los míos van a un ritmo frenético, siento que me voy a correr. De pronto me levanta entre sus brazos y quedo suspendida enredada en él.

—No pensarás que iba a acabar tan pronto, ¿no? —Sonríe.

Muevo la cabeza, porque no puedo hablar. Nos besamos y empieza en el punto que lo hemos dejado, entrando y saliendo de mí con fuertes estocadas. Tiene sus manos en mis nalgas y yo en sus hombros. Ya no puedo más, mis temblores me indican que voy a correrme y lo hago dejándome llevar. Lo abrazo mientras él me deja suavemente sobre la cama, su última penetración me indica que también ha llegado al orgasmo.

Estamos sudorosos y respirando como el que corre un maratón, más yo que él. Pero tengo que decir en mi defensa que llevaba bastante tiempo sin practicar sexo. ¡Y menos este tipo de sexo!

Su cara está frente a la mía. Sin saber por qué, simplemente lo beso.

Suena su móvil y volvemos a la realidad. Se levanta para contestar y mientras lo hace va caminando despacio hacia la ventana y yo, por supuesto,

me recreo en su cuerpo. Ya que parece que él no tiene problema en estar desnudo, yo tampoco tengo problema en mirarlo descaradamente. Tengo que decir en su defensa que tiene un culo monísimo, nada que envidiarle a Will Smith en *Independence Day*, y la verdad es que para tener un trabajo tan sedentario..., debe trabajar bastante su cuerpo.

Está hablando en italiano, cosa que le hace más atractivo ¡como si eso fuera posible ahora mismo! Cuando cuelga me mira y se da cuenta de que estoy como una pánfila mirándolo, cosa que me da igual porque no sé durante cuánto tiempo podré disfrutar de estas vistas.

Me sonrío con cara de «te he pillado».

—Es Josseppe; nos esperan para almorzar.

—Vale, pero yo me tengo que duchar antes de bajar porque.... —No me da tiempo a terminar cuando lo veo venir hacia mí y me coge en brazos, rollo saco de patatas, grito como una loca al verme boca abajo y dando gracias que el trayecto al baño es corto. Me deja en el suelo, abre el grifo de la ducha y se gira.

—Tendremos que economizar agua, ¿no? —me pregunta todo pillín.

—Desde este momento me declaro la economizadora de agua número uno —contesto.

Me acerca a su cuerpo y nos besamos, me levanta hasta estar a su altura y entramos en la ducha. Nos tocamos como desesperados mientras el agua cae sobre nosotros.

Levanta una de sus manos para enseñarme que tiene un preservativo y paramos un segundo mientras se lo pone. Ahora, sin dejar de mirarnos a los ojos, coge mi pierna y la levanta, me penetra completamente, despacio pero con fuerza, como temo perder el equilibrio me agarro a su cuello a la vez que él me levanta y me apoya en la pared. Nos miramos y cuando nuestras bocas están unidas empieza con movimientos rítmicos y certeros que me hacen sentir estar en el universo paralelo del placer. No existe nadie más. Lo beso y le paso la lengua por el cuello y cuando creo que ya no puedo más porque una ola de irrefrenable orgasmo se cierne sobre mí, siento sus embestidas cada vez más fuertes. Le muerdo con fuerza en el hombro hasta que el orgasmo me deja completamente exhausta.

Él suelta un gemido brutal, y ahora no sé si es por mi mordisco o porque se

ha corrido. Aunque creo que han sido las dos cosas. Sale de mí y al hacerlo siento que no quiero perder esa conexión que teníamos hace unos segundos.

—Perdona, ¿te he hecho daño? —le pregunto bajito y con cara compungida.

—Dios, Carla, creo que tu mordisco no ha sido nada comparado con lo que le ha seguido. —Me besa la nariz.

Le miro el hombro y veo que tiene mis dientes marcados y toda la zona roja. Mierda, me siento fatal.

—No te preocupes, preciosa, no me duele. Ahora será mejor que nos duchemos si no queremos que nuestro anfitrión se mosquee.

Nos duchamos a toda prisa, nos vestimos y dejamos todo el equipaje preparado, ya que por la tarde volvemos a Barcelona.

Bajamos al comedor y Josseppe está en la puerta del hotel mirando hacia la salida. Al girarse y vernos, su cara es de alivio. Se acerca a nosotros y coge mi mano.

—*Come questa mia futura moglie?* —pregunta con cara de guasa. ¡No me lo puedo creer!

¿Acaba de preguntar cómo está su futura esposa? ¡Y esa futura lo que sea, soy yo! Este italiano es un cachondo, por lo visto aún recuerda lo de anoche.

Arcadi nos mira con cara de no entender nada. Se le está transformando la cara.

—¿Hay algo que deba saber, Carla?

Suelto la mano que me sostiene Josseppe rápidamente y le contesto:

—Si hubieras estado anoche lo sabrías. Pero como estuviste de niñera o yo que sé qué, comiendo te lo explico.

Me agarro al brazo de Josseppe y nos dirigimos al comedor. Realmente estoy que muerdo por un plato de comida, aunque Arcadi ya lo ha podido comprobar en sus propias carnes.

Durante el almuerzo, Josseppe nos informa que justo antes de bajar nosotros, la bruja de Ingrid había salido directa a su casa de Madrid en compañía del bueno de Félix. Claro que a todo esto Arcadi tiene una cara de palo que da hasta miedo mirarlo y no sé si es por lo de la loca o por «mi

próximo enlace». Seguimos hablando de lo bien que estuvo la fiesta hasta que decidimos poner fin a nuestro almuerzo y partir hacia casa.

Es de noche cuando llegamos al aeropuerto de Barcelona. Arcadi aún no me ha dirigido la palabra, sigue serio y yo más. Estoy un poco cansada de estos cambios de humor.

Cuando llevamos media hora de camino, por fin se digna a hablarme:

—Puedes cogerte dos días libres si quieres —me suelta así sin más. Lo miro y su cara continúa seria mirando la carretera y falta de expresión. Me ha dejado KO.

—No necesito días libres, hace muy poco que trabajo aquí y supongo que no me pertenecen.

—¿Qué ha querido decir Josseppe con eso de llamarte su futura mujer?

Vaya cambio de tema tan radical. ¡Es eso! Está molesto, porque celoso no creo. Intento no darle importancia.

—Es una tontería... Ayer por la noche, supongo que con la emoción de que todo había salido bien y haber bebido un poco más de la cuenta, Josseppe me preguntó si quería ser su esposa, ¿te lo puedes creer? —Me río—. ¡Fue buenísimo! Pero no pasó de ahí, en ese momento decidí que era hora de irme a dormir, estaba agotada. ¿Te molesta? —No dice nada—. ¿No me digas que estás con ese careto por esa tontería? —le pregunto todavía con la sonrisa en la cara.

—Josseppe nunca bebe más de la cuenta —dice apretando las manos al volante—. Si te lo ha dicho es porque de verdad lo siente.

En ese momento pongo mi mano sobre una de las suyas que tiene al volante.

—Arcadi eso no puede ser verdad, una persona que no conoces no puede pedirte matrimonio así por las buenas. ¡Es absurdo! —digo riendo.

—Pues sus tres matrimonios fueron así, por impulso —suelta con la cara de vinagre.

—Así le ha ido, ¿no?

—Bueno, pero a las mujeres en general os gustan los hombres ricos y poderosos. Él no ha tenido problema en que esas mujeres aceptasen su propuesta, aunque luego hubiera un divorcio, salían muy beneficiadas. —Su

sonrisa es cínica y aprieta el volante con las manos.

—¿A las mujeres en general?! ¿Perdona? ¿Estás insinuando que todas las mujeres, yo incluida, nos casaríamos con él por ser rico y poderoso?

No contesta y se deshace de mi mano como si le quemara, como si mi contacto no le gustase. Me siento fatal, creo que estoy a punto de llorar, ese desaire no me lo esperaba, cuando ha sido tan dulce conmigo.

No soy una persona a la que le guste que la toquen continuamente, más bien soy tímida en ese aspecto. Por eso, solo muestro mi afecto a mi familia y a mi gente más querida, pero después de lo que ha pasado entre nosotros el hecho de acariciar su mano me ha parecido lo más normal. Y muy a mi pesar me ha dejado claro que tocarlo no es lo mejor que puedo hacer en este momento. Está muy cabreado.

—Arcadi, necesito que me digas qué te pasa, si te he hecho algo que te haya molestado dímelo o explícame por qué estás así conmigo.

—No estoy de ninguna forma, lo mejor es que te cojas unos días libres y no nos veamos.

Me estoy empezando a cabrear y mucho. Es como si estuviera dándome contra un muro. Decido callarme y respirar hondo.

Y pienso que, primero, no me voy a coger días libres con la cantidad de trabajo que hay en el departamento sin estar Sergio y segundo, si no quiere verme es su problema, que cierre los ojos cuando pase.

Me podría despedir y estoy segura de que después de lo que ha pasado entre nosotros puedo resultarle incómoda, pues ahora que se aguante.

Cuando llegamos a los viñedos me deja justo en la puerta de la casa. Sale del coche y me ayuda a sacar la maleta.

—Espero no verte hasta el jueves. Tenemos reunión con unos clientes y prefiero que estés sobre las ocho para prepararla. —Su gesto es serio y parece que le habla al aire. No me mira a la cara ni para despedirse.

Me paro frente a él para llamar su atención, pero nada.

Al final lo cojo por la pechera con toda mi mala leche, acerco su cara a la mía y le suelto toda chula:

—Vete a la mierda.

Lo suelto y me doy media vuelta entrando de un portazo. La verdad es que me da igual su reacción, cómo se sienta o lo que piense de mí. Tonterías las justas, porque la que ha aguantado a su querida ex, su locura, he sido yo. Y si lo único que quería de mí era acostarse conmigo lo ha conseguido, pero yo también, así que estamos empatados.

¡Y mañana me voy a mi casa y punto!

Vale, después de esta euforia llega el bajón. Hace dos horas que me he despedido de Arcadi y ya no me quedan uñas. Me voy a la cama y no deshago ni la maleta. Pienso y pienso y, aunque estoy agotada, son las cuatro de la madrugada y aún no he podido dormirme.

9

Suena el despertador, al final lo estamparé contra la pared. Me levanto y me preparo un café.

Con la moral por los suelos llamo a María Pujol, nuestra jefa de RRHH:

—Hola, María, soy Carla, era para informarte de que no vuelvo hasta el jueves.

—Buenos días, Carla. Sí, ya me ha llamado el Sr. Arcadi y me ha dicho que estarías unos días de vacaciones. —Lo mato.

—Me sabe mal, porque estos días de tanto trabajo... —insisto toda correcta.

—No te preocupes, Carla, hoy se ha incorporado Sergio. Supongo que así iréis cubriendo lo más urgente.

Me quedo a cuadros, Sergio ha vuelto y no me ha dicho nada el muy capullín.

Cuando cuelgo miro el móvil y veo veinte WhatsApp, todos de Sergio. Me informa que le llamó el «macho alfa» para decirle que se incorporaba hoy. Bueno y el resto de mensajes son típicos de él, como:

¡Nena, qué fuerte!

¡Supersuperfuerte!

¡¿Te lo puedes creer?!

¡El heartbreaker me ha perdonado!

¡Gracias, cariii!

Y después de reírme un rato por cómo es este chico, cojo el coche y me voy a mi casa de verdad.

Nada más abrir la puerta me doy cuenta de que mi madre ha estado aquí. Veo dos nuevas adquisiciones: dos plantas. Mi madre no deja de insistir y, aunque yo soy una negada, ella aún tiene esperanza de que tenga una casa llena de plantas. Y es que entrar en la terraza de mi madre es como ir a una selva virgen, vale, soy un poco exagerada, pero más o menos es algo así.

Empiezo a subir las persianas para que entre el sol empezando por el

comedor. Veo lo mono que es, con el mueble blanco, incluyendo cortinas y sofá. Dejo las cosas sobre la mesa de cristal transparente que tengo pegada a la pared. Tras una rápida revisión a todo el piso me voy directa a casa de mis padres que viven dos calles más abajo.

Cuando llego todos son abrazos, como si no me hubieran visto en años.

Por supuesto, mi pequeño Golfo es el más saltarín, no para de ladrar, de lamerme y correr de un lado para otro.

Tras una comida donde les pongo al día de mi trabajo y les explico con pelos y señales mi viaje a Volterra, llamo a Silvia y quedo con ella para tomar un café en una terracita del centro.

Está radiante, se ha cortado el pelo tipo cabaret años veinte y le queda genial. Después de los formulismos, nos sentamos en una terraza y entro a matar:

—Silvia, empieza a contar y no pares porque estoy necesitada de información, por cierto, ¿y mi pequeña Sara?

—La he dejado con mi madre porque como le quite su hora de siesta, el resto de la tarde está insoportable.

Dando un trago a su Coca-Cola continúa:

—Pues te cuento, antes de empezar tú en tu nuevo trabajo me encontré por casualidad en Barcelona con Raúl, yo fui a buscar ideas para un nuevo escaparate y Ruth me comentó que justo esa semana había una exposición por la zona donde ella vive. Son esas cosas del destino, yo iba concentrada en no perderme y él mirando su móvil. Te puedes imaginar la cara de descompuesta que se me puso cuando lo vi. Lo curioso es que su cara no fue de sorpresa, al contrario, fue... como de alivio, una cosa muy rara. Me dijo que necesitaba hablar conmigo, como es normal mi primera reacción fue de darle un puñetazo y salir corriendo, pero mis piernas no me respondían, estaba como una estatua escuchando lo que me decía.

A todo esto yo ya llevo dos cafés, estoy como una moto.

—Empezó pidiéndome perdón y siguió pidiéndome perdón. Me dijo que lo acompañara a su despacho que estaba justo en ese edificio para poder hablar conmigo. —Mientras habla y gesticula con las manos me doy cuenta de que lleva un anillo con pedrusco incluido en el dedo anular de la mano derecha, y yo nunca se lo había visto—. Te resumo: cuando me dejó, porque según él se

bloqueó con la noticia de mi embarazo, volvió a Valencia y lo primero que hizo fue cortar la relación con su novia. Seguidamente les explicó a sus padres la situación y su padre se puso hecho un energúmeno hasta el punto de apartarlo momentáneamente de la empresa. Por lo visto, su madre fue la única que lo apoyó y le recomendó hablar conmigo. Según ella si nos casábamos y nos íbamos a vivir allí, su padre al final claudicaría y lo aceptaría de nuevo en la empresa. Pero él no quería depender siempre de ellos, así que se vino a Barcelona y emprendió una aventura con varios socios y por lo visto les va bastante bien. Ha seguido mis pasos todos los días desde que se apartó de mi lado. Dice que si no me ha dicho nada antes era por miedo a mi rechazo, pero que ya no podía aguantar más y bla bla bla y cástate conmigo y bla bla bla. —Se para y sube la mano para enseñarme su anillo junto con su sonrisa de felicidad.

Me pongo a dar grititos como una loca de lo contenta que estoy, a los que rápidamente se une ella. No nos importa mucho que la gente nos mire. Es algo que ya tenemos superado hace tiempo. La abrazo y la beso con emoción.

—¿Y ya conoce a Sara? —le pregunto tras serenarnos.

—Para eso nos fuimos a París los tres, para desconectar y poder hablar con tranquilidad y que ellos se conocieran.

—Vaya, vaya con don Raúl, ha resultado ser un hombre con conciencia...

Me quedo pensativa.

—Me alegro mucho Silvia, de verdad, te mereces a alguien que te quiera. —Y me pongo toda tonta y llorosa.

—¡Oh, Carla! ¿Qué te pasa? —Me abraza hasta que se me pasa.

—Creo que estoy un poco sensible. Y después de todas la movidas que tengo en el trabajo y ahora tú con esta noticia tan bonita... —Y sigo llora que te llora.

Le explico lo que me ha pasado con Arcadi y ella piensa igual que mi madre, que le gusto y le da miedo ir un paso más allá. Claro que Silvia tiene más información que mi madre. Según ella, Arcadi lo que ha sentido han sido unos celos descomunales al saber lo de Josseppe, y su forma de canalizar algo que le ha sorprendido, ha sido ser borde y distanciarse de mí.

A la mañana siguiente y después de muchas horas durmiendo, me despierta Golfo a lengüetazo limpio en la mano y, aunque no lo dejo subirse a mi cama,

él mismo se toma la confianza de subir las patas delanteras y también de hacerme saber que está cansado de esperar porque se quiere ir a dar un paseo.

Pues nada, con los ojos aún pegados de sueño me cambio y me pongo una chaqueta, parece que ha refrescado y es que anoche cayó una de esas tormentas de verano que parecía el fin del mundo. Nos bajamos al parque que tenemos frente a casa y allí lo suelto para que corra y juegue con sus compis, siempre hay algún vecino y después de tanto tiempo ya se conocen.

Hoy he decidido tener el día para mí sola. Mañana he quedado para comer con las chicas y cenar con mis papis, así que esta tarde después de comer haré una de las cosas que más me gustan, pegarme toda la tarde sentada/tumbada en el sofá viendo películas y, por supuesto, comiendo palomitas. Y cuando me canse de las palomitas intercalaré un sándwich de nocilla. Salado y dulce, así soy, y ya no tengo remedio.

Tengo las primeras cuatro temporadas de una serie que me regaló Ruth antes de irme a trabajar a los viñedos, supongo que pensaría que me iba a aburrir. Leo *Los hijos de la Anarquía* y, aunque el título no me diga mucho, cuando empiezo a verla mi boca no se cierra en toda la tarde. ¡Oh, *my god!* Entre el protagonista que no tiene desperdicio (y, por cierto, tiene el mismo color de ojos que mi buenorro) y la acción que tiene la serie, llegan las nueve de la noche en un momento.

Decido bajar a Golfo antes de ir a dormir. Justo cuando lo suelto entre los árboles del parque hay un relámpago increíble, seguido cómo no, de un trueno igual de importante. Pero bueno mientras no llueva...

Vale, antes lo pienso y antes sucede.

Mmmm..., mientras no aparezca Charlie Hunnam...

Espero y espero, pero no hay resultado.

Empieza a llover como si no hubiera un mañana y corriendo cojo a Golfo en brazos para resguardarlo un poco con mi cuerpo. Voy todo lo rápida que puedo hasta que entramos en la portería del edificio y, ya bajo techo, le digo:

—¡Joder, Golfo, cómo nos hemos puesto!

Lo dejo en el suelo y después de sacudirse se gira hacia la puerta de entrada, se queda quieto y empieza a mover el rabo. Me giro y me quedo patidifusa.

Ahí está él, guapísimo. Está serio, con las manos en los bolsillos de sus tejanos. Su mirada es penetrante y muy seria. Me mira de arriba abajo sin decir nada y con la pinta que debo tener a pollito mojado, no quiero ni saber lo que estará pensando.

Continúa serio, sin abrir la boca y a mí se me hace eterno. Lo miro fijamente y veo que parece salirle una sonrisa muy tímidamente.

—Hola —digo por fin, es lo único que me sale, aunque me delata mi sonrisa. ¡Joder! Continúa serio, eso es mala señal.

—Hola.

Hace una pausa y, ladeando su cabeza de forma totalmente sexy a juego con su ya sonrisa declarada, continúa:

—Después de irme a la mierda, que es donde me enviaste por si no te acuerdas —asiento totalmente desconcertada—, he venido a ver cómo estabas...

Vale, mi mente está volviendo en sí y piensa a la velocidad de la luz. Me podría haber llamado por teléfono, pero ha venido a verme. Voy a llevarlo un pelín al límite. Teóricamente estoy muy enfadada con él.

Cojo a Golfo en brazos y le digo muy seria:

—Pues como puedes ver un poco mojada, pero bien, así que si no te importa tengo que entrar.

Le hago un gesto para que se aparte. Se hace a un lado sin dejar de mirarme, lo tengo a un palmo y me está poniendo un pelín nerviosa sin contar con que Golfo no para de olisquearlo. Parece que le ha gustado, perfecto ¡ya somos dos!

Bien, he metido la llave en la cerradura a la primera, la giro lentamente, notando que me tiemblan las manos. Sigo debatiendo en mi mente hasta que le pregunto:

—¿Quieres subir?

—Sí, por favor.

Su respuesta ha sido rápida, supongo que lo esperaba y es que debo ser muy previsible.

No le tendría que haber dicho nada, pero me sabía mal dejarlo aquí

plantado después de que ha venido a verme y en resumen que me alegro mucho de verlo.

Subimos en el ascensor rodeados de un silencio incómodo.

Al entrar en mi piso, lo noto fuera de lugar, pobre, no creo que haya visto un piso más pequeño en su vida. Lo hago pasar al comedor/salón.

—Siéntate en el sofá, si quieres, voy a cambiarme y vuelvo enseguida.

El sofá es una de las mejores adquisiciones de mi vida. Compré el mejor que había por mi tendencia a quedarme dormida viendo películas, y por la mañana mi espalda me lo agradece.

Me cambio todo lo rápida que puedo y me visto de chica Decathlon, con pantalones tipo yoga y camiseta ancha, dejando a la vista uno de mis hombros. Me seco el pelo con una toalla y me hago una coleta alta.

Cuando entro en el comedor, se levanta de golpe del sofá.

Le sonrío y le ofrezco algo de beber. Saco una botella de vino espumoso, un par de copas y me siento a su lado. Tras un primer trago que me sabe a gloria, lo miro directamente a la cara esperando una explicación por su comportamiento, y no tarda en llegar:

—Carla, siento que te fueras así, pero desde mi divorcio me he convertido en alguien bastante desconfiado y a veces inseguro. —Hace una pausa, baja la cabeza con la mirada al suelo, suspira y vuelve a mirarme. Mientras, mi corazón va a mil por hora—. Va a hacer casi un año y, aunque mis relaciones con mujeres han sido esporádicas, nunca han sido con la misma. Lo que tengo muy claro es que no voy a pasar otra vez por lo mismo. Fui totalmente sincero y fiel a Ingrid, estuve muy enamorado de ella y me traicionó. Después de esta experiencia, no voy a poder entablar una relación formal hasta dentro de mucho, suponiendo que quiera volver a confiar en alguien. —Sonríe y me mira de una forma dulce—. Tú eres una buena chica, una persona inteligente, divertida, con la que estoy a gusto. Pero, también trabajas para mí. —Hace una pausa y suspira, esto ya no me gusta—. Lo que pasó en la Toscana lo repetiría mil veces más, pero creo que no es buena idea que nuestra relación salga del tema laboral. No quisiera perderte como empleada y, además, tú y Sergio formáis muy buen equipo.

Tengo un nudo en la garganta y no puedo hablar, unos lagrimones se agolpan, intentando salir, sin embargo, mi orgullo no les deja traspasar más

allá de mi silencio.

Seguidamente se pone en pie, yo no me muevo. Me besa la frente y camina hacia la puerta, antes que abra me giro y le digo con la voz más firme y segura que he tenido en mi vida:

—Nos vemos el jueves.

Asiente y se marcha.

Justo en ese momento me desplomo sobre el sofá como una muñeca de trapo y lloro.

Lloro porque no soy correspondida, lloro porque he hecho el ridículo sentimental más grande de mi vida. Y lloro porque estoy completamente enamorada del hombre que me acaba de decir que no quiere nada conmigo.

Así que decido acabarme yo solita la botella de vino. Pienso y pienso llegando a la misma conclusión: tengo que buscarme otro trabajo.

Cuando noto que estoy más «contenta» de lo necesario me voy a dormir. Mañana será otro día...

10

El jueves a las siete de la mañana ya estoy en la puerta de la casita en los viñedos. Al contrario de lo que esperaba me he levantado bastante animada, así que me he puesto monísima de la muerte con un traje chaqueta negro que me he comprado. Es bastante ajustado, pero me queda muy bien junto con unos taconazos, una coleta alta bien peinada y ya estoy preparada para el día agobiante de reuniones.

Estoy descargando del coche la mochila de ropa, cuando veo acercarse a Wilson y Alexia.

—¡Hola, Carla, cuántos días sin verla! —Alexia se abalanza sobre mí y me abraza como si notara que necesito consuelo.

—Hola, Alexia. —Seguimos abrazadas unos segundos hasta que Wilson nos interrumpe.

—Si siguen así yo también voy a unirme —dice de broma.

—¿Cuándo os vais de vacaciones? —les pregunto.

—El sábado en la noche cogemos el avión destino Colombia —contesta Wilson haciendo con su mano como si fuera un avión despegando.

—¡Ostras! Pues si no nos vemos que lo paséis muy bien. —Les sonrío.

Justo antes de irse, Alexia me coge la cara entre sus manos y me dice bajito:

—No sufras, mami... Yo te he visto vestida de novia entre estos viñedos y así será.

Me quedo pasmada y a la vez perdida, no sé qué me quiere decir.

—Alexia, ¿por qué me dices eso? —Y mientras se lo pregunto, entiendo por dónde va—. ¿Eres una bruja? Esa forma de hablar... —Empiezo a reír, no la dejo que conteste—. Pues que sepa mi querida señora Alexia que aquí en España hace muuuchos años se quemaban a las brujas.

No dice nada, simplemente me guiña un ojo, sonrío y me besa la frente.

Seguidamente coge a su marido del brazo y se encaminan a empezar su jornada de trabajo, después de dejar mis cosas me voy directa al mío.

Llego pronto, pero tal como me dijo Arcadi (que, por cierto, ya ha dejado de ser mi buenorro para ser simplemente Arcadi), tengo que preparar la documentación para la reunión que tenemos en una hora.

Al llegar, subo directamente a la sala de juntas. Todo está oscuro y en silencio. Voy cargada con los *dossiers* e intento encender las luces con el codo.

—¡¡Cariiii!!

Plof, *dossiers* al suelo.

—¡¡Joder, Sergio, qué susto!! —Pero en vez de recogerlos nos abrazamos y nos damos ocho mil besos.

—Carla, ¡estás guapísima! Tan elegante y con ese peinado. Si pareces una diva. ¡Estás que rompes! —Baja el tono de voz—. Más de uno hoy te querrá follar encima de esa mesa... —Levanta las cejas señalando la mesa.

—¡Qué bruto eres! —Y entre risas lo miro de arriba abajo.

—¿Cómo estas, Sergio? Uy, pero si estás más delgado, a ver, camina que te vea.

Y él, haciendo honor a su estilo, me hace un desfile improvisado. Está guapísimo.

Hoy, como algo especial, lleva un traje de lino beige y cuando se quita la chaqueta veo una camiseta blanca que le queda bien apretadita, ¡pero con ese cuerpazo todo le queda bien al *jodio*!

Nos reímos mientras me dice:

—No hay mal que por bien no venga, gracias al innombrable he adelgazado cuatro kilos, ¿te lo puedes creer, cari?

—Ejem, ejem. Buenos días. —Arcadi hace acto de presencia.

—Buenos días —decimos Sergio y yo al unísono.

Rápidamente nos agachamos a por los *dossiers*, esparcidos por el suelo. Mientras, Arcadi se dirige a las ventanas y sube las persianas eléctricas.

La sala es rectangular, muy grande. Tiene una mesa ovalada donde hay unas catorce sillas, ojos de buey en el techo y bajo las ventanas, unos armarios del mismo color cerezo que la mesa.

Cuando estamos colocando los *dossiers* y preparando todo lo necesario, me

giro y veo a Arcadi apoyado en los armarios con los pies y los brazos cruzados. Me está mirando fijamente, está serio y parece enfadado, al ver que lo estoy mirando parece que su expresión se suaviza. Pero no me quita ojo. Y cómo no, Sergio está al tanto de todo.

Cuando terminamos de dejarlo todo preparado, Sergio y yo nos bajamos a tomar un café al comedor mientras esperamos a los asistentes a la reunión.

—Cari, ya sé quién sería el primero en follarte encima de la mesa.

—Joder, Sergio, con lo fino que eres a veces... —Pero no puedo perder la sonrisa—. A ver, ¿quién?

—Nuestro querido Arcadi Fortuny i Puig.

Mi cara debe delatarme. Sergio abre la boca y se la tapa con la mano en señal de sorpresa.

—¿Qué me escondes, mala pécora? ¡Carla Peralta! ¡Haz el favor de soltar por esa boquita!

—No es nada, tonto, pero cuando terminemos de este rollo de día te cuento.

Intento quitarle importancia, pero Sergio es muuuy listo.

Después del día interminable, y de despedir a nuestros clientes, hemos quedado todos en media hora, por lo visto nos quieren compensar por el día que hemos tenido y por los buenos resultados.

Aprovecho para darme una ducha rápida y ponerme un vestido sin mangas estampado de florecitas, unas sandalias sin tacón y me suelto y cepillo el pelo. Sergio me está esperando fuera. Mis vecinos han improvisado un campo de vóleibol y no les quita ojo. Está en la misma posición que lo dejé cuando entré.

—Cari, si llego a saber los vecinos que tienes me vengo a vivir aquí en clausura. ¡Pero has visto! El culo más fuerte y prieto de la humanidad está en poder de aquel chico de la camiseta amarilla...

—Se llama Sebastián y está soltero, pero creo que es hetero —le suelto sin piedad.

—Eso está por ver... —Y dibuja una sonrisa maliciosa en su rostro bromista.

Vamos de camino y Sergio, que ha esperado el momento, cosa que me extraña, por fin me pregunta:

—¿Se puede saber qué hay entre tú y el semental?

Empiezo a explicarle todo lo que nos ha pasado sin ahondar en temas sexuales, y que nuestro actual punto es cero, ya que me dejó bien clarito que esto no puede pasar entre nosotros.

Sergio pone unas caras que son dignas de admirar: de euforia, de tristeza, otra vez de euforia, y con esa expresividad tan suya está para comérselo. Y, aunque lo que le explico no es nada alegre, me tengo que reír.

Cogiéndome de las manos me hace detenerme.

—Mira, nenita, yo me creo que él te dijera eso, porque no voy a dudar de tus palabras. Pero, lo que yo he visto hoy en su cara era muy diferente. Cada vez que hablabas te miraba como si no hubiera otra persona en la sala, diría que hasta babeaba. —Me río—. Y cuando el tal Gary ese te hablaba o te tocaba la mano, echaba humo. Ja, ja, ja..., hoy he disfrutado bastante observando al jefe.

—¡Eres un bicho! ¿Lo sabes, verdad? —Y abrazados como cualquier pareja y sin parar de reírnos llegamos a nuestro destino.

Nos reunimos en un cenador que hay justo a la salida de una de las bodegas. Es de madera con una mesa central y todo alrededor son bancos también de madera. Desde fuera se ve cómo una enredadera cubre la mitad del cenador. Es muy bonito.

Cuando nos acercamos veo que va a ser un pequeño picoteo. La mesa tiene un mantel y encima diferentes bandejas con embutidos, pan de todo tipo, canapés surtidos... Seguro que todo esto lo ha organizado Alicia, la *assistant* de Arcadi. Aunque me parece una mujer muy prepotente hay que reconocer que en el trabajo es muy buena y todas estas cosas las borda.

De nuestro departamento vamos todos, Angels, nuestra compi, Sergio y yo. También están dos de nuestros comerciales, Jose Luis y Mateu.

Estos últimos no los conozco mucho, son de mediana edad y llevan toda su vida en la empresa. Han estado en la reunión y, aunque la batuta la llevaba Arcadi, ellos también han defendido muy bien sus puestos. Jose Luis es alto, muy corpulento y por el contrario Mateu es bajito, muy delgado y tirando a rubio. Estamos esperando al resto mientras Jose Luis y Mateu, como buenos

comerciales, nos entretienen con sus anécdotas.

Entra en escena Alicia acompañada de María Pujol que, por lo visto, aún no se había marchado y la han invitado a unirse a nosotros. Nos comentan que Arcadi está al llegar y lo esperamos sirviéndonos unas copas de coctel de cava.

Al poco llega Arcadi, acompañado de Gary y su hermano Frank. Me extraña que no se hayan ido como el resto de clientes.

Y entonces mi informador personal, o sea Sergio, empieza con su expediente:

—Gary y Frank Jackson, son hermanos y residentes en Birmingham. Gary es el mayor de cuatro hermanos, tiene treinta y cinco años y es el dueño de una cadena de restaurantes que rompen la pana en UK. Frank es el pequeño, tiene veintiséis años y es quien lleva todo el tema de *marketing* en la empresa de su hermano. Como comprobarás, y debido al éxito que tienen, Frankie es todo un genio. Y como diría mi abuela «es más maricón que un palomo cojo».

—¿En serio? ¿Cómo lo sabes? —le pregunto curiosa e inocente.

—Estas cosas se saben, cari, yo mejor que tú. Pero tú fíjate bien y verás.

Vale, me fijo, y empiezo por Gary. Es muy alto, rubio, rozando a pelirrojo. Típico guiri. Es majó, tiene un aire al actor que hace los últimos James Bond, Daniel Craig. Lo malo es que es un poco sobón. Hoy ha estado todo el día, a la menor oportunidad, acariciándome el brazo, cuando no, me cogía la mano. Y es que no lo soporto. Por vergüenza no le he dicho nada, pero como ahora se le ocurra acercarse le doy una colleja que se entera. A Frank se le ve más tímido, un poco más bajo que su hermano, delgado y, aunque no es más guapo que Gary, si tiene unas facciones bonitas. Y por supuesto, los dos tienen los ojos azules, de un tono azul eléctrico.

Según me contó Angels, Gary y Arcadi se conocen de hace años, por lo visto estudiaron juntos.

Entramos al cenador y tengo a Gary a mi lado. Disimuladamente y como puedo le cedo mi sitio a Alicia que parece estar encantada de conocerse y estar con Gary. Perfecto, solo hay dos sitios libres y al ser la única que está de pie canto como una almeja. Hay un sitio al lado de Arcadi y otro entre Frank y Sergio. Me dirijo a sentarme al lado de Sergio y el muy cabroncete,

viendo lo que voy a hacer se hecha literalmente encima de Frank, así que no tengo más remedio que sentarme junto a Arcadi.

—Por tu cara, diría que no te apetecía mucho sentarte a mi lado —dice mi exbuenorro, en un tono bajito mirándome a un palmo de mi cara.

—¿Tanto se ha notado? —le respondo toda borde.

Se gira y coge una de las copas que está llenando José Luis. Se levanta y se dirige a todos haciendo un improvisado y corto discurso. Nos agradece el día tan bueno y duro a la vez que hemos pasado, y el interés que hemos puesto en que todo saliera bien. Por lo visto ha sido un día muy fructífero.

Tras este breve discurso empezamos a comer y a charlar desenfadadamente. Sobre todo Sergio, que está tirándole la caña a Frank.

Se respira cordialidad. En estos momentos me gusta observar a la gente y el comportamiento humano. Gary coge la mano de Alicia y la besa, Alicia está en su salsa siendo el centro de atención de este hombre. María, José Luis y Mateu hablan de hijos y lo difícil que es educarlos sin tener un manual. Sergio no para de hablar y gesticular exageradamente con Frank, pero increíblemente ¡puedo verle los dientes! ¡Frank está sonriendo! Si es que este Sergio es único. No entiendo cómo el gusano del Albert pudo utilizarlo de esa forma.

Y por último solo está Arcadi, que me está mirando a mí.

—Estás muy observadora, ¿no? —me dice sonriendo.

—Y tú eres un lince, ¿eh? —le contesto un poco vacilona y me doy cuenta de que no me pega, que quizás simplemente con ser correcta es suficiente. Tampoco tiene él la culpa de no querer lo mismo que yo. El amor no se impone.

Así que en un intento de alejamiento me desplazo dos palmos hacia Sergio en el banco. Acto seguido noto una mano que me rodea hasta llegar a la cadera y me vuelve a arrastrar a él. Lo miro con los ojos como platos y Arcadi se limita a sonreír.

—¿Estás bebido? —le pregunto seria.

—Pues no, señorita Peralta. Para notar algo, aún me faltaría una botella más. Estoy acostumbrado y el cava en especial no me hace el efecto que te está haciendo a ti.

Sigue sonriendo. Como siga mirándome así le voy a estampar la botella que le falta en la cabeza.

Me acerco a su cara y le suelto casi susurrando:

—Mire, señor Fortuny, primero, a mí el cava no me está haciendo ningún efecto —mentira, pero tengo que disimular—. Segundo, por lo que me hizo saber el otro día en mi casa, usted no quiere nada conmigo. Así que deje de sonreírme como un tonto y compórtese como mi jefe que es. La próxima vez que vuelva a tocarme le...

De golpe me acerca más a él, estoy casi rozando su nariz.

—¿Sabes que ahora mismo te besaría delante de todos y no me importaría nada?

Lo dice mirándome a los ojos y yo, que gracias al cava estoy relajada, le contesto:

—Pero no lo harás, porque no me quieres hacer daño. Porque no estás enamorado de mí y, además, trabajo para ti. ¿Te lo he resumido bien? —Le sonrío sarcásticamente.

Parece que no le ha sentado muy bien, aprieta la mandíbula, se gira y vuelve a beber de su copa. A este tío no hay quien lo entienda. Por suerte nadie se ha dado cuenta, o eso creo.

Seguimos charlando y bebiendo. María decide irse porque ya está cansada. Gary está un pelín bebido y Alicia se ofrece a llevarlo a su hotel, tras lo cual Sergio y yo nos miramos y nos echamos a reír. Pero como todos estamos contentos no se nota mucho. Frank y Sergio deciden irse a dar un paseo, así que quedamos José Luis, Mateu, Arcadi y yo.

Como me estoy aburriendo como una ostra porque han empezado a hablar de estadísticas y ventas, me levanto decidida a irme. Tal y como me levanto la mano de Arcadi me coge del brazo y me hace volver a sentarme, todo esto sin mirarme y sin parar de hablar con los comerciales. Mientras decido si cabrearme o no por este gesto mi mente me dice: «¡Menos mal que me ha vuelto a sentar!», creo que he bebido más de la cuenta y hasta que no me he puesto de pie no lo he notado.

—Yo te acompaño —dice serio. ¡Joder, qué mandón! Aunque ahora mismo se lo agradezco.

Supongo que eso da pie a José Luis y Mateu para dar por terminada la velada. Cuando se marchan, Arcadi me ofrece su mano para levantarme.

—¿Te importa si me agarro mejor a tu brazo? —le pregunto pesarosa.

Se ríe y, acercándose a mí, alarga su brazo y me dice:

—Todo tuyo.

Su tono, su mirada y el cava hacen que lo quiera «hasta el infinito y más allá». Le dedico la mejor de mis sonrisas.

—Gracias.

Caminamos despacio y solo nos ilumina la luna. Vamos por el mismo camino que hago unas diez veces a la semana y aun así, Arcadi me ha cogido por la cintura porque después de dos tropezones ya no se fía.

A mitad de camino me paro en seco. Me giro hacia él, dejando mis manos en su cintura, él hace lo mismo y las pone en mis caderas. Nos miramos y le digo:

—Necesito decirte algo, porque si no lo hago me explotará la cabeza de tanto darle vueltas.

—Vale, soy todo oídos. —Y me mira con esa sonrisa que me pierde, la que le sale el hoyuelo.

—Pero no sonrías de esa forma porque entonces me desconcentras.

—¿Mejor así? —Se intenta poner serio.

Asiento con una sonrisa, bajo la cabeza para tomar aire y le vuelvo a mirar a los ojos.

—Solo quiero decirte que me gustas mucho, y que lo que pasó en Italia fue muy importante para mí. Pienso, y no me equivoco, que el hecho de que creas que no es buena idea que estemos juntos es porque no te gusto lo suficiente como para iniciar algo más. —Hace ademán de hablar, pero le pongo un dedo en los labios—. No te preocupes, lo entiendo, las cosas no son siempre como uno quiere o desea que sean. Lo acepto. Lo único que quiero es, que a partir de ahora y hasta que me vaya, sea Sergio quien viaje contigo y quien asista a reuniones.

—¿Cómo hasta que te vayas?! —Su expresión ha cambiado a feroz. Ahora mis manos han subido hasta su pecho.

—Escúchame, es lógico que me vaya, ¿no crees? No quiere decir que me vaya a ir mañana, pero a la larga es lo mejor.

—Mira, Carla, este domingo voy a la Patagonia de vacaciones. Es algo que tenía planeado con mi hermano desde el año pasado. Van a ser dos semanas. Cuando vuelva hablamos otra vez de este tema.

—Si quieres lo hablamos, pero yo ya lo he decidido. Además, lo tienes difícil contra una leo. —Sonrío.

—Bueno, eso ya lo veremos. —Y tal como me tiene abrazada se agacha hasta tocar mis labios con los suyos. Nos besamos muy despacio, y yo, por supuesto, no me aparto y lo saboreo como si fuera el último. Acaricio con mi lengua sus labios hasta que me invade con la suya. Seguimos unos segundos más y cuando nuestras respiraciones empiezan a acelerarse decido apartarme.

—Mejor acompáñame y ya está. —Él asiente con cara apesadumbrada. Le cojo del brazo y continuamos andando.

11

Primera semana de agosto.

Este fin de semana he aprovechado para ir a por Golfo y me lo he traído a los viñedos.

Me he quedado un poquito triste con la marcha de casi todos. Al final, los trabajadores que lo necesitaban han podido juntar todas las vacaciones del año, y como han hecho Alexia y Wilson han partido para su país todo el mes.

Mi exbuenorro se fue el pasado domingo y hoy es jueves, así que llevo sin verlo cinco agonizantes días. Es por eso por lo que me tengo que ir de aquí.

Los días en el trabajo pasan rápidos, parte gracias a Sergio, que es una máquina de hacer reír, y parte también a la cantidad de trabajo que tenemos que hacer frente los dos solos.

Le expliqué a Sergio mi conversación con Arcadi y sigue diciendo que mi jefe está colado por mí y lo que le pasa es que es un cobarde.

Estoy fumando un cigarro con Sergio en la terraza de nuestra planta cuando suena mi móvil. Es Silvia:

—Hola, futura señora —le digo contenta de oírla.

—Hola, Carla, ¿cómo estás? —me contesta tremendamente feliz.

—Bien, aquí en un descansito. ¿Y tú, qué tal?

—Muy bien, te llamo porque necesito que me confirmes que el próximo quince de este mes puedes estar en mi pueblo..., eres mi testigo de boda junto con Ruth y Rosa...

—¿Yaaa? ¿Pero eso no se planifica con un año de antelación y todo eso?

—Pues sí, pero Raúl dice que ya ha pasado demasiado tiempo sin nosotras y aprovechando que tiene vacaciones quiere hacerlo ahora y a mí me da igual.

—Mmmm..., por mi genial, como es festivo, además, la siguiente semana tengo vacaciones.

—Oye, dile a tu buenorro que te acompañe, ¿no?

—¡Uf! Mi exbuenorro está a unos tres mil kilómetros de aquí y no creo que

lo deje todo para venir conmigo a una boda. Además, yo con él no tengo nada, así que mejor voy sola. Se lo diría a Charlie Hunnam, pero tiene novia y no podrá venir.

—¡Qué más quisiera ese venir a mi boda y nada menos que con Carla Peralta!

Nos reímos y quedo con ella para mañana por la tarde ir a probarme el vestido. Vamos las tres de diferente color, pero con el mismo vestido. No quiero ni pensar lo que ha preparado esta pequeña.

Sergio se va la próxima semana de vacaciones, así que el viernes lo pasamos repasando lo que tenemos que hacer y por la tarde cojo a Golfo y nos vamos de fin de semana a nuestra casa.

Después de un fin de semana con mis brujas, de risas y sobre todo de nervios por parte de Silvia, llega de nuevo la semana donde voy a estar más sola que nunca.

Sergio está en Inglaterra, viaje de última hora. Sonrío de pensar lo contento que estará.

Mi exbuenorro solo se ha puesto en contacto conmigo vía e-mail y por trabajo, como debe ser.

Así que después de mi jornada aburrida de lunes me voy con Golfo a dar un paseo.

Son las nueve de la noche, pero hace tanto calor que pasear antes es imposible.

Hoy cambio la ruta. Tras tomar la entrada a los viñedos hay tres salidas. Una que llega directamente a las oficinas, otra a la izquierda que bordea los pequeños edificios y llega a las viviendas y una última a la derecha que supongo también bordeará los viñedos, pero por la parte alta. Así que decido ir por este último.

Las vistas son espectaculares. El sol se quiere poner tras un manto naranja, y el contraste con el verde de los viñedos hace que me sienta una privilegiada por estar justo aquí en este momento. Saco mi móvil y hago unas cuantas fotos.

Seguimos caminando y como ya llevamos bastante rato decido que ya es hora de dar la vuelta, pero como es normal, Golfo no piensa igual. Lo sigo y

por más que lo llamo ni caso. Voy por un camino amplio, y al girar, veo a la derecha dos casas.

Golfo está apoyado en la verja de la primera casa, muy nervioso pero contento. No gruñe y va de un lado a otro de la verja como buscando una entrada. Cuando me acerco veo a Doby. ¡Qué sorpresa!, y además él me conoce. Lo acaricio a través de la verja mientras Golfo no para de querer llegar hasta él.

—Hola, Doby, guapísimo, ¿qué tal? —le pregunto mientras le acaricio esa cabezota y él me lame. Le hablo en mi idioma y él me contesta en el suyo, su expresión me dice que está contento de vernos. Miro hacia la casa y me suena muchísimo. Es la casa de Arcadi, en la que paramos una vez cuando vinimos de Italia, y que justo me dio un beso en el coche antes de entrar en ella y... ¡Vale, Carla!, no pienses, es mejor así.

En lo que no me fijé fue en la otra casa. Supongo que como estaba medio dormida no me di cuenta. Es parecida a la de Arcadi, aunque esta tiene un aire más minimalista.

—¡Disculpe!

Qué susto me acaban de dar, me giro y veo a una señora mayor, de unos setenta años. No sé qué me da más miedo, si su cara de mala leche o su línea pintada sobre los ojos, unos ojos que me son muy familiares. Lleva el pelo color caoba, demasiado brillante y demasiado cardado para mi gusto. Su ropa por el contrario es muy elegante.

—¡Señorita! ¿Sabe usted que esto es una propiedad privada y no puede estar aquí? —me suelta medio gritando y de malas maneras.

—Perdone, es que trabajo en los viñedos —le respondo para tranquilizarla—. Salí a dar un paseo con mi perro y la verdad, no me he fijado si había algún cartel. —La cara de la señora cambia de mala leche a desconfianza—. De todas formas conozco a Doby... —Me giro sonriendo y vuelvo a acariciar al animal.

—Esta es la casa de mi hijo, así que le agradecería que mientras él no esté, deje en paz al animal y ¡salga ahora mismo de esta propiedad!

Me deja de piedra la señora, así que giro sobre mí misma con Golfo en brazos y me voy por donde he venido. Por supuesto, no voy a despedirme de doña sofocos.

Mientras vuelvo, voy pensando que nunca me han echado de ningún sitio, y esta señora tan desagradable me ha hecho sentir muy mal. Puede ser la madre de mi exbuenorro, pero eso no le da derecho a tratarme así.

Entonces, empiezan a caer lágrimas por mi cara, por todo en general. Porque estoy sola, lejos de mi casa, sin Sergio, mi compañero de confianzas, sin Alexia, que siempre es una alegría hablar con ella y con Wilson. Y tampoco está el más importante, el que hace que sienta un pellizco en el estómago cada vez que aparece.

¡Y encima tengo todo el reglazo! ¿Me puede pasar algo peor?

Bueno sí, que me caiga un rayo ahora mismo, que me ataque un jabalí de estos que hay por aquí, pensando que soy la que le robó la cena..., en fin, ¿¡para qué me pregunto a mí misma!?

Durante la semana más de lo mismo hasta que llega el jueves y después de comer parto hacia casa. Mañana se casa Silvia y estoy un pelín nerviosa, no quiero ni pensar en cómo estará ella.

Dejo a Golfo con mis papis y me dirijo a la Masía donde se celebrará la boda. Mis padres vendrán, pero será mañana. Las tres brujas tenemos pagado todo el fin de semana desde hoy hasta el domingo por gentileza de los novios.

Perfecto, he tardado tres horas en llegar. Entre curvas, ladear montañas y miradores que me he parado, se ha hecho de noche. Pero por lo que ven mis ojos ha valido la pena el largo viaje.

Parece un pequeño castillo medieval. Los coches los dejamos fuera bajo una arboleda perfectamente calculada.

Las murallas no son muy altas, pero sí se ven gruesas. En mitad justo está la puerta de entrada y la muralla se encuentra franqueada por dos torres.

Al pasar con mi maleta por el suelo adoquinado y mirar la muralla que dejo atrás da la sensación de estar en otro tiempo. Me paro y giro sobre mí misma, absorbiendo las imágenes para guardarlas en mi memoria.

Es un castillo como diría mi padre, recogidito. Sin llegar a ser inmenso puede ofrecer a la vista una grata percepción de lo fue en la Edad Media, aunque supongo que también los restauradores tienen mucho que ver aquí. Y entonces es cuando me monto mi película y empiezo a imaginarme a las personas que vivirían en aquellos años, las batallas que habrían librado, el lujo de algunos, la pobreza de muchos...

—Disculpe, señorita, ¿es usted Carla Peralta? —Me giro y veo a un chico alto, moreno, de no más de veinte años y una cara angelical.

—Sí, soy yo —le contesto toda sonriente.

—La están esperando en la cafetería.

—Vale, gracias. ¿Y por dónde queda?

Entro por una de las calles que me ha indicado el chico y al girar las veo a través de las cristalerías de la cafetería. Acelero el paso, ellas no me han visto y al entrar y decir «Hola», es una explosión de gritos y abrazos. Menos mal que solo están los camareros y, aunque nos sonríen, deben pensar que estamos un poco locas.

Estamos las cuatro, Raúl y un chico que no conozco.

—Vamos, Carla, te estamos esperando para cenar —dice Ruth entre saltitos.

Mientras nos acercamos a la mesa me dice:

—Carla, antes de empezar quiero presentarte a Okabe. —Y dirigiéndose al chico japonés en un excelente inglés, me presenta—: Okabe, esta es mi amiga Carla.

Nos damos la mano y tras su inclinación de cabeza nos sentamos todos en una mesa redonda que nos tienen preparada en un rincón del local.

Mientras cenamos, Ruth nos explica que conoció a Okabe en unos días libres que se tomó después de un trabajo de diez días en su país. Es bastante guapo, lleva el pelo por los hombros, delgadito, y es de la misma estatura que Ruth. El pobre no tiene ni idea de español, solo habla inglés que es como se entiende con Ruth y con nosotros. Por suerte, todos en la mesa hablamos o entendemos inglés.

—Rosa, y tus peques, ¿no los has traído? —le pregunto.

—No, están con su padre. Este fin de semana le tocaban a él, y como está la boda..., mejor para mí. Hay veces que necesito desconectar y este momento es perfecto. —Me guiña un ojo como diciendo que va a disfrutar su fin de semana. Miro a Silvia que está entre los brazos de Raúl y como buena amiga sabe lo que le voy a preguntar:

—Sara está arriba en una habitación con mi madre, aunque le hemos insistido que no nos importaba tener a la niña con nosotros, dice que así se

acostumbra para la luna de miel.

Se miran y se besan todo enamorados, y cuando me fijo, estamos las tres mirándolos con cara de bobas y de «qué bonito es el amor».

—Carla, me he tomado la libertad de dejarte el vestido de mañana en tu habitación, toma la llave —me dice Silvia. Por supuesto, la llave es una pasada. Rollo antigua y medida extragrande.

Seguimos charlando hasta que Raúl dice que se lleva a su amada a dormir porque mañana será un día muy duro. Nos despedimos como si no nos fuéramos a ver en dos años. A veces las mujeres somos un poco exageradas, y digo mujeres, porque no me imagino a Raúl y Okabe dándose esos abrazos y deseándose pasar una buena noche. Me río.

Después de unas copas y reírnos un poquito con Okabe, y a veces de él, decidimos irnos a dormir.

Cuando llego a mi habitación me sorprende. Primero porque es inmensa y segundo porque es una cama de matrimonio, no individual como esperaba. Vuelvo a mirar el número de llave con la puerta intentando confirmarlo y está correcto.

Veo colgado sobre la puerta del armario una funda que supongo será mi vestido de mañana, así que doy por hecho que sí es mi habitación.

Es muy bonita, la pared está pintada en un gris clarito y el techo con bóveda en color blanco. La cómoda también blanca a juego con el cabezal y las mesitas de la cama. De los pies de la cama sale una alfombra de por lo menos tres metros que llega hasta la pared donde descansa una pequeña mesa. En una de las paredes hay un espejo alto donde me veo de cuerpo entero.

Dejo las cosas de la maleta en su sitio y me paro a mirar el vestido de mañana. Es precioso. Es de tirantes con brillantes a juego con las tiras de las sandalias de tacón. Cae hasta debajo justo de la rodilla y, aunque no es pegado, su caída hace que parezca que tenga un cuerpazo. Las cuatro vamos iguales, pero de diferente color. Y me refiero a las cuatro porque la entrada a la ceremonia la haremos la pequeña Sara y yo, seguidas por Ruth y Rosa y después Silvia con su madre. Será solo de mujeres, Silvia lo ha querido así. Su padre murió cuando ella era pequeña y su madre ha sido una auténtica leona cuidando siempre de ellos dos, así que quiere que sea su madre la que

la lleve al altar. Por cierto, según me ha contado Silvia, su hermano, mi ex, lleva bastante tiempo saliendo con una azafata y mañana estarán los dos, pasarán la boda y se irán por la noche.

Tras dejarlo todo preparado me acuesto y pienso en Arcadi. Desde que se fue, siento ese vacío que te da el enamoramiento, cuando necesitas ver a esa persona y piensas que hace años que no la ves y en realidad fue hace solo dos semanas. Necesito verlo y aun así me conformaría solo con un mensaje, una llamada, pero nada, parece que a él no le pasa lo mismo que a mí. Es lo malo de estar enamorada. Espero que se me pase pronto, pero sé que la única manera de solucionarlo será cuando me aleje de él. Así no puedo seguir.

Duermo como una marmota hasta que suena el despertador a las diez. No me fio de mí misma, soy capaz de dormir hasta por la tarde si no me despiertan.

Desayunamos todas juntas y quedamos las tres en mi habitación para vestirnos y acabar de arreglarnos.

Se puede decir que estamos espectaculares. Rosa lleva el vestido de color celeste claro, el de Ruth es esmeralda, el mío color *champagne* y el de la pequeña princesa es rosa, todos son tonos pastel.

Ruth me ha recogido el pelo hacia un lado y me ha puesto un pequeño tocado en forma de hoja que las tres llevamos igual ¡cómo no!

Ya estamos en nuestros puestos esperando que suene la música para hacer la entrada. Silvia está guapísima con un vestido color marfil, el escote tipo bañera y un fajín de tul con pedrería a juego con nuestros tirantes.

La ceremonia es en uno de los jardines del castillo. Los invitados están a ambos lados de un pasillo central que llega a una pequeña tarima cubierta por una carpa blanca.

Será una misa por expreso deseo del tío de Silvia. Es el cura. Dijo que no permitiría que se casaran solamente por el juzgado porque esa niña necesitaba unos padres bien casados. Aunque es un cura de lo más progre en cosas cotidianas, cuando le tocamos el tema del casamiento de su sobrina las cosas cambian. Es todo un personaje el tío de Silvia, es un poco mayor que nosotras, y por lo visto siempre tuvo muy claro su devoción hacia Dios. Es el hermano pequeño de Dora, la madre de Silvia.

Hablando de Roma..., lo veo desde mi posición hablando con Raúl. Ay,

Raúl, está más blanco que Edward esperando a Bella en su boda, y ya es decir.

¡Ups! ¡La música! Dios, todas las miradas se giran hacia donde estamos nosotras, menos mal que voy de la manita de Sara y nadie se va a fijar en mí.

Vamos caminando despacio al ritmo de Sara y todo son sonrisas. Hasta que a mitad de camino, la niña dice que ya tiene bastante, se para y levanta los bracitos hacia mí para que la coja. Yo rápida, para no parar la marcha, me la pongo en un costado y seguimos caminando despacio, Sara se encarga de no dejar a nadie sin saludo. Es para comérsela. Llegamos al final del pasillo y giramos a la izquierda.

Espero a que Dora se vaya a su sitio para que coja a Sara y mientras veo que Ricardo me saluda y me mira de una forma que no me gusta. Parece que me esté devorando.

Le doy a Sara a su abuela mientras veo al lado de Ricardo una rubia despampanante que no había visto nunca. Supongo que será su novia. ¿Qué les pasa a los hombres con las rubias? La verdad es que no me afecta mucho verlo con otra. En el momento que me traicionó me convencí de que no era el hombre que esperaba, así que me alegro por él y lo siento por ella.

Me siguen Ruth y Rosa y nos dirigimos a la tarima junto a los novios.

La misa es muy amena. Ya se encarga mossèn David que todas las anécdotas de su sobrina salgan a la luz, siempre divertidas y desde el cariño.

Nos habla de la importancia del amor en nuestras vidas, y como si no pensara lo suficiente en Arcadi me llega a la mente en décimas de segundo.

Terminada la ceremonia nos sirven un tentempié en una parte de este mismo jardín. Hay una pareja de fotógrafos camuflados entre nosotros y no paran de hacer fotos a todos los invitados; a gente comiendo, a quien posa, al que no quiere salir...

Hay algunos olivos y una encina, yo me he agenciado a uno y no me nuevo. Así puedo observar a la gente.

Con curiosidad me doy cuenta de que la mayoría, en este día, se comportan como si hubieran sacado un trocito de felicidad que tenían escondida. Todo son risas y deseos de felicidad entre familiares. Mis padres también están contentos, siempre han querido a Silvia como a una hija.

Los que han venido de Valencia no los conozco, pero tengo que decir que son muy simpáticos. Hasta el padre de Raúl, que pensábamos que no vendría, se está comportando civilizadamente en su papel de padre del novio.

Silvia está guapísima y radiante, la pequeña Sara ha parecido entender que hoy la mami no puede estar con ella tanto como quisiera y no para de pedirle a su abuela que le de ñam ñam.

De pronto veo a Rosa y Ruth que vienen hacia mí como dos locas angustiadas.

—Estamos en la mesa dos —dice Ruth, quitándose el mechón de pelo de la cara.

—Vale, ¿qué os pasa? Parece que acabéis de ver un fantasma. —Me río.

Ellas se miran y se ríen a la vez.

—Pues fantasma espero que no lo sea... —dice Rosa por lo bajini. ¡Zasca!, codazo de Ruth.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —les pregunto.

—Nada, nada —dice Ruth, pero noto que está incómoda. Y creo que ya sé por qué.

—No os preocupéis, si es por Ricardo y su novia ya sé que están en nuestra mesa. Me lo dijo Silvia y la verdad es que me da igual.

—Pues nada, si a ti te da igual, a nosotras nos da el doble de igual —dice Ruth como si le hubiera quitado un peso de encima.

Se miran entre ellas y me da la sensación de que hay algo más, pero no les hago mucho caso, este coctel está buenísimo, así brindamos por los novios tres o cuatro veces.

Pasado un rato nos indican que tenemos que entrar en uno de los salones para celebrar el banquete.

El salón no es muy grande porque somos pocos comensales. Está ambientado en la época medieval, parece que vaya a aparecer Lancelot de un momento a otro. Es chulísimo.

Las lámparas caen un metro del techo, son redondas de hierro y hay una iluminando cada mesa.

Debe haber unas ocho mesas más la nupcial, las sillas son de madera y el

respaldo termina en pico, detrás de cada silla hay un escudo dibujado que deben ser los mismos que decoran las paredes. Todas las mesas tienen rosas y pétalos de diferentes colores esparcidos por el mantel.

Vamos hacia nuestra mesa Okabe y las tres mosqueteras. Al llegar y justo cuando hacen acto de presencia Ricardo y su novia, suena la música que nos avisa que llegan los novios.

Entran cogidos de la mano al ritmo de «Vivir mi vida», de Marc Anthony y todos aplaudimos como descosidos.

Cuando nos sentamos, empiezan las temidas presentaciones. No porque me moleste, sino porque realmente me da igual. Puedo vivir perfectamente sin hablar con él y sin que me presente a su novia.

Reconozco que Ricardo es un tío guapo. Es alto, castaño y, aunque tiene entradas, es muy agraciado. Cuando lo dejamos fue por su infidelidad, aunque tengo que decir que a aquellas alturas ya no me atraía lo más mínimo. Fue un alivio enterarme por Silvia que su hermano me la estaba pegando con otra. Eso sí, le monté un pollo del quince por no ser sincero y luego en silencio conmigo misma se lo agradecí.

—Carla, te presento a Sonia. —Se gira y le dice a su novia—: Estas son Rosa, Ruth y lo siento, pero a él no lo conozco.

—Es Okabe, mi novio —dice una Ruth orgullosa y le planta un besazo al japonés en todos los morros.

Rosa y yo nos miramos como pensando que nuestra amiga se ha enamorado y ¡ya era hora!, desde que la conozco no la he escuchado nunca decir algo bueno de ningún hombre. Todos han sido rollos de pocos días, o incluso de una noche.

Todas saludamos educadamente a Sonia y ella a la vez nos mira con superioridad, cosa que también me da igual porque no voy a ser amiga de esta estúpida, y es que este adjetivo la define tan bien que así se va a quedar.

Una vez sentados en la mesa a mi lado queda Ricardo con su estúpida, al lado de esta Okabe, Ruth, Rosa, una silla vacía y yo. Miro a ver si hay una tarjeta, pero no la veo. Le digo a Rosa que se venga a mi lado y mira a Ruth y dicen las dos que no con la cabeza.

Me acerco tanto a Rosa que prácticamente estoy tumbada en la silla vacía. Les digo por lo bajito acercándome a ellas:

—Pero por qué no, cabronas, no me dejéis al lado del petardo este todo el convite.

Noto cómo me cogen de la mano y tiran de mí. Es Ricardo. Le sonrío con cara de agradecimiento y me da dos golpecitos en la mano. ¡Uf! Cómo odio esos toquecitos de sobrado como diciendo «compórtate como es debido». Aparto la mano de golpe y miro con cara de asesina a Ruth y Rosa. Ellas a su vez miran con cara de tontas no sé qué detrás de mí.

De pronto, mi cuerpo empieza a tener una sensación extraña. Noto el calor de una mano en mi brazo, ese olor que inunda mi espacio y me hace sentir...

—Está usted preciosa, señorita Peralta. —Esa voz es un regalo para mis oídos. Al girarme para mirarlo me quedo a escasos centímetros de su boca y de mi cuerpo brota una sensación de felicidad imposible de describir.

—Hola. —Ese escueto saludo unido a mi cara de sorpresa es lo único que me sale.

—Hola. —Me sonrío, me da un fugaz beso en la boca y se sienta a mi lado.

Estoy totalmente descolocada. Le miro con los ojos como platos pidiéndole una explicación de por qué está aquí y él pone su mano sobre la mía y la aprieta. Su mirada me dice que espere.

Se limita a decir:

—Carla, ¿no me vas a presentar a tus amigos?

—Eso eso, presenta, Carla —suelta Rosa que aún no ha cerrado la boca desde que ha llegado.

Yo ya les dije que mi buenorro, pasado a ser exbuenorro y que posiblemente sea otra vez mi buenorro, estaba tremendo. La que tampoco le quita la vista de encima es la estúpida, que babea bastante.

—Vale, empiezo por Rosa, una de mis mejores amigas. —Rosa se levanta corriendo para plantarle dos besazos.

—Ruth, mi otra gran amiga con su novio Okabe, Sonia y su novio Ricardo, que es hermano de Silvia, la novia tan bonita que ves allí. —Señalo hacia la única mesa rectangular que hay en la sala.

Silvia me mira con el pulgar hacia arriba en señal de victoria hasta que me doy cuenta de que no me mira a mí, mira a Arcadi.

¿Habrá sido ella quien le ha dicho a Arcadi dónde estaba? Y aun así, ¿qué pinta él aquí? Es que nada tiene sentido.

La única conclusión que saco es que si está aquí, es porque algo le importo.

Tras las presentaciones empiezan a servir el menú de forma pausada. Las conversaciones son amenas exceptuando alguna puya que otra, por parte de Ricardo a Arcadi.

Después de terminar con un pastel buenísimo, nos indican que salgamos fuera.

Ya ha anochecido y en el mismo jardín de esta mañana han preparado una pista de baile junto a una orquesta. Hay una barra en un lateral donde seguiremos bebiendo y también varias mesas redondas altas con taburetes en el otro lateral.

Arcadi no me suelta la mano. Está guapísimo, lleva un traje oscuro casi negro, camisa blanca y chaleco color crema. Lo que más me ha impactado es que lleva la corbata del mismo color que mi vestido. Color *champagne*. Seguro que Silvia tiene algo que ver en esto.

Los novios abren el baile y no con el típico vals, lo hacen con «No me doy por vencido», de Luis Fonsi, supongo que para ellos esta canción significará algo importante, para mí es una de las canciones más bonitas que he escuchado, y en los brazos de Arcadi parece la canción perfecta.

Bailamos muy juntos, pero mirándonos a los ojos como si no hubiera nadie más y, aunque soy consciente que tenemos que hablar, me estaría así toda la noche.

Terminada la segunda canción y como si me hubiera leído el pensamiento, Arcadi se acerca a mi oído y dice:

—Vamos a una de las terrazas que hay al otro lado, necesito hablar contigo.

—Vale.

Y justo al girarnos aparecen mis papis mirándonos con sendas sonrisas en la cara.

—Vaya —digo bajito.

—Perdona, ¿has dicho algo? —pregunta Arcadi cogiéndome de la cintura.

Freno en seco delante de mis padres. Me giro hacia Arcadi.

—Arcadi, te presento a mis padres. Padres os presento a Arcadi. —Y me quedo tan ancha.

—Vamos, nena, lo puedes hacer mejor —suelta mi madre.

—Arcadi, este es Juan, mi padre. Y esta señora tan guapa es Eulalia, mi madre.

—Un placer conocerlos.

Estoy segura de que mi madre no nos ha quitado ojo en toda la tarde y esa sonrisa que lleva es de verdad. Eso quiere decir que le gusta Arcadi. Uf, qué miedo. Mi padre está un pelín más serio, o por lo menos lo parece, supongo que está marcando territorio de padre. Arcadi, por el contrario, parece como pez en el agua, les saluda afectuosamente y eso hace que mi madre sonría aún más.

Les comento que salimos un momento y mientras vamos hacia la salida, por el rabillo del ojo veo a Rosa hablando con Ricardo mientras su novia, de espaldas a ellos, bebe con cara de aburrida.

Una vez fuera, nos sentamos en una terraza que hay con mesas y sillas de mimbre. Son bajitas y por mi dolor de pies parece que me invitan a descalzarme. El suelo es césped, así que el placer es indescriptible.

Arcadi se sienta frente a mí y me coge las manos. Me mira a los ojos y empieza a hablarme:

—Espero que estés preparada para todo lo que te voy a decir.

—Pues no lo sé. Tú dirás. —Y en ese momento empiezo a tener miedo.

—Verás, yo siempre he sido un buen niño, un chico responsable y un hombre correcto. Siempre he hecho lo que se esperaba de mí. Me licencié con matrícula, me casé con la persona que esperaban y llevo adelante una empresa que es el futuro de mi familia. A mis padres, mi divorcio no les hizo ninguna gracia, pero han aprendido a aceptarlo. Ahora estoy de nuevo enamorado y por mucho que me he dicho a mí mismo que no puede ser, por lo visto mi corazón y mi mente van por libre.

Me tenso sin querer y él lo nota. Tengo mis sentimientos al borde de un precipicio, y no quiero que caigan al vacío, él continúa:

—Me gustas tanto que estos días han sido un auténtico calvario. —Respiro

hondo, acaba de salvarlos—. El primer día que llegamos a Argentina le comenté a mi hermano mis sentimientos, siempre ha habido mucha confianza entre nosotros y decidí que solo estaría con él los tres primeros días. El problema es que se cayó y se partió el brazo y hasta ayer no le dieron el alta. Como comprenderás, no podía dejarlo allí solo por más que él me pidiera a gritos con su mal humor que viniera a buscarte. El, que es el amo en deportes de riesgo, se tropezó en unas escaleras y apoyó mal el brazo al caer.

Y mientras habla me doy cuenta de que mi madre y la bruja de Silvia tenían razón. Lo miro y me parece totalmente irreal que me esté hablando de la forma que lo está haciendo.

Y solo en momentos así es cuando una mujer aprovecha la situación.

—Si eso es así, si tanto te gusto, ¿por qué viniste a mi casa y me soltaste aquel discurso? No. Mejor aún, ¿dime por qué te enfadaste cuando volvimos de Italia?

Su cara se transforma y me suelta las manos. Su semblante es serio, creo que se va a levantar y se va a ir. Pero lo que hace es llamar la atención del camarero y pide dos copas de cava.

—Creo que va a durar más de lo que pensaba —dice con cara de resignación. Cuando se va el camarero empieza a explicarme:

—Al poco de casarme con Ingrid tuve que ir a Estados Unidos por un tema de trabajo. Ella no quiso venir porque dijo que era un viaje muy largo para tan pocos días y que prefería irse a Milán con unas amigas los días que yo estuviera fuera. Cuando volví no noté nada raro en ella. Pasados unos días me llamó Josseppe, me dijo que venía a Barcelona y se pasaría a verme. Entonces mi relación con Josseppe no era como ahora, éramos amigos pero no socios. Quedé con él en ir a buscarlo a Barcelona y traerlo a casa. Por el camino me explicó que había conocido a una chica y que estaba locamente enamorado. Le había pedido que se casara con él, pero ella no le había respondido, es más, había desaparecido de la faz de la tierra. La dirección que le dio de su trabajo era mentira, su domicilio no existía, en fin, la chica, una joyita.

Bebe de su copa y yo también. Vaya historia de telenovela.

—Justo cuando llegamos a mi casa, Ingrid llegaba de montar a caballo, hace años en la finca teníamos caballos. No se me olvidará jamás la cara que

puso. De golpe empezó a gritar y a llamar a Josseppe acosador y cosas peores. Fue hacia él para pegarle, yo la detuve y cuando la pude tranquilizar le pedí que me dijera por qué había tenido esa reacción al ver a Josseppe. El pobre de mi amigo se había quedado bloqueado. Te resumo; Josseppe estuvo con Ingrid en Milán sin saber que era mi mujer. Él no la conocía. Y ella solo podía salir de aquel lío mintiendo y acusando a Josseppe de acoso.

—¡Qué fuerte, Arcadi! Pero si fue al poco de casarte, ¿quiere decir que la creíste a ella? —le pregunto.

—Mi primera reacción fue pegarle un puñetazo al pobre de Josseppe. Después en calma analicé despacio todo lo que me había contado Josseppe de ella, sin saber que era mi mujer. Luego hablé con Ingrid y, aunque es muy lista y quiso liarme, tuvo que decirme la verdad. Estuvimos unos meses separados, ella no dejaba de pedirme perdón de mil maneras distintas, entre eso y mis padres o más bien mi madre pinchando por otro lado por «el qué dirán», al final accedí y seguimos con nuestro matrimonio.

A todo esto yo con la boca abierta.

—Después Josseppe y yo unimos empresas e intereses, él se casó tres veces y perdonó a Ingrid de una forma admirable.

—¡Madre mía! ¡Y encima le sale bien a la tía! ¡Se trisca a los dos y se queda como si nada! —Ups, me tapo la boca, pero ya es tarde—. Perdón, pensaba en voz alta.

—Ja, ja, ja... —Arcadi se empieza a reír de una forma que no lo había visto nunca, es hasta contagiosa y, por supuesto, yo también me río.

—Ven aquí. —Coge mi silla y la arrastra hasta estar frente a él. Nos besamos suavemente, tras unos cuantos besos introduce su lengua en mi boca y seguimos con este baile sensual que tenemos que dejar en breve. Primero porque estamos es una terraza rodeados de gente y, aunque eso no es importante del todo, lo que sí lo es, es la boda en la que se supone que estamos.

—Por eso, cuando me dijiste que te había pedido matrimonio empecé a revivir toda la historia y me sentí mal, tuve la misma sensación que cuando me enteré que ella había estado con él.

—Pero yo no soy ella —digo seria.

—Por supuesto que no. —Me sonrío y me devuelve detrás de la oreja un

mechón de pelo que se me ha soltado. Vuelve a besarme.

—Vale, ahora volviendo a lo de antes..., has dicho que te gusto. —Él asiente con esa sonrisa suya haciendo juego con su hoyuelo—. Eso quiere decir que...

—Quiere decir, que si quieres podemos intentarlo. Porque yo no pienso estar otra semana más pensando en ti y no poder verte. —Nos damos besos cortos—. Supongo que eso es que te atreves, ¿no?

—Por supuesto.

Y dicho esto nos besamos y saboreamos sin cansarnos.

—Arcadi.

—Mmmm...

—Vamos al baile porque mis amigas se preguntarán dónde estamos.

—Vale, vamos.

Nos vamos cogidos de la mano y al llegar al baile vemos a la gente alrededor de los árboles. Nos acercamos a Rosa y Ruth y vemos que cogen fotografías colgadas de las ramas.

Rosa se acerca y dice:

—¡Mira, Carla, qué original! Nos han estado haciendo fotos todo el día y las están colgando en las ramas de los árboles.

La verdad es que es muy chulo, nunca lo había visto. Están cogidas por pequeñas pinzas de colores. Nos estaban fotografiando para hacer este escenario tan curioso. Voy mirando hasta que veo una de mí cuando pasaba con Sara en brazos por el pasillo. Otra cuando brindamos las tres en el tentempié: estamos guapísimas. También bailando con Arcadi, y tengo que decir que hacemos muy buena pareja.

—¡Joder! Vaya dos buenorros, ¿eh, Carli? —dice Rosa, que no tiene pelos en la lengua, pero ni para bien ni para mal.

Me pongo roja y sonrío. Estoy como en una nube, ahora mismo me siento feliz.

—Esta es perfecta —dice Arcadi, y se acerca con una fotografía que me hicieron mientras estaba apoyada en el olivo mirando a mi alrededor, viendo cómo los demás disfrutaban de la fiesta.

—Observadora observada. —Me río. Él me rodea la cintura y me besa en el cuello.

Al girarme veo que Ricardo no nos quita la vista de encima.

Hay fotos de todos los invitados porque no paran de mirar y reírse, supongo que por la sorpresa de no esperar que les hicieran fotos en diferentes situaciones.

Arcadi se aparta del grupo y se dirige a mis padres. Habla con ellos cinco minutos y vuelve con nosotros.

—¿Se puede saber qué hacías hablando con mis padres sin mí? ¿O es que no te ha gustado mi presentación? —le pregunto cogiéndole la mano.

—Les estaba pidiendo permiso para llevarte esta semana de viaje —me dice tan tranquilo.

—¿A mí? —le pregunto casi gritando y abriendo los ojos como platos.

—Sí, ¿a ti? —dice imitándome—. Es mi regalo de cumpleaños y como esta semana ya estás de vacaciones quiero que me digas un sitio donde te gustaría ir. La única condición es que tiene que ser salida el martes porque el lunes tengo que estar todo el día en la oficina.

Increíble, me lo quedo mirando a los ojos y pienso en lo maravilloso que debe ser tenerlo las veinticuatro horas para mí sola... mmm..., me gusta esta idea.

—¿Y cómo sabes que es mi cumpleaños?

—Lo pone en tu currículum y lo tengo grabado a fuego.

Empiezo a reírme mientras lo abrazo para posteriormente darnos un beso. Puro y casto beso, porque con mis padres allí y sin parar de mirarnos no me parece muy ético enroscarme a él y meterle la lengua hasta la campanilla.

Las cuatro brujas no paramos de bailar, y es que hoy es un día feliz para nosotras. Aunque pasadas dos horas de baile sin descanso estamos para el arrastre, la que peor está o mejor según se mire, es Rosa que ha pillado un pedal considerable y no para de abrazar a todo el mundo. Entre risas Ruth se encarga de irse con ella y acostarla.

Nos vamos dando las buenas noches, ya que la mayoría nos quedamos a dormir en el castillo. Nos veremos los más íntimos al día siguiente, menos los novios que saldrán de madrugada hacia no se sabe qué destino. Raúl ha

querido darle una sorpresa, pero no a mí. Me preguntó qué podría hacerle más ilusión y le dije que le encantaría ir a Noruega a ver los Fiordos, posiblemente mejor que cualquier isla paradisíaca. Hace unos tres años estuvimos ahorrando las dos para irnos allí, pero al final no juntamos nada más que para unos días en la Costa Brava. Dijimos que seguiríamos en nuestro empeño de visitar la parte más vikinga de Noruega.

Doy por hecho que esta habitación era por algo y ahora que acabo de entrar con Arcadi me doy cuenta de que todo estaba orquestado por Silvia, la muy lagarta ha estado hablando con Arcadi a mis espaldas.

Pero ahora no puedo pensar mucho más, Arcadi me aprisiona contra la pared y empezamos una lucha de deseo imposible de parar.

Nos besamos desesperadamente, introduzco mi lengua en su boca y él lo hace también. Mientras me va subiendo el vestido yo le rodeo el cuello con mis brazos y él aparta mis braguitas hacia un lado. Sus yemas tocan mi parte sensible y su dulce movimiento hace que me corra en décimas de segundo, ¡qué necesitada estaba de él! Le muerdo en el cuello dejando besos hasta llegar a su boca. Me quedo lánguida por el momento y él me susurra:

—Dos semanas sin verte. —Vuelve a besarme con lengua incluida.

Le desabrocho el cinturón y le bajo los pantalones para dejar en libertad su abultado y aprisionado pene. Lo saco y le toco, acariciando el glande mientras él suspira y echa la cabeza hacia atrás. Lo miro y sonrío, ahora su mirada es felina, me levanta una pierna y empieza a introducir su miembro viril en mi vagina, me cojo a sus hombros y rodeo mis piernas en su cintura. Se introduce con fuerza en mí y me siento invadida por esa sensación que te da estar completa. Sus empujes son fuertes y mis gemidos brutales. Me aprieta las nalgas y mi espalda pegada a la pared junto con mi cuerpo se mueve desesperadamente. Siento un placer inmenso y me voy yendo por momentos.

—Carla, esto llega a su fin —dice entre gemidos y con la respiración entrecortada.

Yo no puedo pensar y tras un par de empujes más se corre dentro de mí. Nos besamos dulcemente, yo me recreo en sus ojos y él en mí. Estamos unos minutos así hasta que me deja en el suelo y me baja el vestido.

—¿Te has dado cuenta de que no hemos usado protección? —me pregunta

como si no se hubiera percatado. Está guapísimo, con el pelo revuelto y los labios hinchados por mis besos y mis mordidas.

—No te preocupes, acabo de tener la regla, teóricamente no tiene que pasar nada. ¿Nos duchamos?

Le guiño un ojo, quitándole importancia. Pero mi estómago se contrae al pensar qué pasaría si sucediera algo... Creo que se lo he dicho con mi cara.

—No te preocupes, por mí no te quedarás embarazada. —Su gesto se vuelve serio.

—¿Por qué? —pregunto curiosa—. ¿Te has hecho la vasectomía? ¿Tan joven? ¿Ya lo tenías tan claro? —Soy como una metralleta.

—Noooo. —Me abraza por la cintura—. Mis espermias por lo visto no tienen interés en llegar a la meta.

Me quedo seria.

—¿Te supone algún problema? —Su mirada ahora es penetrante.

—A mí ninguno —le digo, y le beso dulcemente.

Noto que me quiere decir algo, pero se limita a darme un azote en el trasero y me dice:

—Vamos a ducharnos, mi preciosa Carla. —Sonríe de esa forma que me hace estremecer.

Nuestra ducha es de lo más erótica si no contamos todo mi maquillaje esparcido por mi cara. Nos enjabonamos y nos tocamos explorando cada uno el cuerpo del otro hasta que mi buenorro está listo para otro asalto.

Después de toda la noche sin parar de querernos, practicar sexo y posturas que no sabía que existían, eso sí todas las veces con protección, por si sale por ahí el espermatozoide rebelde, nos quedamos dormidos al amanecer.

12

Pican a la puerta, me cuesta abrir los ojos, parece que hace cinco minutos que me he dormido.

—Carla, cariño. Soy mamá. —Vuelve a picar—. Os esperamos para comer que nos vamos a ir después.

Abro los ojos de golpe.

—Sí, mamá, bajamos en diez minutos —le digo a grito *pelao* como si estuviéramos en casa.

Escucho cómo se aleja y me giro. Arcadi sigue durmiendo, suspira y se da la vuelta.

Tengo ante mí la espalda más perfecta que he visto, ancha y marcando músculos que lo hacen desprender masculinidad por todos los costados. Me acerco y empiezo a besarle desde la nuca hasta los hombros.

De golpe se gira y grito. Me rodea con sus brazos y me empieza a besar el cuello, va bajando hasta llegar a mis senos.

—Yo estaría así todo el día, pero mis padres nos esperan para comer. — Noto que me empiezo a deshacer.

—Pero si es muy pronto, ¿no? —protesta.

—Pues supongo que no. —Miro el móvil y veo que son las dos de la tarde.

Rápidos como el rayo nos duchamos, vestimos y vamos directamente a la parte del castillo donde está el comedor.

Una vez llegamos, nos sentamos con mis padres que están muy contentos, por lo visto. Lo digo por la cara con que nos miran, y eso me hace ponerme un pelín colorada.

Como es *self-service* nos levantamos continuamente, pero cuando estoy llegando a la parte de los postres oigo una voz algo desagradable a mi espalda:

—¡Vaya, Carla, por fin te veo! —Es Ricardo—. Parece que esta noche ha sido movidita, ¿no? —dice con chulería.

—No te entiendo —digo mientras voy cogiendo un trozo de tarta sin

hacerle mucho caso.

—Pues te lo explico —dice poniéndose delante de mí, tapándome el paso—. Nuestra habitación estaba al lado de la vuestra y parece que ya no eres la mojigata que me tiraba.

Me empieza a subir una mala leche por el cuerpo...

—¿Qué pasa, que no te gustaba lo que tenías en la cama y estabas más atento a lo que hacían los demás?

Me coge del brazo con fuerza y, aunque intento soltarme no puedo, me está haciendo daño.

—Pues sí, me hubiera gustado tener mi polla dentro de ti en vez del guaperas ese —me sisea al oído.

De pronto siento que me tambaleo y que Ricardo cae al suelo. Es Arcadi, como salido de la nada le ha dado un empujón y ha caído de culo, luego lo levanta como si fuera una pluma y, acercándose a su cara, le dice en un tono nada amigable:

—¡Como la vuelvas a tocar te arranco la cabeza!

Ricardo está blanco como la pared y asiente a la amenaza de Arcadi. Sonia lo coge del brazo y salen los dos del comedor. Todo aquel que estaba mirando poco a poco vuelve a la normalidad.

—¿Te ha hecho daño? —pregunta Arcadi acariciándome el brazo.

—Un poco la verdad, pero creo que él se ha hecho más.

Me abraza y me besa en la mejilla, cosa que agradezco porque estoy temblando del momento tan desagradable que hemos vivido. No me suelta hasta que nota que se me pasa.

Nunca imaginé que Ricardo fuera capaz de esto, nunca hubo ningún rastro de agresividad en él. Cuando lo dejamos estuvo más de dos meses enviándome flores y pidiéndome perdón para que volviésemos. Pero yo no podía, cuando dejas de confiar en tu pareja eso cuesta superar. Y ahora estando con Arcadi creo que nunca estuve enamorada de él. No me hace sentir lo mismo que Arcadi, que solo con su mirada me deshago.

Cuando terminamos de comer con mis papis nos despedimos y noto cómo agradecen a Arcadi en silencio que me haya protegido de semejante imbécil.

Mi madre empieza a besuquearle y a decirle que nos esperan para una celebración rociera que se hace todos los años a primeros de octubre. Aunque es catalana siempre le ha gustado rodearse de la familia andaluza de mi padre y pasar un día alegre y divertido. No tiene precio haberla visto de Pubilla en su pueblo y después pegarse sus bailoteos vestida de faralaes. Así he salido yo...

Emprendemos viaje a los viñedos y es gracioso ver conducir a Arcadi mi coche. Acostumbrado a sus coches de lujo se ha adaptado perfectamente a mi antigualla, donde las marchas van un poco duras y sobre todo que no hay música clásica, qué descanso. Así que me decido primero por Anastacia y después un poquito de El Barrio para que tenga variedad.

De pronto baja la música y me pregunta:

—¿Ya has pensado dónde quieres que vayamos de vacaciones?

—Pues la verdad es que me da igual, me hubiera gustado ir a las Maldivas —digo en broma—, pero con tan pocos días me conformo a algún sitio cercano, con playa.

—Vale, pues entonces ya sé dónde iremos.

—¿Dónde?

—Sorpresa.

Y no insisto, prefiero sorprenderme.

Llegamos bien entrada la noche y me lleva directamente a su casa. No me deja irme a la mía porque dice que le tengo que compensar los días que ha estado sin mí. ¡Ni que yo tuviera la culpa! Pero me convence rápidamente y esa noche, aunque es pleno agosto, dormimos pegados como dos lapas.

Llegado el martes por la noche ya estamos en Menorca.

Es donde vamos a pasar estos días de vacaciones, y por mí, perfecto. Hace algunos años que vinimos las brujas a pasar unos días, pero nada que ver donde nos alojamos, a la casa que tengo ante mí.

Es blanca y, aunque tiene un aire minimalista, se ve acogedora. Lo que más me llama la atención al entrar es que todo es blanco. La cocina, el salón, desde el sofá hasta la mesa incluyendo las sillas. Arcadi abre los ventanales que dan a una parte de césped donde veo una piscina y alrededor el suelo es mármol blanco. Es precioso. En el fondo de la piscina iluminada puedo leer

«Villa Blanca».

—¿Qué tal? ¿Te gusta? —me pregunta cogiéndome de la cintura.

—Me encanta —le respondo abrazándolo del cuello—. Nunca me hubiera imaginado que esta casa se llamara así —digo con ironía.

Nos besamos y mi vientre empieza a notar esa sensación de placer que siente cada vez que Arcadi está cerca, tan cerca como ahora.

Me empieza a morder el labio y baja sus manos a mi culo.

—Señorita Peralta.

—Sí, señor Fortuny —le digo mirándolo a los ojos, totalmente enamorada.

—¿Se ha bañado alguna vez a la luz de la luna?

Y dicho esto me coge con un brazo de la cintura y caemos al agua. Joder, qué fría está. Cuando logro sacar la cabeza y respiro miro a los lados, pero no hay ni rastro de Arcadi. En segundos sé dónde está. Me está bajando el tanga con tanta lentitud, acariciando todas las partes posibles de hacerlo hasta llegar a mis pies, que creo que se va a ahogar. Solo con eso ya estoy totalmente preparada para él. Saca la cabeza a la superficie y con rapidez y desesperación me besa. Nos acercamos al borde de la piscina y mi pequeño vestido de tirantes desaparece en dos segundos. Se desviste con mi ayuda, cosa que aprovecho para cerciorarme que él también está preparado para mí. Apoyo la espalda en la pared y él coloca sus manos en el borde de forma que me tiene aprisionada. Nos besamos y nuestras lenguas no paran de moverse hasta que mi buenorro baja su cabeza hasta mis senos. Me mira y sonrío. Saca la lengua y empieza a rodear mis pezones, mi respiración empieza a ser cada vez más rápida, él succiona y baja una de sus manos a mi clítoris. Creo que ahora mismo no podría sentir más placer.

—Como pares te mato —le digo casi llegando a un pletórico orgasmo. Él sonrío con cara de travieso. ¡Y para! ¡No me lo puedo creer!

—Me gusta ver tu cara de desconcierto —dice lamiéndome el labio.

Le saco la lengua en señal de burla, pero él pone su mano en mi espalda, me sube a la superficie quedando flotando boca arriba sobre el agua y termina lo que empezó, pero con la boca. Yo me agarro como puedo al borde porque él solo me aguanta de las caderas. Cuando llego a un hiperorgasmo y se cansa de lamerme, vuelve a meterme en el agua. Nos besamos y rápidamente le

rodeo la cintura. Se introduce en mí, y la sensación de estar completa es sensacional. Nos miramos sin perder la conexión visual en ningún momento. Su mirada azul cristalina se clava en mí de una forma que no quiero olvidar nunca.

—Eres preciosa —me dice mientras esos pequeños orgasmos me llevan a uno colosal. Siguiendo con sus movimientos, noto que va a ser el último de Arcadi. Se corre y su gemido de placer inunda mi boca.

—Tú tampoco estás nada mal —le digo lamiéndole el cuello.

Me tiembla todo el cuerpo y, aunque estamos muy bien, Arcadi me arrastra hasta salir del agua.

Nos duchamos y cuando estamos en la cocina, donde se supone que tendríamos que preparar algo de cenar, veo que no hay nada de comer en la nevera. Solo pienso que tengo mucha hambre, así que miro a Arcadi con cara de pena, él me besa la nariz y continúa sacando la bebida. Ha ignorado mi súplica silenciosa y yo cuando tengo hambre rozó la agresividad, es broma, pero mis amigas en estos momentos me llaman el monstruo de Carlaness.

De pronto pican al timbre y mi buenorro me sonrío.

—He pedido una *pizza*. —Se encoje los hombros—. No tenía ganas de cocinar y sé que contigo acierto seguro. —Sonrío y me besa.

Ahora mismo solo pienso que lo quiero con locura y mi estómago aún más.

Por la mañana me despierto y estoy sola en la cama. Miro el móvil y veo que son las once. ¡Perfecto! Esto es estar de vacaciones. Me quedo mirando el techo y pienso en lo bien que me siento. Estar enamorada y ser correspondida es una de las mejores cosas que te pueden pasar en la vida.

Me ducho y me planto un vestido cortito. Cuando ya estoy medio aceptable bajo las escaleras en busca de Arcadi.

Lo escucho hablar por teléfono y está muy cabreado. Con quien esté hablando más le vale hacerle caso.

Salgo a la terraza y me siento en uno de los sofás que hay a esperar que termine su conversación.

Mientras me acomodo veo que Arcadi cuelga y me mira. Su expresión cambia por completo y eso me gusta.

—Veo que ya te has despertado, dormilona.

Sonrí con cara de boba y se acerca hasta mí y me besa.

—Nos vamos a desayunar.

—Perfecto porque cuando tengo hambre me transformo y no conozco.

Mientras me ofrece su mano para levantarme me dice:

—Después de desayunar haremos un poquito de turismo y por la noche haré la cena para mi querida... —Hace una pausa y, mirándome con cara dulce, suelta—: marmota.

Me da la risa, y río hasta que paro para decirle:

—Que sepas que no es la primera vez que me lo llaman.

—Pero seguro que no de una forma tan romántica.

Me sonrío y no le puedo contestar porque estoy enganchada a su cuello, besuqueándolo como una loca enamorada. Por supuesto, él coopera bastante.

—Mmmm..., qué bien hueles, preciosa. ¿Nos vamos? O si prefieres nos quedamos aquí.

Y me sonrío de esa forma que solo sabe hacer él.

—Vamos, no quiero estropear los planes.

Después de desayunar nos dirigimos a la Cova d'en Xoroi. Es una cueva situada en un acantilado donde podemos disfrutar de unas vistas espectaculares. Yo no paro de hacerme *selfies* con mi buenorro mientras él me cuenta la leyenda de esta preciosa cueva.

Al salir recorreremos el casco antiguo y mi vista disfruta de las casas de estilo inglés colonial, eso lo sé por mi guía personalizado que no para de informarme.

Seguidamente cambiamos de manera radical de estilo y veo un montón de tiendas de marca que me recuerdan cuando Arcadi me llevó a comprar aquel vestido en Barcelona. En esta calle paramos frente a una joyería. Arcadi coge mi mano y entramos.

Dentro hay un señor de unos sesenta años y una chica muy sonriente y veo por sus expresiones que conocen a Arcadi.

—Josep, ¿tienes lo que te encargué?

—Por supuesto, Arcadi.

La chica desaparece dentro mientras el señor nos da conversación. En unos minutos aparece de nuevo y le entrega un estuche alargado a Arcadi. Este lo abre, sonrío y me mira como un niño que ha hecho una travesura.

—Tu mano. —Me exige.

Yo, como una autómatas, le acerco mi mano y sobre mi muñeca coloca un pulsera de oro blanco, en el centro de esta se encuentra una pequeña rosa. Mis ojos se abren desmesuradamente y murmuro:

—Es preciosa, Arcadi..., pero...

—Es mi regalo para pedirte perdón. He sido un tonto al no querer darme cuenta y resistirme a la preciosa mujer que tengo a mi lado. Y lo digo en todos los sentidos.

Uf, lo que me ha dicho, esto ha sido muy romántico.

Aunque hablamos susurrando estoy segura de que nos están escuchando, así que todo lo bajito que puedo, le digo:

—Pero... pero ¿y si mañana ya no me quieres?, ejem, bueno, quiero decir, ¿y si no quieres estar conmigo?

—Eso es imposible.

Y dicho esto me da un dulce beso en los labios. Me mira rogándome que la acepte. Yo asiento con la cabeza y su sonrisa es tal que me gustaría inmortalizarla, igual que este momento.

Una vez asimilado el regalo, decidimos pararnos a comer en la plaza d'és Príncipe, donde, por supuesto, devoro una gran parrillada de pescado.

Cuando terminamos de comer, Arcadi me dice que me quiere enseñar algo. Madre mía, qué día lleva, aunque la verdad es que desde que llegamos aquí no para de sorprenderme.

Bajamos por unas escaleritas que dan al puerto y uno tras otro vamos admirando ese sinfín de embarcaciones de todos los tamaños. A mí en especial no me dicen mucho, no es algo que me atraiga, pero no puedo dejar de admirar que el puerto es asombroso.

Tras varios minutos andando, Arcadi se para frente a un yate, es bastante grande y me recuerda a una telenovela llamada *La mentira*, donde la protagonista huye del gran amor de su vida en uno parecido a este.

—¿Te gusta? —me pregunta.

Y yo lo miro como si me hubiera preguntado la fórmula secreta de la Coca-cola.

Me muerdo el labio, insegura, y le contesto:

—¿Si...?

—Eso no es una respuesta.

—Vale, es muy bonito. Grande, blanco y lo más importante es que flota.

Se ríe.

—Este yate se lo regalé a Ingrid cuando nos casamos.

En ese momento se me eriza el vello y me empieza a entrar muy mala leche. Lo miro y cuando intenta hablar lo corto:

—Gracias por esa información, no sé si hubiera sobrevivido si no me cuentas esto.

Mi cara se lo dice todo.

—Perdona, Carla. Comentario desafortunado.

—Correcto.

Seguimos caminando en silencio. Pienso en que su mundo es muy diferente al mío, yo jamás me hubiera imaginado un yate como regalo de boda. Me vengo abajo pensando que quizás sea poco para él en ese sentido y lo nuestro tarde o temprano no funcione, pero es que... ahora mismo el único sitio donde quiero estar es con él.

De golpe me coge de la cintura y me levanta hasta ponerme a su altura. Yo rodeo con mis brazos su cuello y él va besando el mío.

—Perdona, solo tendría que haberte dicho el final.

—¿Y cuál es el final? —pregunto como buena cotilla.

—Que es mío.

Me callo y no digo nada. Me gusta que me bese y no quiero que pare.

Mientras volvemos en coche, me acuerdo de esta mañana y le pregunto por la llamada que lo tenía alterado.

—¿Por qué estabas tan enfadado esta mañana?

Se ha puesto tenso, parece que esté evaluando si contármelo o no. Pasados unos segundos y cuando pienso que no me va a contestar, me dice:

—Es una mujer.

—¿Quién es una mujer?

—La que ha hecho el verdadero espionaje de las fórmulas y se las ha entregado a mi primo.

—¿Y ya sabes quién es?

—Sí.

Su gesto se vuelve serio, pero muy serio.

—¿Y ella sabe que tú lo sabes?

—No.

Y con ese «no», su cara pasa a dar miedo. No quiero preguntarle más. Si él quiere ya me lo dirá. Pongo mi mano en su pierna y al mirarnos noto que le transmito tranquilidad. Él la coge y me la besa.

Durante los días siguientes solo estamos él y yo y alguna llamada de teléfono (es lo que tiene ser el presi), puedo decir que es una auténtica luna de miel. Hacer el amor y bañarnos en una cala preciosa son nuestras aficiones preferidas, en ese orden.

En estos días también me he dado cuenta de que le cuesta confiar en la gente, y más concretamente en mí. Ya no tiene esos cambios de humor conmigo, lo noto en calma, pero supongo que el hecho de haber pasado ese mal trago con su ex le pasa factura.

Me gustaría saber si me considera su pareja, su novia o solo una amiga como definió a la rubia del aeropuerto, pero una parte de mí tiene miedo a preguntarlo, así que disfruto de él estos días maravillosos sin pensar en nada más.

13

Y como todo lo bueno se acaba llega el momento de volver a la realidad. ¡Y qué realidad!

No me deja volver a mi casa. Se ha empeñado en que me quede en la suya, cosa que me niego en rotundo. Así que después de pasar la noche del domingo con él me dirijo a mi casita para dejar todos los bártulos del viaje. Una vez preparada me dirijo a mi trabajo.

Tengo unas ganas enormes de ver a Sergio. Y cómo no, él no me defrauda, me está esperando en la puerta con dos cafés en las manos.

—¡¡Cariiii!!

Su cara de alegría y desenfado me hacen quererlo tanto que ahora forma parte de mi vida y no sé qué haría sin él.

—¡¡Holaaa!!

Y con eso nos fundimos en un abrazo. Tenemos tantas cosas que contarnos que rápidamente nos soltamos y cuando me da el café y nos disponemos a bajar las escaleras aparece la persona que hace que se me desboque el corazón.

Me mira serio y cuando llega a mi altura dice sin esa sonrisa que me gusta tanto:

—Buenos días.

—Buenos días —respondemos Sergio y yo a la vez.

Mira a Sergio y después me planta un beso en los labios que no me espero y se va hacia la entrada como si nada.

Yo me quedo parada, no me esperaba que tuviera ese arranque de afecto en la empresa. Una cosa es nuestra intimidad y otra allí, en la entrada principal. Miro a mi alrededor y por suerte no había mucha gente entrando, aunque supongo que la suficiente para que al día siguiente sea el tema principal de las conversaciones.

Sergio me mira y el muy capullín se empieza a reír.

—Vaya, vaya, señora Fortuny. Le presento mis respetos.

Me hace una reverencia tipo Edad Media y me da la mano alzada hasta que llegamos al final de los escalones.

—Eres *muuu* tonto, lo sabes, ¿verdad? —le digo riéndome de su papel de paje.

—Sí y tú una víbora. Ya me estás explicando qué has hecho con el señor feudal.

—No, cariño, primero me explicas tú cómo te fue el viaje a Inglaterra. Esto va por orden.

Cuando llegamos a los bancos de madera empieza con su historia:

—Ay, cari, qué te voy a contar, pues todo maravilloso. Frankie es todo amor. Estuvimos recorriendo Londres durante el día y follando como conejos por las noches. Fue muy romántico. —Y da un suspiro mirando al infinito.

—Vamos que estás hasta las trancas.

—Y más allá, cari, y más allá. Es detallista, cariñoso y, aunque no lo parezca, el tío es un cachondo. Lo he pasado taaan bien...

—Y ahora, ¿qué? ¿Habéis quedado en veros?

—Por supuesto, este finde le toca venir a él.

—Como me alegro, Sergio. —Y me pongo tonta, lo abrazo. Después de ver lo mal que lo pasó ahora estoy muy feliz por él.

—Tontuela, ¿y tú, qué?, cuéntame.

Le explico todos los detalles de la boda de Silvia y muy por encima nuestro viaje a Menorca.

A media mañana Arcadi llama a Sergio y le dice que suba a su despacho. Noto cómo al pobre de mi amigo se le va descomponiendo la cara y, aunque yo no tengo ni idea por lo que lo llama, le subo un poquito el ánimo diciéndole que no será nada importante.

A la media hora de subir Sergio, por *e-mail*, nos informan que tenemos una reunión todos los trabajadores con carácter de urgencia en el comedor.

Todos nos dirigimos hacia allí y Sergio aún no ha venido, me estremezco, no sé qué es todo este secretismo. Nada más entrar al comedor veo a Sergio y me tranquilizo. Su rostro no desprende nerviosismo y sí algo que contar. Ya lo conozco más que la madre que lo parió.

Al sentarnos, Sergio aprieta mi mano.

—¿Qué pasa, Sergio? Cuéntame —le digo muy bajito.

—Sssshhhhh, ahora lo explicará tu maridín.

Me da por reír y todo el mundo se gira para mirarme incluido Arcadi que acaba de entrar. Su mirada no me ha gustado un pelo, era como amenazante y a la vez de mala leche. Se me ha ido la risa de golpe, si estuviéramos solos le mostraría a la cara mi dedo corazón, pero como no es así, pido perdón con las manos y en segundos empieza la reunión.

Arcadi nos informa, antes de que corra el rumor, del espionaje que ha habido en la empresa. Se ha podido localizar al responsable y, tras asumir su culpabilidad, se le ha despedido. Todos nos miramos intentando adivinar entre los asistentes quién falta y quién ha podido ser, pero es complicado, ya que hay comerciales que viajan o empleados que aún están de vacaciones. Tras dar por concluida la reunión todos volvemos a nuestro puesto de trabajo.

—¿Ya puedes hablar o te ha vetado el macho alfa? —le pregunto a Sergio.

Con cara de intriga me dice el muy puñetero:

—El señor Fortuny me ha informado que la persona que ha llevado a cabo toda la trama ha sido su querido primo Albert, ayudado muy de cerca por nuestra compañera...

Pone cara de interesante.

—Joder, Sergio, ¿me lo vas a decir o te salto a la yugular?

—Cari, cuando te pones cotilla hay que ver qué genio más cochino te sale. Es nuestra compañera Sofía, de laboratorio, una tiparraca bastante prepotente.

¡Menuda sorpresa!

—La conozco. Cuando pasó aquel desastre yo llegaba de Italia con Arcadi y ella estaba allí.

—Pues esa. Tu chorbo me ha dicho que yo solo fui un entretenimiento para distraernos y la que realmente se llevó cosas importantes fue ella. ¡Es que no me han dejado ni ser el protagonista!

Su cara es puro drama.

—¡Qué fuerte! ¿Y no la han denunciado?

—Por lo visto, el Sr. Fortuny dice que no quiere escándalos. Que suficiente

castigo será ser despedida y tener una mancha así en su carrera no la beneficiará en el futuro. ¿Pero sabes lo que yo pienso?

—Qué, don pensante.

—Pues que tu *love* no quiere escándalos porque es su primo y sería la comidilla de empresarios y demás. Y por otro lado, creo que a la espía le da igual su futuro porque se cree que estando con el innombrable ya tiene la vida solucionada. Y lo que ella no sabe es que a ese le gusta más la carne que el pescado, te lo digo yo.

Y pasado este ratito continuamos con nuestros quehaceres que no son pocos.

Después de todo el día sin noticias de mi buenorro me decido a llamarlo y no me contesta. Paseo hasta mi casa y cuando estoy llegando veo a Wilson y Alexia que acaban de llegar de vacaciones. Voy hacia ellos como una loca.

—Hola, colombianos, ¡al final habéis vuelto! —les digo loca de contenta.

Nos abrazamos como si hiciera años que no nos hemos visto.

—Pensaba que una vez allí no volvería a veros.

—Ay, mami, usted no sabe qué trabajito nos costó volver. Dejando a mis hijos allá, cada vez es más difícil.

—¿Cómo están tus muchachos?

—Bien, muy sanos que es lo importante. Jairo ya terminó la universidad y Nelson la empieza ahora. Todo muy bien, así que no me puedo quejar. Pero cada año se me hace más difícil volver. —Se miran con complicidad—. Wilson y yo decidimos que este será el último, mi Carla, el próximo año nos vamos ya para siempre, o eso esperamos.

Mi cara se entristece y de golpe una pena me atraviesa.

—Ay, mami, no ponga esa cara. Usted sabe que vinimos solo para poder dar una educación a nuestros hijos y que no sintieran falta de nada...

—Ya lo sé, Alexia. —Mi cara intenta ponerse normal de nuevo, y es que me da mucha pena no volver a verlos.

—Mira el lado bueno, en Colombia ya tienes casa para cuando quieras ir.

La miro agradecida y la abrazo.

—Y ahora, mi hija, cuénteme. ¿Cómo le fue? ¿Está usted bien?

Nos separamos y le sonrío.

—Sí, Alexia, muy bien.

—Ay, si está radiante, mírese. —Y bajito, mientras Wilson se va para seguir entrando maletas, me pregunta—: ¿Qué tal todo por aquí?

Le empiezo a contar lo que Arcadi ha explicado en la reunión y charlamos durante un rato hasta que veo a Wilson con cara de cansancio y damos por concluida la conversación.

Una vez dentro de mi casita vuelvo a llamar a Arcadi y sigue sin contestar, supongo que tendrá mucho trabajo después de la semana de vacaciones y ahora le pasará factura.

Así que decido ponerme cómoda, pongo la radio en el LCD y está sonando Adele con la canción «Rolling in the Deep», ya me vale, esta chica es única y la canción muy bonita.

Empiezo por una gran ensalada bien completa. Los ingredientes que nunca pueden faltar son: lechuga, palitos de cangrejo, maíz, nueces, queso de cabra..., y aderezado con vinagre de Módena que le da un sabor buenísimo, mmm..., se me hace la boca agua. Justo cuando lo voy a probar pican a la puerta, a esto se le llama ser inoportuno.

Pero al abrir pienso que de inoportuno nada, no es otro que mi buenorro. Simplemente me abalanzo sobre él y lo beso, y lo vuelvo a besar, pero noto que no coopera nada, incluso me baja los brazos para apartarme de él. Uyy, qué mal rollito.

Su mirada, su cara y el tono de su voz me advierten de que está muy cabreado.

—¿Qué hay entre tú y Sergio?

—¡¿Quééé?!

Ni un «hola», este chico va directo. La pregunta me deja KO. No le contesto, me parece absurdo.

—¿Estás celoso de Sergio? —Me río, pero a él no le hace ninguna gracia —. ¡No me lo puedo creer! ¿Por eso no me has besado y me has alejado de ti?

—No me has respondido. —Tensa la mandíbula.

—Es que esa pregunta no merece respuesta —le digo. El vaso de mi paciencia está a punto de rebosar.

—¡Pues yo quiero que tú me respondas!

Respiro hondo, estoy alterada y no me gusta un pelo porque luego no hay marcha atrás... y todo lo calmada que puedo, le digo:

—Entre Sergio y yo no hay nada más que una sincera amistad, desde el primer día que entré en esta empresa me recibió con los brazos abiertos y yo lo quiero como si fuera mi hermano. No sé por qué me haces esa pregunta, pero ¡por Dios, si es gay!

Su cara se suaviza, pero la mía no.

—Ahora quiero que te vayas.

Le abro la puerta y lo invito a irse. Está parado, supongo que no se esperaba esta reacción por mi parte, pero es que estas cosas me superan.

—¿Me estás echando de mi casa?

—Efectivamente. —Yo no me bajo del burro.

Como veo que no se mueve, decido ir a mi habitación y lo dejo allí plantado. Cuando entro, escucho la puerta de la calle. Ya se ha ido, mejor porque si no hoy le estrellaba la ensaladera en la cabeza.

Cuando voy a salir, la puerta se abre de golpe y entra él. Lo miro y en décimas de segundos me tiene tumbada en la cama y está sentado sobre mí. Me sujeta las manos por encima de la cabeza, estoy totalmente inmovilizada.

—Suéltame ahora mismo —siseo muy cabreada.

No me hace caso, baja la cabeza y apoya su frente en la mía mientras va soltando mis manos.

—Perdóname, perdóname, perdóname, perdóname...

Poco a poco se levanta hasta que sale por la puerta.

Sigo tumbada, tal como él me ha dejado. Pienso y pienso y sé que acabo de ver al Arcadi inseguro. Supongo que esa es la herencia que ha dejado su exmujer.

Pero no quiero dejarlo así. Me levanto como una loca y corro tras él. Salgo de la casa y lo busco, pero a mi alrededor solo hay vecinos paseando o charlando.

Lo veo a lo lejos, llegando al caminito donde está su coche, hecho a correr cuando veo que va a subir a él y grito sin importarme que haya gente cerca de nosotros.

—¡¡Arcadi!!

Para en seco y se gira. Lo miro y corro hacia él. Supongo que los que nos miraban seguirán haciéndolo, pero me da bastante igual. Paro a un metro de él, y le digo, medio asfixiada:

—Levanta la mano derecha y repite conmigo.

Sus ojos están fijos en mí y empieza a curvarse su boca, cosa que significa que pronto verá su hoyuelo. Sí, ahí está. Pero haciéndome caso levanta la mano derecha a la vez que lo hago yo.

—Prometo, bajo ningún concepto, no volver a dudar...

—Prometo, bajo ningún concepto, no volver a dudar...

—... de la fidelidad y el amor de mi... de mi... —Me bloqueo, ¿qué soy para él?

—... de la fidelidad y el amor de mi bonita novia, Carla.

Bajo la mano, ahora me ha dejado sin palabras, y tengo y necesito besarlo, pero no me muevo. Él se acerca lentamente.

—¡Ah! Y se me ha olvidado. —Lo paro con la mano en su pecho—. Jamás vuelvas a apartarme de tu lado y no corresponderme a un beso o será lo último que hagas conmigo.

Levanta la mano y dice:

—Prometo que jamás lo volveré a hacer.

Y dicho esto me rodea con sus brazos y me levanta. Me besa con desesperación y yo le respondo. Nos besamos sin parar hasta que escuchamos aplausos y silbidos.

Me giro y veo a algunos de ellos darse media vuelta al ver a Arcadi, no esperaban que fuera él.

—Coge tus cosas, te espero aquí.

En cinco minutos estoy de nuevo con Arcadi, vamos a su casa. Yo solo he cogido mi ropa de mañana y mi fuente de ensalada, porque no voy a dejarla

con la buena pinta que tiene.

Le propongo cenar en una pequeña sala que hay junto al jardín. Tiene una decoración estilo árabe, con moqueta roja, cojines por todo el suelo y una mesa rectangular baja en el centro de la estancia.

Mientras intento «pescar» todas las nueces de la ensalada, porque a mi buenorro no le gustan, le digo:

—¡Qué original! ¿Cómo has tenido esta idea?

Arcadi me mira como si me fuera a dar una mala noticia.

—Carla..., esta casa está decorada por Ingrid. Yo no he cambiado nada desde que se fue, porque simplemente no he parado mucho. La mayoría del tiempo estoy trabajando y si no, estoy de viaje. La verdad es que me da igual cómo esté.

Y mi cara se contrae porque solo pienso en que la cama que comparto con él en esta casa, también era de ella y...

—El dormitorio es lo único que cambié —se apresura a decirme, y me mira intentando adivinar lo que pienso. Pero mi sonrisa le da la respuesta. Me quedo mirándolo.

—¿Por qué has dudado de mí, Arcadi? ¡Y con Sergio nada menos!

Respira hondo, juntando mi palma con la suya y uniendo nuestras manos me mira y responde:

—Siempre que estáis juntos veo tanta complicidad, tanta conexión, que a veces me hace sentir fuera de lugar. Cuando esta mañana he visto cómo te apretaba la mano y os mirabais..., no me ha gustado nada.

Voy hacia él y me subo a horcajadas.

—A Sergio lo quiero como mi amigo, pero tú eres alguien especial que no puedo comparar con nadie. Así que no vuelvas a pensar esas tonterías. Además, no sé si te has dado cuenta, pero soy totalmente tuya, y lo soy desde el primer segundo en que te vi.

—Ahí te equivocas.

—No creo.

—Te equivocas porque fuiste mía mucho antes.

Mi cara de sorpresa le hace gracia.

—Pero... yo no te había visto antes, porque a la entrevista que vine tú no estabas. Y te puedo asegurar que si te hubiera visto me acordaría.

—Tú no me viste, pero yo a ti sí.

Nos besamos y ese beso lleva a otro donde ya estamos tumbados en el suelo y lo hago completamente mío esa noche.

Ya estamos a mediados de septiembre y, aunque oficialmente no vivo en su casa, siempre que saco el tema de irme tiene una excusa, y la última es que Golfo se lleva muy bien con Doby y sería una pena separarlos.

Nuestro amor es evidente. Es posible que durante el día no nos veamos, pero cuando llegamos a casa no nos despegamos ni un segundo. Aprovechamos bien el tiempo.

Tengo un retraso. Y con eso no quiero decir que sea lerda, es que hace una semana que tendría que haberme bajado la regla. Me he comprado un Predictor y estoy frente al espejo del baño en albornoz esperando el resultado. No se lo he dicho a nadie porque es absurdo, Arcadi me dijo que no podía tener hijos, así que solo serán neuras mías, simplemente por confirmarlo, porque mi regla es inglesa, siempre puntual.

Arcadi llegará en cinco minutos a buscarme, hoy toca cena en casa de los Fortuny, Arcadi quiere presentarme a su familia. Sus padres, su hermano y para de contar. No hay más familia que presentarme porque por motivos de herencia no se llevan bien desde hace años, y después de saber de lo que fue capaz Albert ahora lo entiendo.

Mierda, mierda ¡ha dado positivo! Me quiero morir, ¿o no? Ahora que hago, ¿se lo suelto como si nada o me espero?

Mejor le doy la noticia cuando lleguemos a casa, después de la cena. Dejo el Predictor sobre el mueble del baño y me acabo de vestir.

—Pensaba que iríamos a casa de tus padres —le digo mientras caminamos de la mano por un camino de piedrecitas hacia casa de su hermano.

—Están de reformas. Mi madre quiere hacer de nuevo la planta de las habitaciones y estarán aquí hasta que acaben las obras.

Aunque es una cena informal, según él, nos vestimos elegantes. Yo llevo un vestido color marino de manga corta, con elástico en la cintura y me hace más estilizada. Arcadi lleva unos tejanos oscuros y un polo celeste con bordado de la marca que tanto le gusta.

Cuando llegamos intento poner la cara de felicidad que Arcadi espera y,

aunque preferiría estar en cualquier otro sitio que allí, espero que no se note mucho.

¿Qué pensará su madre cuando me vea y sepa que me echó de una de sus propiedades? A lo mejor no se acuerda de mí, o sí, y vuelve a echarme otra vez. Este capítulo no se lo he explicado a Arcadi, no por nada, sino porque no le he dado la importancia necesaria. También cuando pasó yo no estaba con él.

Al entrar en el salón de la mano de Arcadi me quedo patidifusa cuando veo a Ingrid, está hablando con el que creo es hermano de Arcadi, la ex más odiosa del mundo mundial vuelve a entrar en escena. Sin querer aprieto la mano de mi buenorro, él me mira y me dice al oído:

—Tranquila, cariño, intenta ignorarla.

Su hermano se acerca rápidamente.

—¡Por fin voy a conocer a quien le quita el sueño a mi hermano!

Se acerca a mí un chico totalmente diferente a Arcadi. Aunque son de la misma altura, él es castaño con el pelo liso hasta los hombros. Lleva traje y se le ve en muy buena forma. Sus ojos no son azules como los de Arcadi, son marrones tirando a verdes. Es muy guapo. Ahora me doy cuenta de los parecidos, este es una fotocopia de su padre. Arcadi, por el contrario, se parece más a su madre. Son dos buenorros, pero de diferente estilo.

—Hermano, te presento a Carla. —Se abalanza hacia mí y me da un abrazo donde incluye dos besos.

—Hola —le digo tímidamente.

—¡Vaya eres toda una belleza! ¡Y morena! —dice sonriendo mirando a Arcadi. Este tío no tiene pelos en la lengua y, aunque a primera vista parece un poco descarado, su sonrisa es sincera y eso hace que me caiga bien. Se dirige a Arcadi—. Esto sí que no me lo esperaba de ti, hermano.

Arcadi sonrío bajando la cabeza como diciendo que no tiene remedio.

—Carla, este es mi hermano Roger.

—Hola, Roger. —Sonrío—. ¿Se puede saber por qué te sorprende tanto que sea morena?

Mira a Arcadi de reojo y suelta:

—Porque siempre ha salido con rubias. Es como una fijación. Incluso en primaria, su primer amor fue rubia. Y su último amor también —dice desviando la mirada a Ingrid.

De pronto me pongo seria. No me ha gustado ese comentario. ¿Se supone que su último amor, no soy yo? Mal empezamos.

—Perfecto, y si ella es el último amor de tu hermano, ¡¿qué pinto yo aquí?!

Me doy media vuelta y camino hacia la puerta. Noto que me voy haciendo pequeña por momentos. Esa seguridad que siempre intento tener me ha abandonado para dar paso a mi lado vulnerable, sentir que no merezco a Arcadi. Quizás las hormonas también tienen mucho que ver.

Arcadi me coge de la cintura y al girarme me aprieta a él.

Mira a su hermano con cara de mala leche, y este, al ver que ha metido la pata, se acerca a mí.

—Perdóname, Carla, creo que no me he explicado bien. —Me coge las manos y su cara expresa arrepentimiento y sinceridad, Arcadi se sitúa detrás de mí, no suelta mi cintura.

—Tú no eres ni el primer ni el último amor de mi hermano porque eres el único. Eres lo que necesitaba mi hermano y yo te estaré eternamente agradecido por aparecer en su vida. Perdóname, por favor.

—Con el primer perdóname ya lo había hecho. —Le guiño un ojo.

Y juntando mis manos las besa. Se va hacia el rincón donde están hablando el padre de Arcadi y la odiosa de Ingrid.

—Arcadi, estoy un pelín nerviosa. Y si a eso le sumamos la presencia de tu exmujer, la verdad es que no ayuda nada. Mejor me voy, y cuando tengáis claro quién debe estar me avisas.

No pienso estar ni un segundo más en esta casa. El problema es que Arcadi no me ha soltado.

—No tengo ni idea de lo que pasa, pero lo voy a averiguar ahora mismo —dicho esto se dirige a su madre que viene hacia nosotros. La coge del codo y la dirige fuera del salón.

Miro a mi alrededor y me fijo en la puerta principal, no sería mal momento para irme. Pero no lo haré porque Arcadi sabe lo mismo que yo y le voy a dar una oportunidad.

De la nada aparece un jovencito vestido de camarero con una bandeja y varias copas de cava. Esto es la monda. No había visto esto en mi vida en una casa particular, pero claro, supongo que el dinero y la clase social hacen que esto sea normal.

Cuando regresan, Arcadi me presenta a su madre, la cual primero me mira fijamente, luego pone cara agradable y me da dos besos, está tan simpática que creo que no me ha reconocido.

Seguidamente me presenta a su padre, un señor afable y educado. Yo ya lo conocía de verlo por la oficina, pero supongo que él no se había fijado en mí.

Nos sentamos a cenar y como era de esperar es todo muy sofisticado. Mantel de seda y cubiertos que seguro no son de la teletienda. Noto que estoy en tensión, pero al ver cómo Arcadi y su hermano empiezan una conversación donde prima la diversión me relajo un poco.

Traen de primero vichyssoise y tiene tal presentación que me dan ganas de hacerle una foto en vez de comérmela.

De segundo es pescado (no sé decir cuál, todos me parecen iguales), salteado con almejas. Lleva una salsa tan buena que pienso en mojar pan, pero no, mejor no me arriesgo..., miro a mi alrededor y el silencio es el protagonista, todo el mundo come sin mirar a nadie, sin explicar anécdotas del día y lo peor es que ¡no hay tele! Lo sé, lo mejor es no ver la televisión mientras se cena en familia, pero si esta gente ni habla ¡qué más les da! ¡Ups, qué grima me da!

Mientras sirven el postre me acerco al oído de Arcadi y le digo bajito:

—¿Dónde está tu ex?

—Mi madre le ha explicado que no era el mejor momento para pedirme perdón. Por lo visto había venido a disculparse por el numerito de la Toscana y mi madre la ha invitado a cenar.

—¿Pero tu madre sabía que yo venía, no?

—Por supuesto.

Dicho esto, su mano va directamente a mi pierna. Me acaricia y me mira. Esta noche está especialmente cariñoso y, aunque sus ojos me dicen que me va a besar, no lo hace, la situación no es la propicia.

—Bueno, Carla, ¿Cómo le va en el departamento y qué le parece nuestros

clientes ahora que tiene parte de la responsabilidad del Sr. Cuesta? —me pregunta el gran Sr. Arcadi, como le llama Sergio.

—Pues muy bien, estamos intentando mejorar cosas a la vez que sacamos todo el trabajo adelante.

—Muy bien, ya le dije a mi hijo que eras un buen fichaje.

Levanta su copa y dice:

—Porque estemos mucho tiempo disfrutando de tu compañía.

El resto hacemos lo mismo. Yo con un tímido «gracias» finalizo el brindis.

Parece que la cosa se anima y Roger no para de hablar con su padre y explicarle anécdotas de su último viaje. Al terminar la cena, el Sr. Arcadi se dirige a sus hijos diciéndoles que quiere hablar con ellos de un tema importante. Por lo visto, Roger siempre está viajando y tienen pocos momentos de hablar los tres solos.

—Tranquilos, nosotras mientras nos tomamos algo en la terraza. Vamos, Carla.

Y mientras la amabilidad personificada me dirige a una terraza preciosa, ellos tres se van al que supongo será el despacho de Roger.

Nos sentamos en un sofá largo que hay junto a una mesita de cristal.

—Vaya, vaya, así que tú eres la que le gusta entrar en las casas ajenas. Veo que a la de mi hijo por fin has entrado y por la puerta grande, ¿no? —Mi cara es de sorpresa, la suya de arpía—. ¿Pensabas que no te iba a reconocer?

—Por supuesto, yo la he reconocido a usted —digo con todo el aplomo que puedo.

—Sabes que te va a durar poco el sitio, ¿verdad? Ingrid volverá con mi hijo y todo irá como tiene que ir —me suelta la señora.

—¿Así que prefiere a alguien dañino para su hijo que yo? —le pregunto.

—¿Dañino? ¡No sabes de lo que estás hablando! ¡Ella es una gran mujer! ¡Y de un estatus y una clase mucho mejor que la tuya!

—¿Usted no sabe lo que le hizo a su hijo, verdad? Porque si lo supiera no me hablaría así —digo casi susurrando—. ¡O, sí! —grito—. Ya veo, usted prefiere a alguien de una clase social alta, a alguien que quiera a su hijo de verdad.

Empieza a reírse.

—Tú no quieres a mi hijo y, por lo menos, sé que Ingrid no está con él por interés.

—¡Ni yo tampoco!

—Ja, permíteme que lo dude, querida. Qué casualidad, te has enamorado de mi hijo y no de ningún otro trabajador. Porque deben haber unos sesenta o setenta hombres, ¿no?

Su mirada es de cínica y malvada.

—¡No le pienso aguantar más esa falta de respeto! —le digo gritando fuera de mí.

De pronto la voz de Arcadi suena tras de mí.

—Mamá, ¿qué está pasando aquí?! —La cara de la arpía palidece.

—Me voy de aquí —le digo al girarme hacia Arcadi. Y sin esperar me dirijo a la puerta de la calle.

Cuando voy por el caminito de piedras noto la mano de Arcadi parándome de la muñeca.

—Espera, Carla, ¿qué ha pasado? —me pregunta con cara de estar perdido sin saber nada. Me gira y al ver que estoy llorando su cara se contrae, me limpia con los pulgares las lágrimas.

Lloro porque nunca nadie me había hablado con el desprecio que lo ha hecho esta señora, «señora» por llamarla de alguna forma. Cuando puedo, empiezo a explicarle a Arcadi:

—Yo conocí a tu madre un día que paseaba por aquí con Golfo antes que empezáramos a salir. Tu madre me echó literalmente de esta parte de los viñedos. Yo le dije que trabajaba aquí, pero a ella le dio igual, me miró como si fuera una ladrona o yo qué sé —le digo, y noto que me falta el aire.

Arcadi me abraza para darme consuelo, y yo no me quiero soltar.

—Tranquila, eso es algo que solucionaré con mi madre.

Recibe un mensaje y mira el móvil.

—Ve para casa, yo iré en un rato. —Me da un tierno beso.

—Pero es que ahora solo quiero que estés conmigo. —Mi cara es un ruego.

—Cariño, tengo que zanzar este tema. De verdad, voy enseguida. —Me vuelve a besar y se dirige de nuevo a casa de su hermano.

Llevo un rato esperando y no aparece, estoy muy nerviosa, así que decido irme con los perros y dar un paseo, necesito tomar el aire y caminar un rato. Me sienta bien.

Voy mirando al cielo y ver tantas estrellas, junto con el silencio que se respira, hace que me calme. Me siento al pie de un sauce precioso que tenemos muy cerca y me doy cuenta de que al final no le he dicho nada a Arcadi del embarazo. Si estaba descolocado con lo de su madre, cuando le diga que va a ser padre lo acabo de descolocar.

La verdad es que nunca le he preguntado si quería tener hijos, como se ha dado por hecho que no podía, no hemos mantenido esa conversación.

Después de un rato y con el trasero mojado, decido que ya es hora de volver.

Mis pequeños no me hacen mucho caso cuando los llamo, así que mejor voy a su encuentro.

Estoy tras un seto para cruzar el camino y aparece de la nada un coche a toda pastilla que por milímetros no me atropella. El conductor no me ha visto, pero la acompañante sí. En milésimas de segundos veo su sonrisa malvada. Es Ingrid, y el conductor que no me ha visto es Arcadi.

¡Lo que me faltaba! Ahora sí que tengo la noche completa.

Cuando llego a casa no está. Lo llamo, pero no contesta, así que cojo mi ropa y mi cabreo y me voy. No sin antes enviarle un WhatsApp:

Espero que lo estés pasando bien, me voy a mi casa.

15

Al levantarme parece que me ha pasado por encima una apisonadora. Me encuentro fatal. Tengo el estómago revuelto y para colmo miro el móvil y Arcadi ni se ha dignado a llamarme. Me ducho y me visto. Desayuno un zumo de naranja que es lo único que me apetece, y todo a cámara lenta porque no puedo con mi alma, moral y físicamente estoy hecha polvo.

Cuando llego a la oficina me siento, Sergio me mira asustado y dice:

—Cari, el ogro Arcadi ha llamado y te quiere ver enseguida.

—¡Uf! ¡Creo que hoy no es mi día! —Me levanto y camino lentamente, me siento como si fuera al matadero.

Cuando entro en el despacho lo veo de espaldas a mí, mirando por la ventana con las manos en los bolsillos. Al girarse veo en su cara agotamiento, pero aun así su mirada es fría y penetrante, no me gusta un pelo. Claro que la mía no debe ser mucho mejor.

—Carla, ¿estás embarazada?

Su pregunta directa de nuevo me pilla por sorpresa. ¿Cómo ha podido saberlo? Claro, dejé el test en el lavabo.

Me quedo bloqueada.

—¡Contéstame! —Su cara es pura furia y sus manos, ahora apoyadas en la mesa, de golpe corroboran esa furia.

—Sí..., pensaba decírtelo, pero... —No me deja terminar.

—¿Sabías que yo no puedo tener hijos, verdad? —me pregunta con una cínica sonrisa.

Ahora sí que he pasado de avergonzada, por no decírselo, a enfadada.

—¡Pues ya me explicarás cómo me he quedado! —Estoy que voy a explotar.

—¡Eso solo lo sabes tú! —Me mira de una forma que solo defino como odio. Esta faceta no la había visto nunca en él hacia mí y me hace hundirme en la miseria.

Tengo solo unos segundos hasta que mis lágrimas asomen, ¡malditas lágrimas! Tendrían que esperar a que me fuera, pero no, ellas bajan libremente por mi cara como si yo les diera permiso. Encima me da una impresión de debilidad que ahora mismo no necesito.

—¿Me estás acusando de que estoy embarazada de otra persona? —le pregunto indignada.

—¡Pregúntaselo a tu amiguito Sergio! A lo mejor él lo sabe mejor que yo —dice furioso. Ya estamos otra vez con lo de Sergio.

—¡Dios! No puedo creer que pienses algo así, ¡esto es totalmente surrealista!

—¿Sabes? —me pregunta, sentándose en su silla ignorando mis palabras —. No esperaba esto de ti, y lo peor es que voy a tener que darle la razón a mi madre de la opinión que tenía sobre ti. Sonríe con la mirada vacía.

—Yo sí que no me esperaba esto de ti. ¡Y por lo que vi anoche le has dado la razón a tu madre muy rápido, te vi cuando te ibas con Ingrid y encima casi me atropellas!

Su cara delata sorpresa, no me vio, pero la arpía de su ex sí.

Me giro porque ya no puedo hablar, se avecina un llanto.

Cuando voy a salir por la puerta vuelve a dirigirse a mí:

—A partir de este momento estás despedida de esta empresa y de mi vida, así que no te quiero volver a ver.

—Tranquilo, no me volverás a ver. Eso sí, solo te pediré que firmes un documento donde renuncias por completo a lo que sea que está dentro de mí —le digo como puedo.

—Por supuesto. Ni lo dudes.

Salgo sin mirar atrás, mientras siento que me han clavado una daga en el corazón.

Voy directamente a por mi bolso y Sergio que me ve, se levanta rápidamente. No hacen falta palabras, me coge de la mano y salimos de la empresa. Cuando llegamos al coche, Sergio hace que lo mire y lo abrazo como una niña pequeña llorando desconsoladamente mientras él intenta calmarme.

Mientras, desde los ventanales de su despacho, Arcadi mira la escena y aprieta la mandíbula.

Le doy las llaves de mi coche y con hipo le digo:

—Lle... llévame a... a recoger mi... mis cosas, po... por favor. —Debo dar mucha pena porque Sergio me mira y hasta me hace un puchero.

—Vamos, cari. —Y sin decir nada más ponemos rumbo a la casa.

Una vez allí intento explicarle a Sergio lo que me ha pasado sin contarle que Arcadi está celoso de él. No quiero hacerle pasar un mal rato, bastante tiene ya. Mientras me prepara una infusión escucha atentamente. Nos sentamos en el sofá, me coge de las manos y dice:

—Cari, hace tiempo se rumoreó en la empresa que el jefe no podía tener hijos y por eso la Barbie bruja le puso los cuernos. Fue como uno de esos rumores que solo te quedas con lo de los cuernos porque era más emocionante. Lo que está claro es que aquí falla algo y no eres tú. —Me sonrío.

—Dios, y ahora, ¿qué hago? Él me lo dijo, pero ¿si no podía tener hijos cómo es posible que esté embarazada?

Suena el teléfono, es María Pujol.

—Sí.

—Hola, Carla. —Su voz suena dulce como siempre—. Tengo aquí tu cheque, me ha comentado Arcadi que pases a recogerlo antes de irte.

—En diez minutos estoy allí, por favor, déjasele a Helena de recepción, no voy a subir.

—No te preocupes, te espero yo en recepción.

—Vale, gracias, María.

Cuelgo y empiezo otra vez con mi llanto.

—Vamos, Carla, recojamos todo de una vez. No quiero que sigas llorando, mírate: eres una mujer guapa, inteligente, independiente y muy sexy, por cierto. —Pone morritos y me hace sonreír—. Piensa lo que vas a hacer a partir de ahora, no te laments porque ese idiota haya desaprovechado la oportunidad de estar con una persona tan maravillosa como tú. —Me abraza mientras yo me deshago al escuchar esas palabras tan bonitas de mi gran

amigo.

—Tienes razón, vámonos.

En media hora estamos en la puerta del edificio que me vio llegar hace tan solo unos meses. ¡Y cómo ha cambiado mi vida!

María está esperándonos en la puerta. Nos hace sentarnos en un sofá rinconero que hay en una parte de recepción.

Su mirada es triste.

—Carla, no sé lo que ha pasado ni me importa, pero quiero decirte que ha sido un placer trabajar contigo, y que te echaremos de menos.

—Gracias, María. —No puedo decir nada más, si hablo me voy a echar a llorar y no debo. Le doy un abrazo y dos besos.

Sergio que continúa a mi lado, se dirige a ella:

—Voy a acompañarla a su casa, en este estado no quiero que vaya sola — dice tajante y serio.

—Por supuesto, Sergio, no hay problema.

Me despido con un saludo de Helena y partimos junto con Golfo hacia mi casa de verdad. Cuando llevamos media hora de viaje abro el maldito sobre.

—¡Sergio, da la vuelta! —digo mirando el cheque de despido.

—¿Qué pasa?

—¡Se han equivocado! Me han pagado mucho más de lo que me pertenece —digo extrañada.

—Déjalo, será la conciencia de Arcadi que está intranquila. Además, lo necesitarás, haz lo que hazas con tu pequeño Sergio, mejor que tengas dinero.

—¿Mi pequeño Sergio?!

—Por supuesto, tendrás que ponerle el nombre de su tito. —Me guiña un ojo y yo no hago otra cosa... ¡Que volver a llorar! ¡Y de golpe me da por reír!

—Te quiero tanto, Sergio, que no sé qué haría ahora mismo sin ti.

—Te recuerdo que tengo novio, cari. —Y se echa a reír intentando animarme.

—Idiota, ya lo sé —digo sonándome la nariz y riéndome a la vez.

Cuando llegamos, Sergio no me deja coger nada, dice que por si acaso. Le obligo a que se lleve el coche y que me lo traiga el fin de semana, es la excusa perfecta para verlo otra vez, y es que lo quiero tanto que necesito ahora más que nunca el apoyo de un hermano y él para mí lo es.

Mis siguientes días son como los de Carrie en Sexo en NY después de que Big la dejara plantada el día de su boda. Me los paso durmiendo, pensando y llorando, en ese orden. Pienso en lo que quiero a Arcadi, en nuestros buenos momentos, en los que nos hemos amado, hemos hecho confesiones, nos hemos reído y también discutido y luego hemos vuelto a amarnos.

Pero también pienso en su forma de acusarme, como si no me conociera, como si nunca hubiera confiado en mí, y sobre todo, pienso que no me ha dado la oportunidad de explicarle que nunca le he mentado. Ha dado por hecho que lo he engañado, pero si me hubiera querido de verdad, no habría actuado así.

Llega el viernes, ya ha pasado una semana desde que me fui. Hoy al despertar noto ese gen de optimismo que necesitaba.

Empiezo a colocar las cosas que tenía en los viñedos y tras poner toda la ropa veo el lienzo de Volterra. Al mirarlo y recordar ese momento me duele el corazón, así que mejor le doy la vuelta y ya lo colocaré cuando no signifique tanto para mí.

Una de las cosas que tengo que hacer sin falta es pedir hora al ginecólogo. Pienso en el que tuvo Silvia en su embarazo y la llamo. Le digo que necesito hablar con ella y que estoy en mi casa, así que ella notando el tono de mi voz, sin preguntar nada me dice que cuando cierre la tienda viene a comer conmigo.

Al abrirle la puerta, su cara denota angustia, suelta las bolsas de comida y me abraza.

—Carla, vaya cara tienes, cariño. ¿Qué te ha pasado? —pregunta cogiéndomela entre sus manos.

Y como no podía ser de otra forma me pongo a llorar.

Nos sentamos en el salón y le explico mi triste historia:

—Lo que no entiendo es esa reacción tan brusca por parte de él. Cuando os

he visto juntos se le notaba lo mucho que te quiere, él está enamorado de ti y eso no lo puede negar. ¿Por qué no le has dicho que estaba equivocado, que ese hijo es suyo?

—Porque primero, me sentía culpable porque se hubiera enterado de que estoy embarazada sin habérselo dicho yo. Y después me atacó con tanta ira, por más que quería explicarle no pude. Sin mencionar el nudo que tenía en la garganta.

Hay un silencio, de esos que dicen que pasa un ángel.

—Ahora que lo pienso... si dice que él no puede tener hijos, ¿a ver si no estoy embarazada y no existe mi burbujita y todo esto es para nada? —Miro a Silvia horrorizada.

—Normalmente la hormona que da el positivo en esos test no suele fallar, aunque no es cien por cien exacto. Pero si lo sumamos a que no tienes la regla y que lo hicisteis más de una vez sin protección, yo creo que lo más probable es que estés embarazada. ¿Qué piensas hacer?

—Primero ir al ginecólogo, y después hablar con mis padres. No sé cómo les sentará que su única hija sea madre soltera y, aunque suena un poco antiguo, sé que a ellos no les hará gracia.

—¿Así que lo vas a tener?

—Por supuesto. Aunque he barajado las dos posibilidades, ha ganado la del «voy a tenerlo».

—Bueno, mírame a mí, que te voy a contar.

—Quizás el primer año no trabaje, porque el despido que me pagó fue generoso en exceso y, aunque en un principio iba a devolvérselo y que se lo metiera por el culo, pensándolo fríamente me va a hacer mucha falta.

—Pues ya verás que sí, pero cualquier cosa que necesites sabes que me tienes aquí, ¿vale?

—Lo sé, Silvia, y lo primero que voy a hacer es hacerle firmar la carta donde renuncia a lo que está por llegar.

—¿Estás segura? Piensa que él te quiere y estoy segura de que cuando se le pase la neura se dará cuenta de que ha cometido un error y vendrá a buscarte.

—No creo, Silvia. Fue muy cruel conmigo y si encima le sumamos que pasó la noche con Ingrid, no creo que venga ni a darme los buenos días.

Al final comemos entre risas y cotilleos, y cuando se va, me doy cuenta el bien que me ha hecho poder estar con ella y explicarle mis miedos en las decisiones que voy a tomar de ahora en adelante.

¡¡Por favor!! ¡¿Quién se atreve a picar a la puerta un sábado a las nueve de la mañana?! Tengo tanto sueño que parece que sean las seis de la madrugada. Me arrastro hacia la puerta y al mirar por la mirilla veo a Sergio haciendo caras. ¡Es un payasete! Ya se me ha pasado el cabreo.

—Carii, ¿cómo está mi preñada preferida? —Me mira la barriga—. No me lo digas, te has engordado por lo menos ocho kilos, anda que no se te nota.

Me miro y entro en pánico.

—Ja, ja, ja..., era broma, tonta. Estás divina, como siempre —me dice dándome dos besos.

—¿Sabes que si te retuerzo los testículos hasta que te pongas morado y me denuncias no pasaría nada porque tengo las hormonas alteradas? —le pregunto toda seria con cara de mala leche.

—¡No, Carla, eh! Que eso duele mucho. —Y se pone sus manos protegiendo sus partes.

—Ja, ja, ja..., es broma, tonto, si se lo tuviera que hacer a alguien sería al idiota que ha hecho que esté en esta situación.

—Hablando del idiota. —Deja sobre la mesa una caja de cartón mediana y algo pesada—. Me lo dejó Arcadi ayer sobre mi mesa. Me dijo que te lo hiciera llegar, son las cosas que tenías en su casa.

Suspiro, me siento en la mesa y digo apesadumbrada:

—¿Sabes lo peor? Que por no creer en mí se va a perder ser padre. Porque prefiere pensar que soy una mentirosa y una aprovechada. Dijo que le daba la razón a su madre respecto a mí y eso no se lo voy a perdonar nunca. —Lo miro y tiene esa cara de penita, así que desde este momento decido enterrar todo el sentimiento amargo y pasar página—. Y dicho esto... ¿dónde me invitas a desayunar? —pregunto con una sonrisa sincera.

—¡Esa es mi chica! —Nos levantamos a la vez—. Había pensado en unos crepes, ¿qué te parece?

—¡Perfecto! Punto para Sergio. Me voy a cambiar.

Pasamos juntos el fin de semana, paseamos, vamos al cine, nos ponemos

ciegos de pizza. Pero llega el domingo por la tarde y se tiene que ir, el lunes trabaja. Yo, ya no.

—Sergio, por favor, déjale a Arcadi este sobre. Me gustaría que lo trajeras de vuelta tú personalmente, pero si no puedes venir que me lo envíe por correo.

En ese sobre hay un escrito donde renuncia a todos los derechos de mi «pequeño Sergio». Y también le devuelvo la pulsera que me regaló cuando estuvimos en Mahón. No la quiero, porque sé que cuando la mire solo podré pensar en él.

Es jueves y estoy en la consulta del ginecólogo. Estoy de los nervios y, aunque me gustaría distraerme con algo, no puedo, las revistas son de *National Geographic* y no son mi fuerte la verdad. La decoración es tan minimalista que no puedo observar mucho, solo pienso en lo nerviosa que estoy.

Mi madre me quería acompañar, pero le he dicho que en la próxima visita será mejor. Es algo extraño, pero necesitaba estar sola en este momento.

Después de todo se lo han tomado bien, mejor de lo que esperaba. Les he explicado por encima que hemos roto, que me ha despedido y que estoy embarazada ¡vaya bombazo!

Por mi forma de explicarlo y lo decidida que me han visto, solo me han dicho que es mi vida y ya no soy una niña, pero que tengo que saber que será muy duro criar a mi hijo sola. También han dejado caer que me ayudarán todo lo que puedan. Por supuesto, solo me he quedado con esto último que es lo que más me ha gustado.

Estoy de siete semanas según el médico. El grandullón mide un centímetro, todo está dentro de la normalidad y mi parto está previsto para mediados de mayo.

Como he decidido pasar página no pienso en lo que podía haber sido y no fue. Hace dos semanas que hemos perdido todo contacto, y supongo que esto es el comienzo de mi vida sin él. Lo estoy intentando, pero teniendo algo que me recuerda tanto a él va a ser complicado. Podría haberme deshecho de mi burbujita, y así terminar con todo, pero es que ese centímetro que hay dentro de mí también es mío, así que contenta con mi ecografía me voy a ver a mis papis.

16

Ya estoy de cuatro meses y aún no se me nota casi nada el embarazo. Solo tengo una pequeña curva y si no es porque cada mes la veo por la pantalla en mis revisiones, solo diría que tengo gases. Sí, la veo, porque es una preciosa niña y es preciosa porque lo digo yo, que para eso soy su madre.

La vida me va bastante bien dentro de mi dolor. Dolor al pensar en él. Parece imposible que no me quisiera lo suficiente, y a veces no entiendo esta vida.

Desde que me fui, recibo el dieciséis de cada mes un ramo de rosas rojas, de tallo largo y con una perfección que me encanta mirar. Van con una tarjeta que pone:

¿Podrás perdonarme?

Mi primera reacción fue tirarlas a la basura, pero claro, las rosas no tenían la culpa, así que ocupan un sitio discreto en mi cocina para no verlas mucho, pero olerlas es todo un placer.

La respuesta a esa pregunta no la sé.

Esto, por supuesto, no se lo he dicho a nadie y, aunque no está firmada, sé perfectamente de quién son.

Al principio pensé en Ricardo por cómo se portó conmigo en la boda, pero esa letra era de Arcadi. Y después lo confirmé al recibirlas justo ese día los meses siguientes, fue el día que entré a trabajar en los viñedos. Aparte de eso no ha intentado ponerse en contacto conmigo.

No me ha devuelto la carta firmada donde le pedía su renuncia a mi burbujita y Sergio dice que no lo ha vuelto a ver más.

Sergio, a primeros de noviembre, se fue a vivir a Birmingham con Frank. Está muy ilusionado y vendrán estos días de Navidad a pasarlo con nosotros. Me alegro tanto por él, parece que ha encontrado su sitio, ese al que todos nos gustaría llegar. La familia de Frank lo quiere mucho y por lo visto lo llevan en bandeja al ver lo felices que son juntos.

Otra historia es Alexia. Me llama todas las semanas para ver cómo estoy, es toda una madraza. Antes que me dieran la noticia del sexo de mi bebé yo

ya sabía que era niña, ya que como buena bruja, Alexia me lo había confirmado.

Me dijo que ella y Wilson se pasarían por Barcelona para Fin de Año a pasarlo con unos primos y que vendrían a verme.

Silvia y yo hemos montado una empresa de venta de ropa a través de internet. Yo me ocupo de la página web y todo lo relacionado con la venta y ella del material, nos va muy bien. Así podré trabajar desde casa cuando nazca mi pequeña.

En unos días es Nochebuena y Silvia y yo estamos en un centro comercial de esos que antes solo íbamos a mirar porque no nos llegaba ni para una camiseta.

Pues hoy y gracias a que en el tema económico vamos creciendo, hemos decidido comprar todos los regalos del Cagatió aquí.

El Cagatió es una costumbre de Cataluña, donde los más pequeños de la casa le dan con palos a un tronco tapado con una manta cantando una canción. Al terminar meten la mano debajo de la manta y ¡oh, sorpresa! ¡El tronco «caga» regalos! Este año como tenemos a la pequeña Sara es nuestra excusa perfecta para hacer regalos a todos.

Mientras le digo a Silvia que voy a comprarle a mi padre un perfume, ella se escaquea y dice que va a mirar por la planta de niños. Seguro que la muy lagarta me hace un regalo para el bebé y no para mí, y es que ya estoy perdiendo todo protagonismo en la familia.

Con Raúl las cosas le van tan bien que algunos fines de semana me encaloman a su pequeña para irse de viaje romántico, dicen que así me voy acostumbrando. Me alegro que Raúl se porte tan bien con ellas y las quiera tanto.

Cuando estoy mirando sin ningún interés en concreto los perfumes, al girar a mi derecha lo veo, el corazón empieza a galopar en mi pecho. ¡Ahí está! ¡Es él!

Me dirijo al *stand* y no le quito la mirada de encima. Mientras, una pequeña y menuda dependienta se dirige a mí hablándome todo el rato, pero yo no la escucho.

—Perdona —le digo cortándola—, este modelo del póster que hay detrás de ti, ¿cómo se llama?

—Es guapo el tío, ¿eh? —me dice con su acento andaluz y muy graciosa —. Se llama David Gandy. Tiene treinta y cinco años, es inglés, mide un metro noventa y un centímetros y como puedes ver, el gachón está *pa* mojar pan.

Ja, ja, ja..., me río porque lo ha dicho con tanto arte que es imposible presentarlo mejor.

Este es el hombre que me recordaba a Arcadi, se parece muchísimo y hasta tienen la misma edad. Aunque tengo que decir que el azul de ojos de Arcadi es aún más bonito. Suspiro.

—¿De dónde eres con ese acento? —le pregunto curiosa.

—De la ciudad más bonita de toda Andalucía, de Jerez de la Frontera.

—¡Toma ya! Pues si se lo dices a mi padre seguro que discrepa contigo. — Me río.

—¿De dónde es tu padre?

—De Granada —le contesto sonriendo.

—Bueno, si es así, lo dejamos en tablas —dice guiñándome un ojo.

—¿Y qué hace una jerezana tan salerosa trabajando tan lejos de su ciudad? —le pregunto con total confianza.

—El amor, chiquilla, que es lo peor que te puede pasar. Vinieron unos arquitectos a Jerez para remodelar unas bodegas de mi familia y uno de ellos era de aquí y mira por donde conocí al hombre de mi vida. Menos mal que era de Barcelona si llega a ser chino estoy vendiendo perfumes en Pekín.

Me parto con esta chica, en un segundo me ha contado su vida, pero es tan graciosa que no me canso de escucharla.

Decido llevarme uno de los perfumes para mi padre que anuncia el David Gandy este y me voy a la sección de bolsos, no sería yo si no me paro y me recreo la vista por las filas interminables de bolsos.

Es más, voy directa a los que están en vitrinas. Esos que valen un pastón y espero algún día tener el suficiente dinero para comprarme uno y que mi conciencia no sufra.

Me quedo extasiada mirando, hasta que reflejado en el cristal veo la imagen de alguien que está detrás de mí. Mi corazón se acelera, pero no

puede ser, él no puede estar aquí. Me giro rápidamente.

Silencio. Mi mirada es dura, lo que siento no puedo reprimirlo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto escupiendo las palabras.

—Carla, necesito hablar contigo. —Su voz suena a súplica. Pero como estoy despedida de su vida, como él me dijo, para mí él dejó de existir.

—Pues yo no quiero hablar contigo, es más, me voy a ir y no quiero volver a verte, haré como si no estuvieras aquí.

Paso por su lado y me coge del brazo.

—Por favor, Carla..., solo necesito cinco minutos. Después me iré y no volveré si tú no quieres.

Qué blanda soy ¡por favor!, dudo un instante. Lo miro a los ojos, los tengo a escasos centímetros de los míos.

—No, Arcadi, tú me echaste de tu vida y ahora soy yo la que no quiere entrar ni cinco minutos. Así que, por favor, suéltame.

Me voy todo lo digna que puedo, con mis lágrimas cayendo como desesperadas. Busco entre el bolso el móvil, me tiemblan las manos. Mientras subo las escaleras mecánicas llamo a Silvia.

—¡Silvia, está aquí! —digo angustiada.

—¿Quién está aquí?

—¡Arcadi! ¿Quién va a ser, Brad Pitt?

—Vale, tranquila, ya te veo, quédate donde estás.

Cuando llega a mí me abraza consolándome, mi cara de boba llorona está en todo su esplendor.

—Anda, vámonos a la última planta y hablamos mientras nos tomamos algo.

Cuando nos sentamos en la cafetería es donde Silvia me confiesa algo que me deja de piedra:

—Carla, tengo que decirte algo. —Está nerviosa, se frota las manos—. Después de que me contaras lo que pasó entre Arcadi y tú, lo llamé por teléfono para decirle cuatro cosas —abro los ojos sorprendida, quizás de Rosa me lo hubiera esperado más—, pero según me dijo su secretaria estaba

de viaje y no podían localizarlo, por suerte para él.

—Estaría haciendo penitencia por sus pecados —le digo sarcásticamente.

Silvia me echa una mirada que mejor me callo y con mis dedos hago el gesto de cerrar la boca con cremallera imaginaria.

—Carla, estuvo por lo menos un mes incomunicado tanto de su familia como de la empresa. Por lo visto tuvo que ir su hermano junto con su padre y estar al frente de todo. Cuando me confirmaron que había vuelto, Raúl y yo nos presentamos allí. En un principio pensé que no nos recibiría, pero fue todo lo contrario, nos recibió y encima se portó genial con nosotros.

—Es que cuando te cuabras cualquiera te dice algo. —Mirada amenazante y vuelvo a cerrar el pico.

—Fui directa al ataque, le dije que cómo te podía haber hecho eso y que diera gracias a que tú no querías saber nada de él, porque primero lo iba a denunciar por despido improcedente y luego le iba a estampar la figurilla esa tan fea que tiene encima de la mesa, que, por cierto, mira que es fea. —Me mira con cara de asco y no puedo parar de reír al imaginármela en plan choni con lo dulce que es—. Sí, tú riete, pero Raúl tuvo que cogerme y pedirme que me calmara.

—Y Arcadi ¿qué hacía mientras? ¿Llamó a su mamá? —le pregunto con cachondeo.

—No, le dije que tenía razón. —Esa voz suena interrumpiendo nuestra conversación. Es una voz profunda y rota a la vez—. Lo primero que hice fue ir a ver al médico que me diagnosticó que era estéril y él me comunicó...

—Presiento que no me va a sorprender lo que te dijo.

—Siéntate, Arcadi —le dice Silvia ofreciéndole su sitio, ella desaparece. Yo estoy inmóvil no me puedo mover.

—Me comunicó que yo era prácticamente estéril, no totalmente. Que no podría tener hijos, pero con Ingrid. Éramos incompatibles. Que sentía que yo hubiera entendido lo contrario. Por eso le pedí que me diera los informes.

—¿Por qué? ¿Tampoco lo creías a él? —le pregunto con cara de asco.

—No —contesta con su sonrisa, esa que hace que se me encoja el estómago—. Lo hice para que nadie dude de que esa hija es mía.

—Vale, ¿y ahora qué pretendes que te felicite por tu próxima paternidad?

—se lo digo de una forma tan sarcástica que hasta a mí me resulta cruel.

Baja la mirada y al volver a mirarme a los ojos veo tristeza en ella.

—No, solo quiero que me perdones y me dejes hablar contigo. Me conformo con que me incluyas en tu vida, aunque sea solo como el padre de nuestra hija.

Escucharle decir eso me confunde, por un lado pienso con decepción que solo está aquí por el bebé, y por otro me alegra que necesite mi perdón.

Surge un silencio donde nos miramos sin hablar, poco a poco mi pulso se va tranquilizando y de repente noto algo en mi vientre, como un toquecito discreto. Mi cara se transforma y Arcadi se alarma.

—¿Qué te pasa? —Se levanta de golpe.

—Nada, nada, pero creo que se ha dado por aludida. Tiene tela que después de llevarla conmigo cuatro meses la primera vez que se manifiesta sea cuando estás tú. —Mi sonrisa le llega al alma. Se vuelve a sentar y creo ver que tiene la misma cara de bobo que yo.

—Entonces, ¿crees que podrás perdonarme?

Sonríó cuando me hace la misma pregunta que llevan las rosas todos los meses.

—La verdad es que no lo sé, supongo que con el tiempo. Perdonar es olvidar y yo no soy rencorosa, pero es que... te he necesitado tanto que ahora no puedo hacer como si nada. Así que si quieres puedo explicarte todo lo relativo a la pequeña a medida que pase el tiempo y...

—No, yo no quiero solo estar presente en la vida de la pequeña, también quiero estar contigo. —Eso sí que ha estado bonito, hay que reconocerlo.

—Mira, Arcadi, desde que te conozco, sentimentalmente no he podido tener más altibajos en mi vida. Tan pronto me querías a tu lado como me apartabas, yo ya no puedo ni quiero tener eso. Así que no, yo no quiero estar contigo. Ahora mismo lo que necesito es tranquilidad emocional.

Mis palabras le duelen, pero creo que lo entiende y asiente.

—Vale, pues casémonos. Quiero que te cases conmigo, Carla.

Me río sin darle importancia a lo que acaba de decir.

—No lo estás arreglando. ¿Has escuchado lo que te he dicho?

—Sí, perdona. —Baja la cabeza como un niño al que han regañado—. Aceptaré lo que tú quieras, pero no te voy a devolver la dichosa carta porque no voy a dejar a nuestra hija sin padre.

—Vale, eso me parece correcto.

Le sonrío, lo hago porque es mi estado normal y me gusta.

Parece que me haya quitado un peso de encima y mi autoestima está un pelín más contenta. Hay cosas en esta vida que no pueden ser, y pensar que él no me quiera ni un poquito con lo que yo lo quiero, me parecía muy injusto. Ahora sé que estaría dispuesto a casarse conmigo, pero claro, lo hace por su hija, no por mí.

Por eso, por ahora me conformaré con su compañía y con unas tortitas que me voy a pedir porque tengo un hambre «que da calambre», esto es *made in Rosa*, que cuando le da por las rimas no hay quien la pare.

Llamo a Silvia y dice que ha ido a buscarla Raúl porque habían quedado para comer. Y ahora lo entiendo, ella sabía que Arcadi vendría, la muy traidora. Me río de pensarlo, no sé cómo le voy a compensar todo el tiempo que ha dedicado a que no estuviera triste y a apoyarme en mis decisiones, en fin, supongo que de eso se trata la amistad.

Mientras como mis tortitas con ración doble de sirope, aprovecho y le pregunto todas las dudas que me han atormentado estos meses:

—¿Por qué esa noche te fuiste con Ingrid? —Voy directa al grano—. Sabías que te estaba esperando y aun así pasaste la noche con ella.

Suspira y para mi sorpresa pone cara de paciencia.

—Cuando volví a casa para hablar con mi madre por lo que te había dicho estaba Ingrid con ellos en el salón. Yo no iba de muy buen humor, y verla me puso aún peor. Sin dejar hablar a nadie le dije primero a Ingrid que era la última vez que la quería ver por allí y dirigiéndome a mi madre le informé de que me iba a casar contigo y que ya estaba pidiéndote perdón por la forma en que te había hablado.

Paro de comer de golpe, esto requiere toda mi atención.

—Justo cuando salía por la puerta le dio un supuesto ataque de ansiedad a Ingrid y como le faltaba la respiración la llevamos al hospital.

—¿Llevamos? —le pregunto.

—Sí, mi hermano iba en la parte de atrás. ¿No lo viste, verdad? —Niego con la cabeza—. En urgencias no tenía cobertura y para colmo me quedé sin batería. Cuando llegué a casa y no te encontré puse el móvil en marcha, fui al baño y encontré el test de embarazo. ¡No me lo podía creer! Me sentí humillado y traicionado por la persona más importante de mi vida. Y para colmo tu mensaje en el móvil me dio a entender que me habías abandonado.

De golpe, las hormonas sensibles empiezan a hacer su efecto, me caen dos lagrimones que Arcadi recoge con sus dedos en mi cara.

—No llores, por favor. No lo soporto y menos por mi culpa. —Si él supiera lo que he llegado a llorar...

Notar de nuevo su contacto me hace sentirme vulnerable y sin poder evitarlo continúo llorando. Cuando por fin puedo calmarme, le digo abiertamente:

—¿Sabes qué es lo que más me duele de todo?

Niega con la cabeza y se muerde el labio.

—Que no me quisieras lo suficiente para creerme. Durante todo este tiempo me he martirizado pensando que no he significado nada para ti. —Toco mi barriga y continúo hablando—: Y luego está ella, claro. No podía eliminar algo que, por mi parte, se hizo con tanto amor.

Arcadi intenta coger mi mano, pero no le dejo.

—Carla, escúchame. Voy a estar toda mi vida pidiéndote perdón por esto, pero no dudes ni por un momento que yo no he dejado de quererte, si me dejas, te lo voy a demostrar día tras día.

Mi corazón lo escucha, pero no se atreve a creerlo.

Después de esto nos despedimos en el parking con una tregua. Nos mantendremos en contacto, pero dentro de un tiempo, cuando yo considere que es el momento.

Volverlo a ver ha sido como si me hubieran cargado las pilas, también saber que antes de todo esto quería casarse conmigo me hace creerlo y quererlo aún más, si eso es posible. Está un poco más delgado, pero sigue siendo mi buenorro.

Ya es Nochebuena y estamos todos en casa de Raúl y Silvia. Con todos me refiero a mis padres, la madre de Silvia y los padres y hermanos de Raúl.

La protagonista sin duda alguna es Sara, que está preciosa vestida de Minnie, y es que por lo visto no ha habido forma de hacerle cambiar de idea con ningún otro vestido.

Arcadi me ha respetado. Durante estos días no me ha llamado ni tampoco me ha enviado ningún mensaje. Y eso en parte me gusta, pero por otro lado no, porque las mujeres a veces somos un poco masoquistas y si me hubiera llamado me habría encantado.

Ruth está con Okabe en Hawai y Rosa me dijo que, aunque están divorciados, y como ninguno de los dos tiene pareja, intentarían pasar estos días juntos con los niños mientras fuera posible. Me parece perfecto, cada uno debe hacer lo que vea que es correcto, aunque estos dos tienen un rollo raro de amor/odio que no entiendo. Pero bueno, ya son adultos y padres, así que se apañen solitos.

Empezamos haciendo el Cagatió por si la pequeña Sara se duerme durante la cena. Ella está pletórica con tantos regalos y los mayores también. Al final la ayudamos, porque con tantos paquetes se distrae y ya no quiere picar más.

Mi padre abre el mío y me mira.

—¡Papá, ojo con ese perfume que es de tío bueno, eh! ¡A ver si te van a ir tirando la caña por ahí! —le digo riéndome.

—¡Ah, no no, pues entonces que no se lo ponga! —dice mi madre muy seria.

Se gira mi padre y le da un beso en la mejilla. Suficiente para que mi madre sonría de nuevo. Si es que es muy tontilla. Es bonito ver que después de tantos años juntos se quieren como siempre. Entre ellos nunca ha habido altibajos, nunca he podido saber qué es la crisis de pareja de tus padres o por lo menos yo no lo he visto.

Silvia continúa sacando regalos con Sara.

—A ver a ver, aquí hay uno que pone «señorita Peralta» —dice Silvia muy sonriente. Pero mi cara se descompone, solo hay una persona que me llama así.

Es una cajita pequeña que lleva una tarjeta colgando del lazo. Intento forzar una sonrisa, pero no me sale y cuando Sara me la trae en sus pequeñas manitas es imposible negarse. Me la como a besos y la devuelvo con su madre.

Mi madre mira toda curiosa cómo desenvuelvo el regalo. La tarjeta creo que la leeré más tarde. Es una cajita de una joyería, y creo que me suena, bueno no, no lo creo, lo confirmo, esta es la misma joyería de Menorca donde me compró la pulsera. Me tiemblan las manos y no puedo abrirla. Mi madre me hace una señal para ayudarme, pero le digo que no con la cabeza.

—Es igual, ya la abriré luego —digo quitándole importancia.

—De eso nada, yo quiero ver lo que es —dice mi madre de lo más interesada. Menos mal que todos están pendientes de la peque y abriendo regalos.

Vale, al final consigo dar con el clic puñetero y abrir la cajita. Me quedo KO al ver un anillo de oro blanco y en el centro un diamante con forma de rosa. ¡Oh, my God!

Mi madre me mira con cara de interrogante.

—¿Hay algo que debas contarme, Carla? —pregunta con cara de pocos amigos.

Rápidamente Silvia se sienta junto a nosotras.

—A ver, Carla. —Me lo quita literalmente de las manos—. Guau, con el buenorro, cómo se las gasta, ¿eh? —dice guiñándome un ojo.

Miro a mi madre y no tengo más remedio que contarle:

—Mamá, el buenorro es Arcadi. El otro día me encontré con él «por casualidad», ¿verdad, Silvia? —La miro y automáticamente se levanta y se va con su peque—. Verás, mamá, Arcadi me dijo que nos casáramos.

—Hija mía, qué disgusto me habías dado, por un momento he pensado que tenías otro novio y no nos lo habías presentado.

—Mamá, ya sabes que yo solo quiero a Arcadi.

—Ya lo sé, hija, era broma. ¿Y cuándo pensáis casaros? Porque esa pequeña tendrá que nacer con unos padres juntos, ¿no?

—Pues... es que le dije que no. —La cara de mi madre no tiene desperdicio, ella siempre ha tenido claro que Arcadi me quiere.

—¿Por qué no quieres casarte con el padre de tu hija? ¡Tú misma acabas de decir que lo quieres! —dice con los ojos aún como platos.

—Es que..., mamá, estoy perdida, me siento insegura. Es como si tuviera

miedo a que en un tiempo todo se vuelva a romper por algo. No sé si podría soportar otra vez su desprecio —le digo triste.

Mi madre me coge la mano y dice:

—Hija, en esta vida tienes que aprender a vivir superando obstáculos. Si quieres volver con él y perdonarlo hazlo de corazón y piensa que ahora tienes a alguien que nunca te decepcionará y esa es mi nieta. Tienes que intentar formar tu familia y si no sale bien, que no sea porque no lo has intentado. — Y dicho esto, la abrazo y beso. No he llorado, no me lo creo. ¡Estoy que me salgo!

Aunque en un principio pensé que se me cerraría el estómago por el dichoso anillo, no ha sido así. Hemos cenado sopa de marisco y de segundo cordero al horno. Esto suena un poco fuerte para una cena, pero es que nuestras Nochebuenas son hasta que amanece y ahí es donde entra mi madre. Nos ha traído un succulento tentempié que consiste en: un bizcocho relleno de nutella (eso se lo pedí yo), roscos de azúcar (receta de mi abuela paterna), profiteroles y un sinfín de polvorones y turrón. Me he preparado para dos meses en una isla desierta.

Después de cenar no paramos de cantar villancicos, y con el suministro que hay de panderetas y zambombas, esto parece que va a durar hasta bien entrada la madrugada.

Pero una servidora a las tres está con un sueño tremendo, así que mi papi me lleva a casa porque no quiere que conduzca sola a estas horas.

Cuando llego a casa y descargo todos los regalos que me ha hecho el «Cagatió», bueno a mí no, porque todos son para mi bebé como suponía, me siento en el sofá y leo la tarjeta que venía con el anillo:

Espero pasar la próxima Navidad contigo.

Arcadi

Dios, ¿por qué la vida es tan complicada? Y sin pensarlo, y aunque son las cuatro de la madrugada, lo llamo al móvil. No contesta. Lo vuelvo a llamar y sigue sin contestar. Desisto.

Decido hacerme una infusión antes de acostarme porque con todo lo que he comido temo que mi pequeña empiece a odiar ya la Navidad.

Suena mi móvil.

—Hola.

—Carla, ¿estás bien? —me pregunta un Arcadi angustiado.

—Sí, perdona, es que quería hablar contigo. ¿Estabas durmiendo? —le pregunto sorprendida.

—Desde las diez de la noche. Tuvimos un problema en las bodegas y llevaba dos días sin dormir.

—¿Y la Nochebuena? ¿No has estado con tu familia? —«Vaya pregunta más absurda», pienso. Noto cómo sonrío.

—Solo estaba mi hermano y hemos acabado pronto. Con mis padres..., bueno mejor dicho con mi madre, no nos vemos desde hace unos meses.

—Ah, perdona, no lo sabía... yo solo... solo quería darte las gracias por el regalo —le digo tímidamente—. Y... y...

—Carla, ¿has bebido? ¡Sabes que no puedes beber en tu estado! —me dice riéndose.

—No, idiota.

—Ya lo sabía, es que parece que te cuesta arrancar —dice de cachondeo, maldita gracia que me hace a mí.

Ahí voy:

—Solo quería decirte que... si en vez de la próxima Navidad... ¿quieres pasar esta conmigo? —Toma, ya lo he dicho.

Silencio. Mi corazón se acelera y empiezo a dudar que vaya a contestar. Miles de pensamientos cruzan mi mente, quizás no quiera...

—Holaaa —vuelvo a decir.

—Por supuesto, preciosa, me cambio y en dos horas estoy contigo.

—Vale. —Cuelgo y empiezo a dar saltitos y a hacer un baile que parezco a esos jugadores de rugby de Nueva Zelanda.

Mientras lo espero, decido ponerme una peli para no dormirme, pero tiene que ser de acción. Rápidamente miro, pero no me apetece ponerme tensa a estas horas, así que opto por la de siempre: *Sexo en Nueva York*, segunda parte.

Alguien pica a la puerta, ups, me he dormido, creo que no he visto ni el

principio. Abro y ahí está él, sonriente con cara de sueño y guapísimo, con barba de unos días y dedicándome esa sonrisa que me vuelve loca.

Yo debo tener un careto de salir corriendo, pero no me paro a pensarlo porque entra como un vendaval. Me levanta del suelo y me cuelgo de él mientras nos besamos como dos hambrientos de amor. Sin hablar nos vamos directamente a mi dormitorio.

Al entrar me deja en el suelo, no hablamos, solo nos miramos. Nos desnudamos despacio sin parar de besarnos. Hacemos el amor despacio y sin decir nada, solo sentimos.

Tras esta demostración de amor mutua intentamos hablar, pero el cansancio nos vence, así que lo dejamos para el día siguiente.

Arcadi ha bajado a comprar el desayuno. Miro por la ventana que da al gran parque y, aunque estamos en un recién estrenado invierno, mirar hacia esa extensa cantidad de árboles siempre me da mucha paz. Pienso que todo lo que había planificado de mi vida sin él se ha venido abajo y la verdad es que no lo siento. Aunque estoy muerta de miedo, sé que no puedo perder la oportunidad de intentar tener una vida con él. Y ahora mismo al verlo entrar por la puerta me ratifico ¡me ha traído *croissants* de chocolate!

Mientras desayunamos le informo que comemos en casa de mis padres. La Navidad siempre la pasamos en casa.

—Por mí, perfecto.

Y como si estuviera viviendo aquí toda su vida, recoge el desayuno y me mete prisa para que me cambie porque antes quiere pasar a comprar algo de postre. ¡Pobrecillo! Si supiera que mi madre es la reina de los postres, mejor le compraría una bufanda, pero no le quitaremos la ilusión.

Cuando llamo a mi madre para informarle de que prepare un cubierto más porque Arcadi comerá con nosotros se pone muy contenta, mi pobre madre siempre confía en los finales felices y cree fervientemente que Arcadi es mi príncipe azul, yo por ahora voy con pies de plomo y espero que no se transforme en rana.

Cuando llegamos y nos saludamos noto cómo Arcadi intenta estar calmado, pero se encuentra tenso, sé que se siente mal por lo que ha pasado y no me gustaría estar en su pellejo bajo la mirada asesina de mi padre.

Antes de comer y mientras tomamos un aperitivo, Arcadi les pide perdón a

mis padres por todo lo ocurrido. Mi padre asiente, no sin antes dar su opinión:

—Carla es mayor para saber si quiere estar contigo o no, lo que no me gustaría es que ella vuelva a pasar por esto otra vez. Estos meses, aunque lo ha intentado disimular, he visto la tristeza en su cara y no me ha gustado.

Uf, peligro, habla mi madre:

—Cariño, Arcadi quiere a Carla y por eso está aquí. Por cierto, ¿cuándo os casáis?

Directa a la yugular, esa es mi madre. Arcadi coge mi mano y sonrío.

—Cuando ella quiera. —Y me la besa mientras noto esos seis ojos fijos en mí esperando una respuesta.

—No lo sé. Ya lo pensaré. Ahora lo único que quiero es comer, me muero de hambreee.

Dicho y hecho, esto de pedir cuando una está embarazada es mano de santo. Mi madre se encarga de poner rápidamente la sopa de galets que ha preparado. Canelones de segundo, que están buenísimos, y ya no puedo con mi vida.

La comida transcurre con conversaciones amenas. Mi padre y Arcadi coinciden que son del mismo equipo de fútbol, y eso, aunque sea muy absurdo bajo mi punto de vista, es un punto para Arcadi.

Después de comer, mis padres han quedado con sus amigos para irse de bailete y nosotros en casa, ¡cómo cambian los tiempos, ja, ja, ja!

Una vez solos nos ponemos cómodos en el sofá, o más bien yo me pongo sobre él literalmente, y empieza nuestra conversación pendiente:

—Sabes que el día dos vuelvo a los viñedos y tú vienes conmigo, ¿verdad?
—Me besa la mano. Las tenemos entrelazadas.

Me tenso, sé que lo que le voy a decir no le va a gustar, pero es lo que hay.

—No me voy a mover de mi casa hasta que nazca la niña. Lo había pensado así y no lo voy a cambiar porque vengas tú con tu anillo y con... —
Noto que me voy acelerando por momentos.

—Vale, vale —dice levantando las manos como rindiéndose—. Y ¿cuándo nos casamos?

Joder, qué prisas le entra a todo el mundo. Piensa rápido, Carla, mmm..., vale.

—¿El di-e-ci-séis? —digo despacio.

—Perfecto, llamaré a... —lo corto inmediatamente.

—De junio, por supuesto. —Su cara de incredulidad me hace gracia y me río—. ¿No pensarás que me voy a casar embarazada? De eso nada, primero hay muchas cosas que aclarar. Cuando quieras empiezo... —Aprovecho que lo tengo confuso y empiezo a preguntar:

—Primero de todo, ¿dónde fuiste ese mes después de echarme? ¿Según me han dicho estuviste desaparecido? —Mi pregunta no le pilla por sorpresa y cuando pronuncio «echarme» parece que le hubiera dado un puñetazo. Su cara se contrae.

Ahora ya no estamos pegados como lapas, nos hemos sentado y estamos uno frente al otro en el sofá.

—Estuve en Menorca, en mi casa..., necesitaba evadirme, estar solo. No me podía creer lo que me habías hecho, pero escogí un mal sitio, porque tú estabas en todos los rincones de esa casa. Los primeros días no los recuerdo muy bien. —Sonríe amargamente—. Creo que estaba tan borracho que los pasé de tumbona en tumbona en la terraza. Después tuve un clic, no sé por qué, llamé al médico que nos hizo las pruebas a Ingrid y a mí y fue cuando me confirmó que era posible que estuvieras embarazada.

No levanta la cabeza, está avergonzado y yo lo acaricio, le pongo la mano en la barbilla y le hago levantar la cabeza para que me mire mientras continúa hablando:

—Después de eso, no paraba de pensar en cómo encontrar el valor para pedirte perdón y de enfrentarme a todo lo que había hecho mal. Hasta que volví a la rutina y vino a verme Silvia junto con Raúl y me dieron el empujón que me faltaba. —Sonríe al recordarlo—. ¿Sabes que casi me estampa la figura de...?

—Sí, la horripilante estatuilla del premio de empresarios o algo así, ¿no? —Él asiente—. Me lo dijo Silvia, pero me lo explicó el mismo día que te vi en los grandes almacenes. Yo no sabía que ella había ido a verte.

—Estuvimos como dos horas hablando. Después de explicarle y decirle lo mucho que lo sentía, me dijo que tendría que ir despacio. Que si aparecía de

golpe lo empeoraría todo, por eso empecé a enviarte las rosas y también fui a alguna feria de esas que ibas con Silvia por temas de vuestra empresa.

—¡Y no me dijiste nada! —le digo enfadada.

—No, solo quería verte.

Lo miro a sus preciosos ojos azules y le digo con tristeza:

—No tendrías que haber dado nada por hecho, Arcadi. Me tendrías que haber escuchado o por lo menos haberme dado el beneficio de la duda.

—Lo sé, preciosa, y todos los días de mi vida me arrepentiré de los meses que he pasado sin ti.

Me arrastra hacia él y nos besamos.

Llega Fin de Año y por fin voy a ver a Sergio después de tantos meses. Hemos quedado en el hotel donde ellos se alojan y habrá cena, espectáculo y baile. Todo muy *fashion* por lo visto, según la información de Sergio. Nosotros esta noche también nos alojamos aquí.

Hoy tengo que reconocer que estoy espectacular. Llevo un vestido negro hasta los pies, sin mangas y toda la espalda descubierta. Lo único que lo adorna es un gran collar de perlas que van cogidas al cuello semicircular y cae el resto del collar por mi espalda. Aunque el vestido es ajustado tiene una caída que disimula bastante mi barriga. Me han hecho un moño como Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*, y por fin me he puesto mi anillo de compromiso.

Por su parte, Arcadi lleva un esmoquin negro, camisa blanca y pajarita negra. Tiene las solapas de un negro más brillante y aún lo hace más elegante. Hacemos una buena pareja o eso creo, y para corroborarlo ahí está Sergio:

—¡Cariiii! —Ha dejado sordo a medio vestíbulo. Sin importarle lo más mínimo que nos mire todo el mundo, se acerca y me da un abrazo muy suave y dos besos casi sin tocarme.

—¿Qué te pasa?, ¿y mi abrazo? —le pregunto asombrada, ya que él es el rey de los achuchones.

—Es que estás tan guapa que me da miedo acercarme. —Y bajito continúa —: Y no te digo nada del semental. ¡Los Brandgelina se quedan atrás con vosotros!

—Anda, tú sí que estás guapo, ¿ya sabe Frank que tienes mucho peligro?
—le digo de broma.

Está guapísimo con un esmoquin gris brillante. Es casi tan alto como Arcadi. Vaya porte que llevan los tres. Esta noche creo que voy a ser la envidia de muchas y muchos.

Cenamos en una sala elegantísima donde prevalece la esencia de la Navidad. No ha habido ni un segundo de silencio porque Sergio los ha llenado todos. Arcadi se siente a gusto con la compañía, y eso hace que lo quiera un poco más si cabe. Cada vez que me mira siento amor en sus ojos y eso me hace confirmar que mi decisión de perdonarlo es lo mejor que he hecho en mi vida.

Llega el momento de las campanadas y de pronto se apagan las luces, se ilumina una parte del escenario donde se proyecta una imagen impresionante de Times Square, es tan real que parece que estuviéramos allí.

Empieza a bajar la famosa bola y las campanadas comienzan. Una, dos, tres... ¡Feliz año nuevoo!

Cae confeti del techo y nos felicitamos con alegría e ilusión. Al mirar a Arcadi nos acercamos con nuestra copa para brindar y mi buenorro me suelta:

—Te quiero, mi preciosa y tímida morena.

—Te quiero, mi guapo señor de los viñedos.

Nos reímos y nos besamos lentamente ajenos a la euforia del momento. Todo a nuestro alrededor está en un segundo plano, solo estamos él y yo. Nos recreamos en nuestros labios y cuando creo que lo mejor que podemos hacer es subir a la habitación, empieza a sonar la canción de Celia Cruz *La vida es un carnaval*, y un chasquido de dedos a nuestro lado nos hace volver a la realidad.

—Vamos, amantes de Teruel, a disfrutar, ya tendréis tiempo. —Sergio, cómo no.

Rápidamente coge mi mano y me lleva corriendo a la pista de baile.

Bailo sin parar hasta que no puedo con mi vida. Arcadi, que está pendiente de mí en todo momento, me pregunta si quiero que nos vayamos. Yo asiento y nos despedimos de la pareja que no para de darlo todo en la pista. ¡Vaya dos!

Esta noche ha sido una de las más bonitas de mi vida.

Y ahora, desnuda junto a Arcadi en la cama, promete tener una gran continuación. Su olor me invade y me excita besándome por todo el cuerpo. Se para en mi pequeño pronunciado vientre y me mira, su mirada es de admiración, me besa y sube hasta estar frente a mí mientras me penetra suavemente y sin palabras hacemos el amor donde sucumbimos al más intenso placer.

Es abril, ya estoy de treinta y seis semanas, y lo que en un principio no se notaba, ahora parece que voy a salir rodando en cualquier momento. Continúo en mi piso, me he mantenido en mis trece. Es el pobre Arcadi el que va y viene todos los días, pero hasta que nos casemos no voy a volver a los viñedos. Y es tal cual, porque nos vamos a casar allí.

Hoy me he levantado un poco pesada, como si me costara andar más de la cuenta y es que supongo que de aquí en adelante esto va a ir a peor. Lo que no consigo dejar es el café, esta niña ya me ha dejado sin tabaco, así que por un poquitito de café por las mañanas no creo que vaya a salir una histérica llorona.

¡Dios! Creo que no llego al baño, me acabo de mear encima. Y me parece que no es pipí lo que acabo de hacer. Respiro hondo. Según me informó la comadrona, los pasos a seguir son: llamar si estoy sola, ducharme tranquilamente y por último coger la canastilla e ir al hospital. Y con esta naturalidad lo voy haciendo. Llamo primero a mis padres y después a Arcadi porque él, aunque quiera no llegará antes de dos horas y prefiero no esperar tanto.

Por ahora no tengo contracciones y ya ha pasado una hora. Solo me martiriza mi madre preguntando cada cinco minutos.

Llegamos al hospital y me han pasado a una habitación, tras mirarme la comadrona y controlar que mi peque está bien nos han dejado esperando.

Esto ya empieza a notarse. Lo que en un principio eran unos dolores lejanos han pasado a ser segundos de agonía, ¡joder, cómo duele!

Nueva visita de la comadrona. Es una chica más o menos de mi edad. Delgada, con el pelo castaño y liso.

—Bueno, parece que la pequeña está buscando la salida —dice con una dulzura que me está resultando odiosa.

Me llega otra contracción. No puedo, esto es insoportable.

—Tranquila, Carla, piensa que una contracción más es una menos para ver a tu hija. —Hala, me suelta tan tranquila. Claro, como a ella no le duele. —

Mira, ahí llega tu marido.

Pienso en décimas de segundos que ahora mismo debo ser la mujer menos sexy del universo, con la bata tan horrible que me han colocado, sin pintar, despeinada y con cara de loca. Vamos, digna sucesora de la niña del exorcista...

Miro a Arcadi con cara de asesina y al acercarse lo cojo de la pechera y le digo como puedo:

—¡Cabrón, esto también es culpa tuya, podríamos compartir el dolor! —Y sigo contrayendo la respiración por el dolor hasta que por fin se va y me quedo floja en sus brazos. Unos brazos fuertes que me arropan y me hacen sentir segura. Él, como siempre, tan guapo, y mmm..., huele tan bien. Intento mantener la calma hasta que vuelva la próxima contracción.

—Tranquila, cariño, ahora te pondrán la epidural y ya no sentirás dolor.

Y, dicho y hecho. En el momento oportuno me pinchan y a partir de ahí va todo como la seda. En dos empujones nace mi pequeña.

—¿Y cómo se llamará está llorona? —pregunta la doctora que me ha asistido.

—Alex —contesto con mi pequeña sobre el pecho.

Miro a Arcadi, porque a él no le he dado opción de decidir.

—Alexandra Fortuny Peralta, no suena mal —dice Arcadi mirándome todo orgulloso y con cara de tonto. Y aunque no fuera posible que se le pusiera más, le vuelve a cambiar la cara al coger a la pequeña y esta parar de llorar.

Mientras la miramos como dos bobos, Alex abre los ojos observándonos y... ¡oooh! Tiene los mismos ojos que Arcadi.

—Azules como tú —le digo sonriendo. Él asiente y sonrío aún más.

—No le hagáis caso a eso —dice la comadrona mientras recoge cosas por encima—. A los bebés les va cambiando el color de los ojos. —Justo mira a Arcadi y veo que se queda con la boca abierta y empieza a ponerse colorada—. Ejem, bueno..., en este caso creo que no le cambiarán.

Si es que tiene ese efecto, cuando te miran esos ojos te tienes derretir porque no te puedes resistir.

—Arcadi, ¿han venido tus padres? —le pregunto una vez en la habitación.

—No, mi madre no se atreve. Dice que se avergüenza de cómo te trató y ahora no tiene valor. Mi padre vendrá mañana.

—Pues llámala y dile que venga a conocer a su nieta. —Y dichas estas palabras, Arcadi me besa. Y su beso tierno me hace saber que está agradeciéndome en silencio este detalle, y es que no deja de ser su madre. Yo no quiero que mi pequeña crezca con su familia enfrentada.

En unas horas tengo a la bruja de mi suegra, que espero pase a ser la exbruja, llorando, cogiendo mis manos y pidiéndome perdón. Como cualquier persona con un poquito de corazón, tengo que perdonarla, no sin antes decirle:

—Roser, por mi parte está olvidado, pero somos nosotras con el día a día las que tenemos que llenar de buenos sentimientos nuestra relación.

—Gracias, hija. —Y seguidamente me abraza tan fuerte que no sé si me lo agradece o quiere aplastarme.

Mi suegro que está de pie con Arcadi, nos mira y se limpia las lágrimas con un pañuelo. ¡Vaya familia de llorones! Abraza a su hijo y escucho cómo le da las gracias.

—A mí no, dáselas a ella.

Un sonriente Arcadi me guiña un ojo y con su sonrisa me invita a devolvérsela.

Después de un día plagado de visitas donde mis padres parece que hacen guardia todo el día al lado de mi princesa, por fin estamos los tres solos.

—¿Sabes que como metamos todos estos peluches en tu piso no podremos entrar, verdad?

—Bueno, pues llévalos a tu casa.

—Nuestra casa, no lo olvides, preciosa.

Y eso me recuerda que en menos de dos meses estaré viviendo en su/nuestra casa.

En estos días mi felicidad es inmensa, ver que todo está bien. Que Alex ha nacido sana y que Arcadi me ama más de lo que yo pensaba, me hace creer que puedo tener la familia que mis padres crearon un día.

Aunque a veces tenga mis dudas claro, sobre todo cuando despierto a

Arcadi de un codazo porque Alex tiene hambre. Le doy el pecho, así que solo lo despierto para que comparta conmigo estos momentos de sueño, soy así de repelente. Si durante el posparto no me ha dejado, creo que no lo hará nunca.

Esta mañana soleada de mayo nos hemos ido los tres a los viñedos. Nuestra pequeña ya tiene un mes.

Después de aquel momento tan amargo para mí, no había vuelto. Una vez que hemos llegado a las oficinas, ha sido como una revolución. Todo creado, por supuesto, por la entrada de mi pequeña, que ha sido un babeo constante por parte de las chicas. Hasta la odiosa de Alicia, la secre de mi buenorro, ha hecho todo tipo de tonterías para hacerla sonreír. Y es que mi pequeña, con su cara redondita y sus grandes ojos azules es toda una conquistadora.

Al bajar prácticamente todo el mundo a ver a Alex he podido conocer al nuevo personal del Departamento de Exportación, donde yo estaba. Hay un chico llamado David, en el sitio de Sergio. Es tan alto como Arcadi, rubio, de ojos marrones y parece sacado de un catálogo de moda. Guapísimo. La persona que ocupa mi sitio es una chica que nada más verla me ha hecho girar la vista hacia Arcadi. No es que sea un bellezón, es la provocación en persona. Ha sacado de mí los celos que no sabía que existían y que creo no los puedo disimular.

Se llama Cati y es un poco más baja que yo, tiene unas tetas que no disimula, con un escotazo de vértigo dentro de un vestido minúsculo y unos tacones de aguja donde yo no podría mantener el equilibrio más de dos segundos. Me ha caído mal al instante, y eso que ella se esfuerza por ser amable, es agradable y parece que quiere caerme bien, claro que, visto que me voy a casar con su jefe, es lo mejor que puede hacer.

Veo que Arcadi está apoyado en la mesa de recepción, con los brazos cruzados y no me quita ojo. Estoy segura de que está evaluando mi reacción. Lo miro y en el momento que nuestros ojos se cruzan él sonríe de esa forma tan suya, que me dice solo con mirarme que me quiere. Y son esas cosas las que me hacen plantearme que no me podría desenamorar de este hombre aunque quisiera.

Salimos de allí y nos dirigimos a casa de los padres de Arcadi. Nos han hecho un regalo y creo que ella es la que ha tomado la iniciativa. Como buena experta en el tema me ha enviado los planos de la remodelación de la casa de Arcadi. Dice que no estaba adecuada para la llegada de niños y que si

me parece bien empezarán las obras ya, y así estará preparada para cuando vayamos a vivir en junio.

Hemos quedado con ellos al mediodía y después de la toma de Alex nos sentamos a comer.

—Carla, antes de irte, tienes que decirme qué te parecen los planos de la nueva casa —dice Roser muy natural. La verdad es que desde que nos vimos en el hospital se ha portado muy bien conmigo, siempre cauta a la hora de hablar y algo que me parece muy gracioso es que siempre me da la razón en todo. Cuando hablamos de Alex, me da consejos desde su punto de vista de abuela e intenta ayudar, algo que agradezco porque prefiero no entrar en una guerra constante.

—Por supuesto, Roser, pero me parece muy bien como está. Me gusta la distribución de la casa y en general todo lo veo bien. Por mí que empiecen cuando quieran —le digo mientras como unos canelones exquisitos que han preparado. Seguro que Arcadi les ha informado de lo mucho que me gustan.

Veo que mi suegro le aprieta la mano como dándole la enhorabuena y le sonrío. Los miro y veo a una pareja enamorada o por lo menos se nota que se quieren.

—Estaba preocupada por si no te gustaba. Ha trabajado mucho en esos planos —dice el Sr. Arcadi orgulloso.

—¿Tú los has hecho? —le pregunto a mi exbruja.

—Mi madre es una de las mejores arquitectas de la provincia. Cuando conoció a mi padre lo dejó de lado, pero siempre que ha habido cambios o algún proyecto, ha sido ella quien lo ha llevado a cabo —comenta Arcadi dejándome con la boca abierta.

No es que sea raro encontrar a una mujer arquitecta, es que no me la imaginaba con esa profesión.

Después de comer, decido dar un paseo con Alex por los viñedos, Arcadi ha vuelto a la oficina. Me acerco a las bodegas para ver a Alexia. Cuando entro por la puerta principal la veo a lo lejos, carpeta en mano, verificando las cajas de un palé.

No ha hecho falta que la llame, instintivamente se ha girado. Su expresión al verme me llena de alegría y nos abrazamos como si fuéramos hermanas separadas al nacer, con una efusividad propia de dos locas adolescentes.

—¡Ay, mi hija, qué ganas tenía de verla! ¿Pero cómo estás? —Se separa un poco para mirarme de arriba abajo—. Pero mírese ¡Si está bellísima! ¡La maternidad le sentó de maravilla!

—Calla, bruja, tú sí que estás guapa. —Y volvemos a abrazarnos rolo telenovela. Alexia es como mi tata grande, esa que no he tenido. Desde el primer día que estuve aquí me ha arropado y ha estado pendiente de mí.

—Vamos fuera y hablamos un rato —me dice cogiendo el carrito de Alex y llevándolo hacia la puerta. Llegamos hasta el bonito cenador donde estuvimos para celebrar el buen día de acontecimientos en la empresa. Al sentarnos le enseño a Alexia mi anillo. Con esa sonrisa de Pocahontas perfecta, me dice:

—Mi amor, yo ya le dije lo que pasaría. Le dije que se casaría con él en estos viñedos y por fin así será.

—Ya, Alexia, perdóname si hubo un momento que no creyera en ti, pero después de que Arcadi me echara, mi vida se desmoronó en segundos. Pensé que él no me quería y, aunque tenía claro que mi hija era lo mejor de mi vida, me lamentaba por querer a Arcadi, aun después de lo que me había hecho. Y la verdad es que nunca pensé que acabara bien.

—Ay, Carla, tú no sabes cómo estaba el señor Arcadi antes de desaparecer durante ese tiempo. Iba como sonámbulo por el edificio y había perdido el brillo en sus ojos.

Escucharla me hace sentir tristeza, pero por otro lado, yo también estaba así.

—Mi amor, no te entristezcas, piensa que ya pasó y ahorita ustedes pueden disfrutar del amor verdadero.

—Tienes razón. —Y girándome hacia Alex que acaba de decir en su idioma que tiene hambre la saco del cochecito y se la presento a Alexia.

—¡Diosito lindo! ¡Pero si usted le tuvo que poner Arcadia en vez de Alexandra! ¡Es como su papá! —dice cogiendo a mi pequeña y besándola dulcemente en la frente. Cosa que a Alex le parece estupendo porque le sonrío hasta que por lo visto se da cuenta de que esta no es la que le va a dar de comer y empieza a llorar.

Después de darle el pecho, me despido de Alexia y pongo rumbo a la casa de mis futuros suegros. Con alegría, Roser recibe a la pequeña y más aún

cuando le digo que voy a ver a Arcadi a las oficinas y que la dejaré un ratito con ella.

Una vez subo a la planta del despacho de Arcadi, saludo a Alicia y me dice que está reunido, así que espero fuera, pero al escuchar unas risas me levanto veloz y pico a la puerta. Sin esperar más abro la puerta y veo a doña «discreta» sentada frente a Arcadi con las piernas cruzadas hablando como si fueran amigos de siempre. Vaya, parece que he interrumpido. En ese momento empieza a subirme una mala leche imposible de contener.

—Carla, ¿pasa algo? —me pregunta Arcadi sospechando que la expresión de mi cara no es muy buena.

—Nada, solo venía a buscarte.

Cati se levanta cuando llego hasta ella y me sonrío, no sin antes haber enseñado claramente el color de sus bragas. Uf, eso no lo soporto. Pero ella parece que está ajena a ese detalle, cosa que no tardo en hacerle saber.

—¿Es necesario que aparte de enseñarnos las tetas, también nos enseñes las bragas? ¿No crees que podrías cambiar un poquito, solo un poquito, tu forma de vestir para venir a la oficina? —le pregunto toda poseída.

—¡Carla! —me grita Arcadi levantándose de la silla de golpe.

La cara de Cati se descompone, parece que va a echarse a llorar.

—Lo siento —dice y sale del despacho.

—¡Ni Carla ni Carlo! —digo girándome hacia Arcadi—. ¿A ti te parece bien? —le pregunto mirándolo con furia. Arcadi viene hacia mí y me coge de los brazos.

—Carla, escucha... —Pero no le doy opción.

—A lo mejor me tengo que buscar yo también un secretario que vaya ligerito de ropa mientras hago los pedidos de los clientes, que me vaya enseñando... —Pero no puedo continuar, Arcadi me besa posesivamente. Me levanta por las nalgas hasta que enrosco mis piernas en su cintura. Sin dejar de besarnos me aproxima a la puerta y cierra con llave.

El estado de ánimo ha pasado de ser de enfado monumental a pasión desatada. Se ha sentado en su silla conmigo encima y me acaba de romper las medias, introduciendo sus manos hasta tocar mi punto erógeno mientras yo invado con mi lengua su boca, quitándole la camisa.

Necesito tenerlo dentro de mí, así que una vez libero su pene erecto y muy preparado me lo introduzco de un solo golpe.

Mil sensaciones invaden mi cuerpo y me quedo quieta, nos miramos, no nos movemos.

—Sabes que no podría vivir sin ti, ¿verdad? —me dice don ojos azules.

—Pues hace un momento no lo hubiera pensado —le digo a la vez que subo y bajo lentamente haciéndolo gemir.

—Luego hablamos, pero créeme que peligras más tú que yo. —Sonríe de esa forma que me vuelve loca. Ahora sí que no lo entiendo. Me aparta el pelo del cuello y empieza a besarme mientras me coge de la cintura y empezamos el movimiento del ritual.

Ahoga mis gemidos en su boca y, tras unos movimientos que me invaden de placer por completo, llegamos a un orgasmo silencioso siendo conscientes de dónde estamos.

Tras este episodio de celos, me arrepiento de haberle hablado así a Cati, la llamaré para pedirle perdón. Nunca me había pasado algo así, ¿será el posparto? Sea lo que sea tengo que aprender a controlarlo porque si no, me volveré loca.

No hemos hablado de ello hasta que ya en casa, mientras cenamos, le pregunto de golpe:

—¿Por qué me dijiste que peligraba más yo que tú? —Él sabe perfectamente a lo que me refiero. Para de comer y me mira con cara divertida.

—Porque Cati, aparte de ser una eficaz y buena trabajadora... —Pongo los ojos en blanco—. Además de vestir tan peculiar...

—«Peculiar», no sería exactamente mi opinión —le interrumpo.

—Carla, te has equivocado con Cati, a ella no le van los hombres. —Sonríe al ver mi cara de asombro y continúa comiendo.

—¿En serio? —le pregunto casi gritando, nunca lo hubiera sospechado.

—En serio, si no pregúntale a Josseppe cuando vino hace dos semanas. Tendrías que ver su cara cuando le tiró la caña y ella le dijo muy sutilmente que mejor le presentara a su secretaria

Yo no salgo de mi asombro.

—Pero...

—A estas alturas, como mujer adulta, tendrías que saber que no se juzga a nadie por su vestimenta. —Vale, ahora está haciendo de papá pitufo.

—Tienes razón, y le pediré disculpas. Pero ¿tú cómo hubieras reaccionado si fuera al revés? ¿Si ante mí tengo a un dios griego enseñándome hasta la rabadilla?

—Directamente lo hubiera tirado por la ventana, pero, Cati, no es ni la mitad de guapa que tú. Además, yo solo te quiero a ti. —Y dicho esto me besa tirando mis inseguridades de posparto muy lejos. Empezamos nuestro ritual de besos y mimos hasta que una princesita se despierta hambrienta y decide que no es hora de tonterías.

18

Ya es quince de junio y estoy frente al espejo de mi nueva habitación, en mi nueva casa y estoy muy nerviosa. Mañana es el gran día.

Le pedí a Alexia que se ocupara de la decoración y la organización. Rosa lleva todo lo relacionado con el *catering*, y Arcadi y yo solo organizamos a los invitados. Decidimos que sería una boda íntima. Solo los seres queridos, porque si hubiera sido por mi suegra mañana habría venido toda la comarca.

Mis padres se han alojado en casa de mis suegros, Silvia, Raúl y la pequeña Sara en casa de mi cuñado. Rosa, por su parte, acaba de irse a buscar a sus peques, después de dejarlo todo arreglado dice que prefiere llegar por la mañana. Y Ruth y Okabe, que se casaron en Japón hace un mes, están en un hotel cercano.

Alexia no me ha dejado ver nada de la organización, dice que solo tengo que saber que mañana debo prepararme para una ceremonia bonita y punto.

Mi pequeña ya tiene dos meses y cada día está más bonita y, por cierto, más tragona. Tengo que ayudarla con biberón porque me deja «seca» cada vez que le doy su toma y sigue llorando de hambre. Según mi madre, yo también era así, con la diferencia de que Alex duerme toda la noche cuando tiene la barriga llena y, por lo visto, yo era más tocapelotas.

Y aquí entra mi hombre, ese que me cortó la respiración la primera vez que lo vi. Aparece en mi campo visual a través del espejo solo con sus pantalones del pijama y dejando a mi vista disfrutar de su torso. Me rodea con sus brazos y mirándome por el espejo me pregunta:

—¿Qué te pasa? ¿Estás pensando en salir corriendo? —Me besa el cuello mientras mi respiración se acelera. Yo sonrío y me giro para abrazarlo.

—Eso nunca. —Y dicho esto nos besamos.

—Pues a dormir, futura señora de Fortuny, que mañana nos espera un día muy largo. —Me da un apretón en el trasero y nos acostamos con cuidado de no despertar a doña tragoncilla.

Estamos agotados con los preparativos, y él más aún, porque pasado mañana nos vamos a Villa Blanca una semana, y tenía que dejar todo atado

en el trabajo durante ese tiempo. Decidimos posponer nuestra luna de miel hasta que Alex sea más mayor y poder dejarla unos días con los abuelos.

Una vez acostados y abrazados, mientras con mi dedo voy tocando su cara, le pregunto:

—Arcadi, ¿qué sentiste la primera vez que me viste?

—¿Cuál de ellas? ¿La que viniste por primera vez, durante la entrevista con Pelayo o cuando te vi de frente en recepción?

Lo miro extrañada.

—Pues... no sé, cuando me viste por primera vez.

—La primera vez que te vi fue desde mi despacho, entrabas en recepción y fui directo a la cámara de la entrada que conecta a mi ordenador. Te vi mirando los cuadros y fotografías con aparente interés y, por tus gestos y tu mirada, me pareciste la chica más bonita que había visto. Después estuve viendo la entrevista con Pelayo en la sala contigua y vi a una preciosa mujer que, además de inteligente, tenía una sonrisa sincera. Por último, en tu primer día llegué justo cuando entrabas para poder verte frente a frente y cerciorarme de lo que pensaba.

Estoy atónita por lo que me está contando.

—¿Y qué pensabas?

—Que tenías que ser para mí.

Y dicho esto me besa el dedo que acaricia sus labios. Esto ha sido insuperable.

Pero como a las mujeres nos gusta meter el dedo en la llaga, no puedo dejar de preguntarle:

—Y si lo tenías tan claro, ¿por qué apareciste en el aeropuerto con aquella rubia?

—Pues porque mi vida tras el divorcio era así. Solo amigas especiales y alguna que otra juerga, así nadie me podía hacer daño y tú amenazabas con traspasar esa barrera. Por eso mis cambios de ahora sí, luego no. Tenía mucho miedo, pero al final me dio más miedo perderte.

Se gira y estamos frente a frente. Nos miramos con amor y deseo. Besarnos y hacer el amor hasta quedar exhaustos es lo que hacemos en una noche

donde se supone que tenemos que descansar para estar radiantes al día siguiente.

Nos despertamos tal como nos habíamos dormido, abrazados.

Hoy es el gran día y después de dar de comer a mi peque, pican a la puerta de la entrada y sale Arcadi. Aparece en cinco minutos con un inmenso ramo de rosas blancas y una caja casi igual de grande. En la caja sé perfectamente lo que hay. Es mi ramo de novia. Poco original, lo sé, porque son rosas rojas envueltas en el tallo con la misma tela que mi vestido. Pero no quería otra flor.

Ha llegado Roger a buscar a su hermano, se van a vestir a su casa, mientras esta se empieza a llenar con mis padres, Silvia, Rosa y Ruth.

Saco el vestido de las profundidades de un armario donde lo había escondido para que Arcadi no lo viera. Es blanco de encaje estilo sirena, escote en forma de corazón y espalda transparente. Me queda realmente bien. Según mi madre parezco una modelo de los catálogos de novias, pero claro que para ella soy la más guapa del mundo y no es muy imparcial.

—Cariño, en tu mesita hay un paquetito. —me grita desde mi habitación.

Cuando llego veo a mi madre con una cajita de joyería y una tarjeta.

—Pues no lo había visto —digo con cara de sorprendida.

—Seguro que lo ha dejado tu buenazo antes de irse.

Me río y no puedo parar, mi madre me mira con cara de circunstancia.

—Mamá, es buenorro no buenazo. —Sigo riéndome, pero de buen rollo, hasta que mi madre también se une a mi risa.

Nos empieza a entrar la risa tonta, esa que no puedes parar y de mirarnos nos reímos más.

Al oírnos empiezan a entrar mis tres amigas y Silvia me regaña echándose las manos a la cabeza:

—¡Carlaaa, el maquillajeeee!

Vale, me intento tranquilizar, y me cuesta. Respiro hondo unas cuantas veces y cuando estoy preparada miro el paquete que tengo en la mano, leo primero la tarjeta:

Gracias por perdonarme y hacer que mi vida tenga sentido.

Te quiero.

Arcadi

Empiezo a llorar otra vez como una tonta, pero esta vez no de risa, sino de emoción, no quiero ni mirar a Silvia, con lo que se ha esmerado ella maquillándome. Tengo los ojos tan llorosos que al abrir la cajita no veo lo que hay.

—¡Qué pendientes más bonitos! —dice mi madre.

Me limpio como puedo las lágrimas y veo unos pendientes pequeños en forma de rosa, con un diamante en el centro. Son a juego con el anillo que me regaló cuando me pidió que me casara con él y con la pulsera que compró en Menorca. Me siento en la cama mientras mi madre empieza a enseñarlos a mis amigas que no paran de decirme que es tarde y que empiece a vestirme.

Al ser un vestido de encaje solo llevo los pendientes de Arcadi y su anillo. Iba a ser un maquillaje muy natural, pero al tener esos ataques de risa y lloros al final Silvia se ha tenido que esmerar un poco más. Cojo mi ramo de rosas y...

Ya estoy lista.

Todos han salido ya. Mi padre me espera en la puerta y cuando salgo veo un Rolls-Royce antiguo color crema, cedido por Josseppe.

Llegamos en cinco minutos porque donde se va a celebrar la ceremonia no está muy lejos, sonrío al pensarlo. Es justo la explanada donde Alexia es experta en celebraciones. Justo donde están situadas las casitas donde viví al principio de mi estancia aquí.

Al bajarme del coche veo una alfombra blanca que lleva directamente a un cenador blanco impresionante. Las sillas, también forradas de blanco. Justo detrás del cura que oficia la ceremonia hay un arco de rosas rojas y blancas. El cura, como no podía ser de otra forma, es el tío de Silvia que se ha propuesto casarnos a todas. Justo poner el pie en la alfombra agarrando a mi padre del brazo empiezo a escuchar la marcha nupcial. Eso me hace tensarme y miro a mi padre que me sonrío y noto que se le humedecen los ojos ¡vaya ayuda!

Solo miro al frente y cuando estoy a escasos metros veo a Arcadi. Por supuesto, está guapísimo. Lleva traje con levita negro y chaleco gris con

corbata también gris sobre camisa blanca. Sus preciosos ojos azules se clavan en los míos y avanzo como si me deslizara sin dejar de mirarle a los ojos.

Mi cerebro empieza a proyectar un montón de imágenes, desde que lo vi por primera vez, hasta que me lo encontré en mi casa un día de lluvia y, por supuesto, cuando nació nuestra hija. Todo esto en décimas de segundos. Y eso me hace más llevadero el saber que todo el mundo me está mirando.

Llego hasta Arcadi y mi padre lo saluda. Arcadi coge mi mano y la besa.

—Bellísima, mi dulce Carla —dice Arcadi mirándome a los ojos.

—Gracias, tú tampoco estás mal, mi buenorro. —Abre los ojos sorprendido. Le guiño un ojo y le sonrío. Creo que no me volverá a llamar dulce en su vida.

Juntos nos acercamos hasta el mossèn David. Quizás por su juventud o por ser familia, la misa pasa a ser un cúmulo de anécdotas donde nos hace sentir cómodos sin obviar en ningún momento por qué estamos allí. Y, por supuesto, haciéndonos prometer delante de todos los invitados que en breve bautizaremos a nuestra pequeña.

Hoy Alex se está portando como una campeona. Antes de llevarla a la ceremonia le han dado su toma y mi madre se hace cargo de ella junto con Roser hasta que termine el enlace. Estas abuelas están abducidas por una pequeña de dos meses.

Pasamos al banquete que está detrás del cenador. Carpa blanca con mesas redondas y decoradas con centros de rosas blancas y solo en la nupcial tiene un inmenso centro de rosas rojas. Cuando están todos los invitados dentro hacemos la entrada con la canción «Bajo el mismo sol», de Álvaro Soler.

Una vez empezamos a degustar el menú, me fijo que desde mi mesa puedo divisar a todas las personas queridas que conozco y que me encanta que estén en este momento tan importante de mi vida. Junto con mis chicas está Sergio, que llegaba atacado porque habían perdido el vuelo y no sabía si llegaría a tiempo. Por supuesto, no podían faltar Alexia y Wilson. Gente de la empresa como María Puyol y su marido, Helena, Alicia, Angels y alguno más que no conozco y que tratan con Arcadi. Mi familia y... alguien que no conozco y ocupa un sitio importante.

—Arcadi, ¿quién es la acompañante de tu hermano? —le pregunto al ver una chica sentada junto a Roger.

—Pues no lo sé la verdad. Solo me dijo que vendría acompañado. Cosa rara, porque ya sabes que mi hermano no aguanta mucho con nadie y menos traerla a estos eventos familiares —dice Arcadi, dándose cuenta de que su hermano no le ha hablado de esa chica.

—Pues será alguien muy especial. —Sigo poniendo cara de vieja del visillo.

Arcadi se ríe y me besa la nariz.

—Lo averiguaremos —dice siguiendo mi broma. Y entonces la que se ríe soy yo.

Seguimos el banquete donde todo transcurre con normalidad sin pasar por alto el brindis en honor a los novios por parte de mi familia política. La Traviata suena con la canción «Libiamo ne'lieti calici» a conciencia, y yo no puedo hacer otra cosa que sonreír. Tenemos las copas en alto tanto rato que hasta me duele el brazo. Roser está en su salsa con esta música y Arcadi no para de mirarme y sonreír con cara de niño malo.

Pasamos al baile donde nosotros lo abrimos con una canción que he escogido yo. Porque este chico es capaz de meterme a Beethoven o Verdi y como he desechado también el vals, vamos a bailar una canción muy romántica. Se titula «Marvin Gaye» y la canta Charlie Puth y Meghan Trainor. Me encanta.

Arcadi no se sorprende al escuchar los primeros compases porque ya se esperaba que no sería un vals.

—Bonita canción —dice mientras bailamos—. Bonita novia. —Estamos tan juntos que no pasa absolutamente nada de aire—. Oye, eso que me has dicho antes de buenorro...

—Bueno..., es que en mi caso..., cuando te vi por primera vez, pasaste a ser mi buenorro. Me pertenecías, aunque tú no lo supieras.

—Pues entonces estamos empate, porque tú también me pertenecías a mí.

En todo momento nos estamos mirando a la cara mientras intercalamos besos en nuestra conversación.

Tras unos bailes más, decidimos hacer una pausa y hablar un poquito con todo el mundo. Así que mientras Arcadi me ofrece una copa de cava, noto que alguien me toca el hombro. Al girarme veo a mi cuñado Roger en

compañía de la chica pelirroja que le acompañaba en la mesa.

—Arcadi, Carla, os presento a Azul. —Roger tiene cara de... ¡¡enamorado!!

—Encantada, Azul, ¿vaya nombre más peculiar, no? —le pregunto, arriesgándome a que me envíe a tomar el aire o más allá.

Ella sonrío.

—Según mi madre es el nombre más bonito del universo —dice resignada—. Es en estos casos cuando los hijos deberíamos escoger nuestro nombre —continúa sonriente y con cara de broma.

—Pues a mí me parece muy bonito —digo con total sinceridad.

—Gracias —contesta agradecida.

Roger está feliz.

—Vamos a dar una vuelta, quiero presentársela a los señores Fortuny i Puig y también a mi princesa Alexandra —al decir eso hace una reverencia y mientras nos reímos coge la mano de Azul y se van.

Hacen muy buena pareja. Ella es... explosiva pero sin pretenderlo. Es delgada, de mi estatura más o menos, pelirroja con una melena preciosa y tiene unos ojos verdes que impactan. Lleva un vestido negro largo de tirantes. Yo la veo guapísima y encima me recuerda a esa actriz... cómo se llama...

—¿Has visto qué guapa? —le digo a Arcadi.

—Aja —dice como por decir algo. Está muy lejos de aquí.

—¿Cómo se llama la actriz que protagonizó la película *Gilda*? —Nada, no hay respuesta.

—Arcadi, nos acabamos de casar ¿y ya me estás ignorando? —le pregunto plantándome frente a él con los brazos en jarras y con cara seria, pero riéndome por dentro.

—Cariño, escúchame. —Vale, perfecto, sigue ignorándome y encima ahora me pide que le escuche—. ¿Te acuerdas el año pasado cuando estuve con él en Argentina que se cayó y estaba insoportable y yo solo podía pensar en ti? —Asiento y él me besa como llevamos haciendo todo el día—. Pues cuando me quedé a dormir con él en el hospital, en sueños no paraba de repetir «Azul», pero claro, yo no imaginaba que Azul era una chica.

—Y eso quiere decir queee... —le digo instando a que termine la frase porque no lo sigo.

—Pues que esta es la chica de la que estuvo enamorado mi hermano cuando tenía unos dieciséis o diecisiete años y algo pasó que mi hermano llegó aquel verano rarísimo y siempre estaba de muy mal humor. Yo creo que siempre ha estado enamorado de ella. O por lo menos le marcó.

—Vaya, no me imaginaba a mi cuñado en ese papel.

Según Arcadi, mi cuñado a sus treinta y tres años no ha durado más de tres meses con la misma chica.

Seguimos caminando y nos paramos con todos nuestros seres queridos, algunos ya se van yendo. Alexia y Wilson vienen a despedirse. En quince días vuelven a Colombia para quedarse y por un lado estoy contenta porque estarán con sus hijos, pero por otro me entristece saber que posiblemente no los vuelva a ver. Me abrazo a Alexia y le digo al oído:

—Te voy a echar tanto de menos, Alexia. —Noto cómo se me humedecen los ojos.

—Y yo a usted, *miiija*.

Y al mirarnos veo que a ella también le brillan.

—Gracias por todo y gracias por...

—Ya, mamiiii, que hoy no se puede poner triste hoy es un día de alegría.

—Es verdad, perdona.

—Nosotros ya nos vamos, es tarde. Ah, y vaya pensando nombre de varón.

La miro como si me costara procesar lo que acaba de decir. Miro a Arcadi y este se empieza a reír.

—Lo siento, pero con un parto ya he tenido bastante —les digo a los dos.

—Pues creo que ya es tarde. —Se ríe y Wilson y ella se despiden de Arcadi.

Vemos cómo se alejan y sé que no se irán con las manos vacías. Estoy segura de que Arcadi les compensará bien por todos estos años de trabajo.

Arcadi no le ha dado importancia a ese comentario de Alexia, pero yo sí, así que mañana sin falta me compro un test de embarazo.

Seguimos hasta la pista de baile y vemos a Sergio y Frank charlando en un rincón. Nos acercamos a ellos y Sergio viene hacia mí y me abraza.

—Chicos, ¿qué tal todo? —pregunto.

—Muy bien, cari, ¿sabes que pareces una princesa Disney? Estás tremendamente guapa.

—Gracias, Sergio.

Veo aparecer a mis tres amigas con mi ramo de novia, y cuando se acercan lo cojo y dirigiéndome a un asombrado Sergio le digo junto a Arcadi:

—Este ramo te pertenece, igual que te pertenece mi amistad eterna.

Veo cómo las lágrimas empiezan a caer por su cara. Frank lo coge por la cintura y lo acerca a él. Continúo como puedo:

—Eres una de las mejores personas que conozco, y con este ramo espero regalarte la misma felicidad en el amor que tengo yo ahora mismo.

Se lo entrego, increíblemente lo he dejado mudo. Nos abrazamos mientras un «te quiero» continuo sale de sus labios.

La canción «Focus», de Ariana Grande empieza a sonar a todo volumen y nos saca de nuestra ñoñería. Vamos a la pista de baile y lo damos todo, una canción tras otra.

Al rato y gracias al DJ la cosa se va tranquilizando, suena la canción de John Legend «All of me». Noto que me cogen de la cintura y ahí está Arcadi, mirándome y sonriendo.

—Aunque esta canción John Legend se la dedicó a su esposa, me he tomado la libertad de dedicártela yo también a ti, porque lo eres todo para mí.

—Te amo, mi buenorro.

—Te quiero, preciosa.

Nos besamos como solo los enamorados lo hacen. Dando sin reservas todo el amor que tienen.

Fin

Sobre la autora



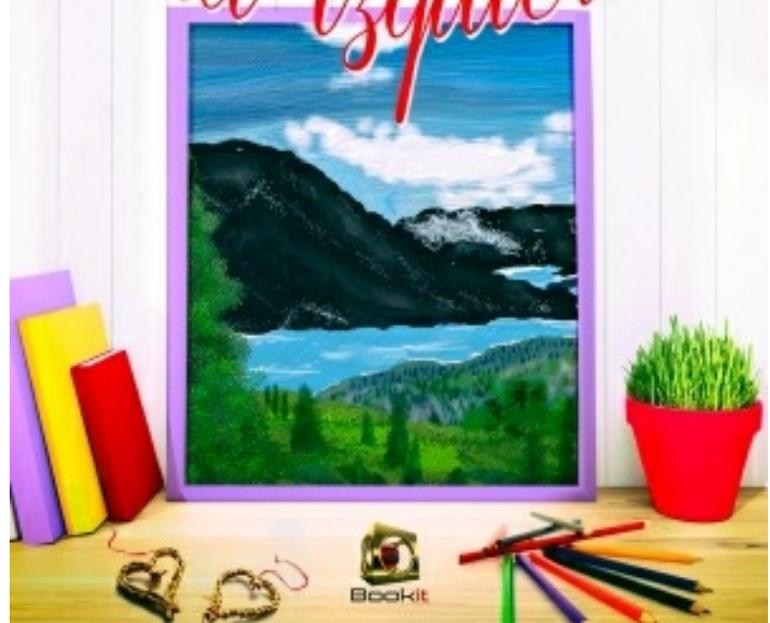
Giselle Amorós nació el 1 de Septiembre de 1972, una virgo algo impuntual y aunque sus padres son auténticos andaluces de la preciosa Granada, ella es catalana, nació en Rubí un pueblo de Barcelona.

Muy jovencita y gracias a una de sus hermanas que tenía la casa llena de novelas románticas, empezó a sumergirse en las historias y aunque también le gusta mucho la novela histórica, tiene que reconocer que si no tiene lado romántico no le llena.

Un maravilloso día cuando había acabado de devorar uno de sus libros, pensó que ella le podría haber dado otro giro a la historia. A partir de ahí fue rondando en su cabeza el poder escribir una novela y aquí esta. Su primera obra se publica con *LxL Editorial* bajo el sello digital *Bookit* llamada; *No dudaré Carla*.

Sara Witch ✦

Segundo sueño a la izquierda



Segundo sueño a la izquierda

Witch, Sara

9788416609925

280 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"A veces la vida, nos tiene preparado un camino que nunca habiéramos imaginado".

Tras la muerte de su tío, el destino de Sara da un giro inesperado. Su tranquila existencia variará de forma sorprendente. Deberá aceptar unas condiciones del testamento, que cambiaran su vida.

Samuel por su parte deberá aclarar su manera de vivir, tras la muerte de su padre, variará su perspectiva de las cosas. Desde el momento en que conozca a Sara, ya nada será lo mismo...

Todo puede complicar las cosas... o no. ¿Quieres descubrirlo?

Pasión, amor, odio, celos... una mezcla explosiva, que te atraparé en esta historia de Sara Witch.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El té de la felicidad

Cornejo, Mercedes

9788416609826

157 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Hanna y Alice, son dos estudiantes que tras terminar su carrera de medicina, deciden tomarse unas vacaciones en Mojácar, un pueblo de Almería, donde la fiesta y el alcohol están servidos.

Tras conocer a Pablo y Mario, ambas amigas vivirán un tórrido romance con los españoles que las dejaron marcadas tras su vuelta a Oxford.

Por otra parte, Pablo, totalmente enamorado de Hanna, cometerá la locura de ir en su busca a Oxford, sin imaginar que se encontraría allí con una vida diferente a la que hubiese podido pensar que ella llevaba.

¿Conseguirá Pablo llevársela a España?, ¿qué ocurrirá entre ellos tras la visita sorpresa y sus inconvenientes?

Sorpresas, locuras, risas y mucho té, te esperan en El té de la felicidad, una novela romántica que te enamorará.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Sandra Zarcos

Tú me cambiaste la vida

«Un día que
no hayas sonreído,
será un día perdido...»



Bookit



Tú me cambiaste la vida

Zarcos, Sandra

9788416609772

115 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Dayanne desde pequeña tuvo claro lo que quería en su vida, y un hombre no entraba en sus planes. Gracias a sus dos mejores amigos, consigue sobrellevar un poco las culpas del pasado, que sin darse cuenta, la siguen atormentando.

Sin quererlo, un hombre pondrá su vida patas arriba, haciendo que se replantee nuevas oportunidades junto al rumbo de su vida.

¿Podrá perdonar una mentira tan cruel y ruin a la persona que le robará el corazón?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cristin Ferro

Las vueltas que da la vida



Bookit

Las vueltas que da la vida

Ferro, Cristin

9788416609758

263 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

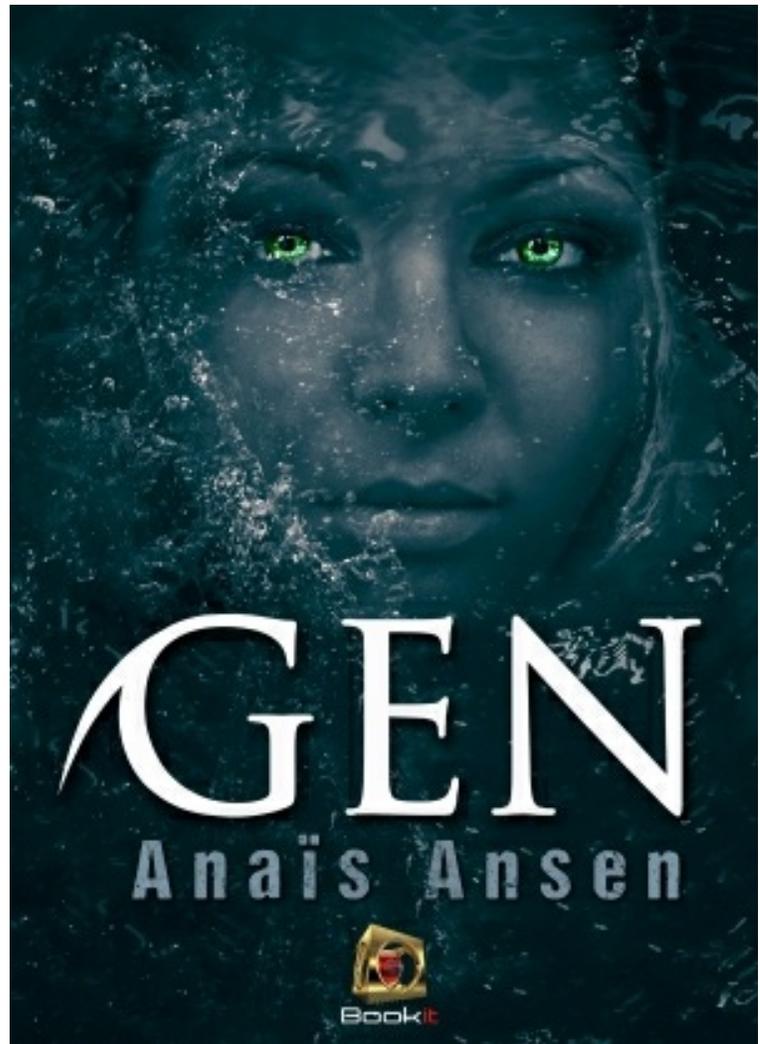
Victoria es una recién licenciada, una mujer de armas tomar, desagradable y muy desconfiada, pero buena amiga de sus amigos. ¿Cuántas veces habrá escuchado las expresiones?; "las vueltas que da la vida" o, "¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?"

Hace nada estaba con Fran, su amigo inseparable, en la fiesta de graduación y un rato después se despertó acompañada de un completo desconocido y su mente llena de lagunas...

¿Qué ha pasó en aquella habitación? ¿Puede una chica que ha tenido una adolescencia complicada encauzar su vida, tanto en el plano personal como profesional?

Los meses pasan y Victoria sigue sin recordar que paso esa noche. Solo recuerda cierta parte de su anatomía masculina que la hace sofocar y andar por las nubes. Hasta que un fatídico día, el destino lo vuelve a poner frente a ella... ¿Él la reconocerá? ¿O tendrá lagunas como ella? Sus amigos la apoyarán en una disparatada aventura que es su vida, donde encontrará el amor, ¿o no?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



GEN

Ansen, Anaïs

9788416609833

390 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Padecía una extraña enfermedad, hasta que desperté recuperada y dotada con unas desconocidas habilidades. Creí que podría contar con el apoyo de mi madre y mi hermana, mi única familia, hasta que me las arrebataron.

Me esforcé para tener un porvenir digno, hasta que el mundo cambió convirtiéndose en ruinas y desbaratándose todo. Pensé que solo era alguien más, hasta que me vi envuelta en la lucha por reparar el mundo entre guerreros como yo.

Me convencí de que nunca podría sentir nada por un chico, hasta que conocí a Jos por el que siento un enojo y un deseo que hacen tambalear mi juicio.

Viví pensando en tener un futuro, hasta que la cruda realidad del presente me azotó y ahora solo pienso en sobrevivir un día más.

Soy Ari. Tengo 19 años y de golpe todo cambió...

[Cómpralo y empieza a leer](#)